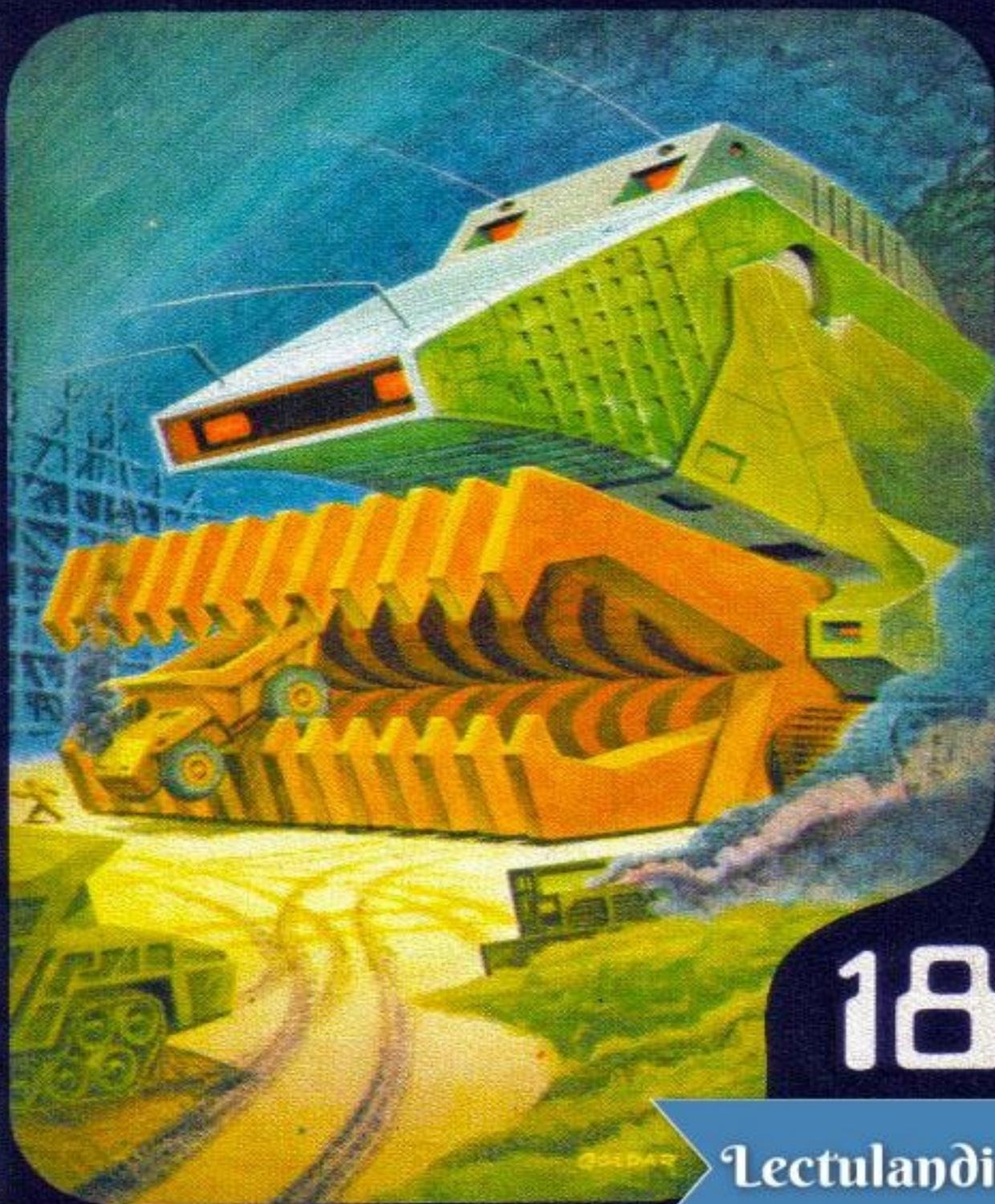


LIBRO DE T. STURGEON
BRIAN ALDISS
ARTHUR C. CLARKE
El buldozer asesino

**T. STURGEON
BRIAN ALDISS
ARTHUR C. CLARKE**
El buldozer asesino



18

Lectulandia

La narración que da título al volumen lleva a sus últimos límites el proceso de invención y de búsqueda de novedades en que se ha adentrado la ciencia-ficción en los últimos años. Una preocupación fundamental por la originalidad, por el hallazgo de fórmulas nuevas, se manifiesta a través de los relatos de Theodore Sturgeon, Brian Aldiss, Arthur C. Clarke, Christopher Anvil, Roald Dahl y Robert F. Young que integran este volumen, en el que se plantean, desde una perspectiva renovadora —en la que cuenta como punto de partida el análisis de un paradójico proceso de humanización de la técnica—, los temas clásicos de la literatura de anticipación.

Lectulandia

AA. VV.

El buldozer asesino

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 18

ePub r1.0

Hechadelluvia & dekisi 02.10.14

Título original: *Strange Orbits*

AA. VV., 1977

Traducción: Víctor Compta

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

EL BULLDOZER ASESINO

por Theodore Sturgeon

¿Cuánto tiempo hace realmente que no han visto ustedes un bulldozer? El de esta historia es un D-7... no es uno de los más grandes del mundo, pero si es bastante potente y de tamaño considerable.

Probablemente haya alguno trabajando en su localidad. Pero primero lea esta historia, y después vaya a echar una mirada.

Había una guerra entre cierta raza, que había habitado la Tierra, y otra forma de vida. La otra era verdaderamente extraña, una especie de ser sensible en forma de nube. Se había engendrado en potentes máquinas, por algún accidente de una ciencia que iba más allá de nuestra aborigen concepción de la tecnología. Y entonces, las máquinas, servidoras de la gente, se convirtieron en sus amos, y grandes fueron las batallas que se produjeron a continuación. Los seres electrones tenían el poder de deformar los delicados equilibrios de la estructura del átomo, y su medio de vida era el metal, al que penetraban y usaban para sus propios fines. Cada una de las armas que el hombre desarrollaba era poseída y utilizada contra él, hasta el día en que los pocos supervivientes de aquella civilización hallaron una defensa... un aislante. El producto final de toda la investigación energética: el neutrón.

Con su ayuda, la gente, un día, construyó un arma. Nunca sabremos qué era, pero sí sabemos que nada escapaba a su alcance, nada de lo que conocemos como vida, y nada de la pseudovida que había evolucionado en los misteriosos campos de fuerza de sus incomprensibles máquinas, excepto un fuerte mutante.

El mutante era un descendiente de los seres electrones.

Era un campo electrónico organizado, con inteligencia, movilidad y capacidad destructiva, y poca cosa más. Aturdido por el holocausto, quedó a la deriva, y en un intervalo de calma, en medio de la violencia de las fuerzas que se habían vuelto salvajes en la Tierra, se hundió en el suelo húmedo, exhausto y semiinconsciente. Allí se sintió a salvo. Era un refugio contra los mortales enemigos que habían construido ellos mismos. Una estructura para almacenar neutrones. Se adentró en el refugio y finalmente perdió la conciencia. Y allí permaneció tendido mientras el neutrón, con su extraño y constante flujo, su interminable afán de lograr un equilibrio perfecto, se extendió a su vez y cerró la abertura.

Las eras se sucedieron y, una vez más, volvió a haber vida y evolución. Una tribu

encontró la masa de neutronio, que no es una sustancia sino una fuerza estática, y sus componentes quedaron pasmados ante su aura y su brillo indescriptible. Y lo adoraron y edificaron un templo a su alrededor para ofrecerle sacrificios. Y los mares fueron y vinieron, y la tierra asomó y quedó cubierta con los años, hasta que las ruinas del templo formaron un montículo, y el montículo fue una isla. Y entonces, en algún lugar del Pacífico, al este del archipiélago de las Islas Revillagigedo, había una isla deshabitada. Y un día...

Chub Horton y Tom Jeager estaban mirando el remolcador *Sprite* y las tres barcas de carga achatadas, que parecían cada vez más pequeñas, sobre el mar cristalino.

—Tenemos para tres semanas —dijo Chub—. ¿Qué se siente al ser conejillo de indias?

—Lo conseguiremos. —Tom tenía pequeñas arrugas alrededor de los ángulos de sus ojos. Era un palmo más alto que Chub y robusto. Y no muy fuerte, y era un verdadero operador de tractores. Había sido un acierto elegirle como capataz para el experimento, porque era competente e inspiraba respeto. La aplicación de la teoría para construir un campo de aviación reclamaba su presencia con objeto de que no hubiera encargados, ni inspectores del gobierno, ni cronometradores, ni informes. El gobierno había hecho una concesión temporal a la compañía, y la idea era aplicar técnicas de producción en cadena para la planificación y el desarrollo del proyecto. Había seis operarios de tractores y dos mecánicos, y más de un millón de dólares, lo que equivalía al valor del mejor equipo que pudiera comprarse.

—Cuando esa pandilla de negros bárbaros vengan, creo que ya estaremos listos para recibirlos —dijo Tom.

Se volvió y escrutó la isla con unos anteojos, y la vio tal y como iba a ser cuando estuviera terminada, con quinientos pies de pista seca y limpia, bien asentada, cuatro acres de aparcamiento para los aeroplanos, la carretera de acceso y la estrecha vía para los taxis.

Miró la posición de cada peñasco que el poder de la excavadora haría desaparecer, y las ruinas que les proporcionarían roca para derribar la capa de sal y desplazarla hacia el pantano del otro lado con las excavadoras.

—Tenemos tiempo de subir la excavadora al peñasco antes de que oscurezca.

Bajaron hacia la playa, hacia un paraje con vegetación, donde el equipo estaba instalado, rodeado de cajones y bidones de repuesto. Los tres tractores marchaban silenciosamente, los Diesels de dos tiempos bufando a través de sus silenciadores, y el gran D-7 produciendo un estruendo a cada una de sus metronómicas compresiones. Los Dumptucks estaban alineados y permanecían silenciosos, porque no iban a comenzar su trabajo hasta que la excavadora pudiera llevarlos a su lugar. Parecían

una interpretación mecánica del «Pushme-pullyou» del Dr. Dolittle, ese animal fantástico con cara por delante y por detrás. La gran excavadora se coló en medio de las otras con su enorme casco sobresaliendo por encima de ellos, encorvada, con su brazo posterior hacia abajo y su pala de hierro apoyada contra el suelo, como un dinosaurio cansado.

Rivera, el mecánico puertorriqueño, sonrió a Tom y Chub que descendían.

—Ella ha dicho «*Sígalo*» —dijo, con sus dientes blancos reluciendo por entre la capa de grasa que rodeaba su boca—. Ha dicho que quiere arrojar basura sobre esas pinturas.

Tom dejó de sonreír, siempre había algo sorprendente en su rostro grave.

—Ese Siete va a tener oportunidad de satisfacer sus deseos, y va a costarle trabajo acabar con todo lo que tiene que hacer antes de que nosotros entremos en acción. Sube al sillín, Goony. Haznos una rampa que nos permita llegar a ese alto, y reduce algunos de esos montículos.

Antes de que Tom hubiera terminado, el puertorriqueño ya estaba en el asiento, y lanzando un estruendo, el Siete giró totalmente y retrocedió a lo largo de todo el campamento hacia el interior de la isla. Rivera hizo descender la pala y la marga arenosa se retorció y se apiló delante de la excavadora, provocando un movimiento de la máquina hacia delante e, incluso, llegando a levantar la parte trasera del aparato.

—Esa máquina es un trasto —dijo Tom.

—Y ese operario, para ser un mecánico, también —dijo Chub.

—El muchacho lo hace bien —dijo Kelly. Estaba allí, junto a ellos, en pie, mirando cómo el puertorriqueño manejaba la excavadora. Era alto y delgado, y se movía con el sigilo de un gato. Dijo:

—Nunca creí que iba a ver el día en que el equipo estuviera adiestrado para funcionar así. Me parece que nadie se lo hubiera imaginado.

—En ocasiones, el equipo pesado tiene que ser desplazado con esta prisa, a esta velocidad. Son cosas de estos tiempos —dijo Tom—. Si se puede hacer con tanques, igualmente puede hacerse con equipos de construcción. Además, lo estamos haciendo para construir, en lugar de destruir. Kelly, dale la vuelta a la manivela. Está engrasada. Vamos hacia el peñón.

Kelly subió a la cabina y el Murphy Diesel dio un bufido y ralentizó su marcha hasta que sólo se oyó un murmullo sordo. Kelly ocupó el sillín, pisó un poco el acelerador, y comenzó a subir.

—Sigo sin poder asimilarlo —dijo Chub—. Hace un año habríamos empleado doscientos hombres en un trabajo como éste.

Tom sonrió:

—Sí, y lo primero que habríamos tenido que hacer hubiera sido construir un edificio para oficinas, y barracones para los trabajadores. Yo prefiero esto. Sin

cronometradores, sin relaciones del uso del equipamiento, sin sumarios de avance y de medición, sólo con ocho hombres, un millón de pavos en equipamiento, y tres semanas. Una excavadora y un montón de cajones de herramientas nos van a preservar de la lluvia, y las raciones de rancho de la armada nos van a mantener el estómago lleno. Vamos a hacerlo, vamos a terminarlo, y vamos a cobrar.

Rivera terminó la rampa, hizo girar el Siete y le hizo subir la nueva cuesta. En la cima dejó caer la pala, la colocó en posición adecuada, y volvió a descender la rampa igualando el terreno. A una señal de Tom, se desvió por la playa y se dirigió en ángulo hacia el peñasco. Mientras trabajaba, cantaba, sintiendo el latir del potente motor, la micrométrica obediencia de aquella vasta e implacable máquina.

—¿Cómo es que ese mono no está pegado a sus grasientas armas? —preguntó una voz.

Tom no dijo nada, porque ya hacía algún tiempo que intentaba adquirir el hábito de no decirle nada a Joe Dennis. Dennis era un ex contable, que había salido de una oficina con el último suspiro de un difunto proyecto en las Indias Occidentales. Se había convertido en operario de tractores porque ellos necesitaban tractoristas a toda costa. Había sido liberado de la oficina con presteza, debido a su propensión a los pequeños politiqueos. Era un juego que seguía practicando. Tom, intentando concentrarse en su trabajo, tuvo que admitir que la peor de las cualidades de Dennis era la de ser uno de los mejores operarios que podía haber encontrado, y nadie podía negarlo.

—Recuerdo los días en que, si alguien pillaba a uno de esos gorilas, aunque sólo fuera sentado sobre una máquina, le rompía el cuello —gruñó Dennis—. Ahora les dan trabajos de hombre, y pagas de hombre.

—*Haciendo* un trabajo de hombre, ¿no? —dijo Tom.

—¡Es un maldito puertorriqueño!

Tom se volvió y se alejó dando un bufido. Miró hacia la rampa e hizo señas a Kelly. Kelly movió una palanca de modo que la excavadora no pudiera cambiar de dirección, la puso en velocidad de crucero y empujó hacia delante la pala. Con el chirriar de las cadenas contra una masa compacta de arena coralina, la excavadora era desplazada arriba y abajo de la rampa por sus inmensas orugas. Cuando llegaba a la cima de la rampa, la pesada cuba de hierro y manganeso se abría y se cerraba como una boca hambrienta.

Peebles estaba en pie junto a una de las excavadoras, fumando su pipa y mirando al mar. Era grueso y tenía el cabello cano, y, debajo de sus cejas grises, miraba con ojos sosegados. Peebles nunca se había enfadado con una máquina —extraño detalle en un mecánico nato— y en más de cincuenta años de profesión había aprendido que aún era peor enfadarse con un hombre.

—Espero que me devolverá a mi chico —dijo Peebles.

Los labios de Tom se torcieron en una leve mueca. Desde el momento en que se conocieron, hubo un malentendido entre él y el viejo Peebles.

—¿Rivera? —preguntó Tom—. Lo mandaré de vuelta tan pronto como termine esta carretera de servicio para empalmar con la montaña. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—No gran cosa. Quiero sacar ese arco de unión y después limpiarlo, y hacer un drenaje por si sus muchachos mojan.

—Por el momento lo necesito, Peeby. Entretanto, si quiere alguna ayuda, coja a Dennis.

Peebles no dijo nada. Escupió al suelo. No dijo una sola palabra.

—¿Qué pasa con Dennis? —dijo Tom.

Peebles comenzó a decir algo, después se encogió de hombros.

—Le mandaré a Rivera —dijo Tom, mientras subía a la cabina del tractor y lo ponía en marcha—. Como una inmensa dínamo eléctrica, el motor de dos tiempos emitió un silbido creciente. Arrancó y dispuso la parte trasera de la niveladora, de modo que cualquier cosa con la que se topase sería expulsada a un lado en lugar de ser absorbida por la máquina. Puso la sexta velocidad y se dirigió silbante hacia la excavadora Murphy, rodeándola mientras ésta se arrastraba, socavando netamente la base del montículo y avanzando con su pala excavadora tocando el suelo, hasta llegar a una reducida grada que Rivera había hecho.

Dennis, que seguía resentido por el desdén de Tom, estaba hablando con Chub.

—Ese Tom es una especie de Hitler —dijo—. Hacemos lo que él dice y como lo dice, especialmente si cree que no nos va a gustar. *Usted* no actuaría así, Chub. Al, ¿crees que Chub actuaría así si fuera capataz?

—Seguro que no —dijo Al, creyendo que aquélla era la respuesta que esperaba de él.

—¡Ca! —dijo Chub, complacido pero incómodo—. Tom es el tipo adecuado para este trabajo, Dennis. Hemos de cumplir una labor... dejémonos de pequeñeces y quejas. Un hombre puede aguantar cualquier cosa durante seis ridículas semanas.

—Oh, sí —dijo Al.

—¿Por qué ponen al mando a un hombre así, Chub? ¿No sabe usted tanto de drenar y excavar como Tom? ¿Puede Tom acotar la ladera de una colina como usted?

—Sí, sí, pero ¿qué importa si conseguimos construir el campo? Y, además, por nada del mundo desearía ser un jefe. ¿Quién se las carga si las cosas no funcionan bien?

—Chub, puede contar con Al y conmigo para eso —dijo Dennis.

—¿Para eso? —preguntó Chub, perplejo.

—Tal como dijo usted. Si el trabajo va mal, el jefe se las carga. Si el jefe no se

comporta adecuadamente, el trabajo va mal.

Chub se sintió molesto y enfadado porque la conversación había comenzado a escapársele de las manos:

—¡Nunca dije semejante cosa! Este trabajo va a realizarse, ¡no importa cómo! —dijo.

Rivera, contento en su puesto, controlando los mandos, ascendió por el camino que acababa de abrir, hacia el peñón, hizo girar a la Siete, quitó el contacto y descendió de la cabina. En aquel momento, Tom estaba pasando con su aparato, y mientras se acercaba, Rivera había saltado de su asiento y, colocándose en la parte posterior de su tractor, tendido debajo de las cadenas de tracción y la caja de cambios, comprobaba si algo se había recalentado.

Tom retrocedió y le ayudó a subir a su tractor.

—¿Qué pasa, Goony? ¿Algo anda mal?

Rivera meneó la cabeza y sonrió.

—Nada va mal. Esta «*de siete*» está perfecta.

—¿Está qué? ¿Daisy Etta?

—*De siete*. En español, D-7. ¿Significa algo en inglés?

—Daisy Etta es un nombre de chica en inglés —respondió Tom.

Puso el tractor en punto muerto y, después de pararlo, lo abandonó de un salto. Luego, los dos hombres subieron al Siete, y Tom se hizo cargo de los mandos.

Rivera dijo «Daisy Etta» y esbozó una amplia sonrisa. Se sorprendió alargando la mano hacia una de las palancas de arranque y encogió el brazo. Tom se echó a reír.

—Eso es una maravilla —dijo—. El aparato con el circular más fácil que se ha construido jamás. Embrague y freno hidráulicos que permiten frenar en seco en cualquier momento. Pala delantera y pala trasera, y todas las velocidades para la marcha adelante y para la marcha atrás. Bastante distinto de los viejos aparatos. Quisiera echar una ojeada al peñasco, a esa piedra de allí arriba —añadió.

Subieron la cuesta en zigzag. Tom sentía el suelo bajo la máquina.

El peñasco se elevaba al extremo de una sierra de bajas colinas que recorría casi totalmente la pequeña isla, como una columna vertebral sesgada. Hacia el centro, se elevaba abruptamente y se ramificaba hacia la zona rocosa que añoraba junto a la playa donde habían depositado su equipamiento, y después se volvía a elevar hacia una pequeña plataforma cuadrada, media milla más allá. Exactamente en el centro, había un pequeño túmulo. Tom pisó el embrague y redujo la velocidad.

—El informe de inspección decía que allí arriba había una roca. Vamos a echar un vistazo —dijo Tom.

Se dirigieron hacia el montículo. Mientras avanzaban, Tom escudriñaba con los ojos muy abiertos.

Se detuvo, se inclinó sobre la hierba y cogió un trozo de roca, azul grisáceo, dura y quebradiza.

—Mira eso. Eso es de lo que hablaba el informe. Ahí hay más. Todo está en pequeños pedazos. Tenemos que encontrar un trozo grande para el pantano.

—¿Es buena roca? —preguntó Rivera.

—Sí, muchacho... pero no es de aquí. Toda la arena de la isla, toda la gravilla y toda la marga están en aquel afloramiento de allá abajo. Esto es una roca azul. Más dura y resplandeciente. Nunca había visto nada parecido en una colina de marga. Miremos por ahí; hemos de encontrar un trozo grande.

Se pusieron a caminar. De repente, Rivera se agachó y arrancó unas hierbas.

—Tom, aquí hay una grande.

Tom se acercó para mirar.

—Sí. Goony, tráete a tu novia y la arrancaremos. Rivera salió corriendo hacia su adorada excavadora y subió a la cabina. Condujo la máquina hasta donde le esperaba Tom, paró, se puso en pie y miró atentamente hacia delante para localizar la roca.

—Acércate despacio; con la pala hacia ella; levántala, no la golpees. Cógela por el medio de tu pala, no por la esquina, carga el peso sobre los dos cilindros hidráulicos —dijo Tom.

Rivera comenzó a acercarse a la roca, y ajustó con cuidado la pala contra ella. Cogiendo la carga, la potente máquina tensó audiblemente todos sus músculos; Rivera abrió un poco la válvula y empezó a elevar su pala. La Siete bajó el morro como un buey tirando de un arado; las llantas de las orugas se hundieron en el suelo y la pala levantó una pulgada la roca. La piedra se movió, y en seguida surgió de entre la tierra que la cubría.

Dio marcha atrás, y luego Rivera volvió a dirigir la pala hacia ella, sacándola por fin a la luz del día.

Tom, rascándose el pescuezo, se la quedó mirando. Rivera abandonó la máquina y permaneció en pie junto a él.

La piedra era brutalmente rectangular, con forma de ladrillo y con un corte final de un ángulo de treinta grados.

—Eso —dijo Tom—, no se ha hecho *aquí*, y si se hizo aquí no se formó de este modo.

—*Una piedra de una casa* —dijo Rivera—. Tom, aquí había un edificio, ¿no?

Permanecieron allí, bajo la luz cada vez más oscura del atardecer, mirando perplejos la piedra; y entonces les sobrevino un sentimiento de opresión, como si allí no soplara el viento y no se produjera ningún sonido. No obstante, el viento soplaba y, detrás de ellos, *Daisy Etta* golpeaba con su habitual murmullo, y nada había

cambiado y... ¿era realmente así? ¿Nada había cambiado?

Tom abrió dos veces la boca para hablar, y no pudo, o no quiso... no sabía por qué. Súbitamente, Rivera cayó de hinojos, con el torso erguido, y con los ojos muy abiertos.

Comenzó a hacer mucho frío.

—Hace frío —dijo Tom. Soplaban un viento cálido hacia ellos, el suelo estaba caliente debajo de las rodillas de Rivera. El frío era la carencia de algo: ¿tal vez el calor específico de la fuerza vital? Sintieron que crecía la opresión.

Rivera dijo algo en voz baja y en español.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Tom.

Rivera comenzó a hablar violentamente, extendiendo un brazo, como para protegerse del estallido de la voz de Tom.

—Yo... no hay nada que ver, Tom. Ya me sentí así en otra ocasión. No sé... —Sacudió la cabeza, con los ojos en blanco y muy abiertos—. Y después se produjo una infernal tormenta de truenos... Creo que estoy asustado, Tom... —su voz quedó ahogada.

Tom le agarró por el hombro y, de un tirón, lo puso en pie bruscamente.

—Vuelve a subirte a ese gato y ponte a trabajar —espetó. Y, luego, con más sosiego, añadió—: Sé que aquí hay algo extraño, Goony, pero no voy a abandonar la pista. Ahora, recorre el montículo y mira si no hay una gran piedra escondida por ahí. Allí abajo tenemos una marisma que hay que llenar.

Rivera dudó, comenzó a hablar, tragó saliva, y después se dirigió lentamente hacia la Siete. Tom permaneció inmóvil observándolo, concentrando su mente en la impalpable presión de algo que le retorció las tripas.

La excavadora asomó su morro por encima del túmulo, gruñendo, y aquello le hizo recordar a Tom que el nombre de la máquina en argot español era *puerco* —cerdo, cochino—. Rivera atacó el borde del túmulo con la esquina cortante de la pala. Levantó porquería y broza, bajó por la ladera del montículo y la arrastró desde el terraplén a lo largo del borde mohoso.

Diez minutos más tarde, Rivera tocó roca; la hoja de manganeso chirriaba a lo largo de su superficie y la esquina cortante de la pala hacía saltar un polvo gris. Cuando hubo pasado la máquina, Tom se arrodilló y examinó la roca. Era la misma clase de roca que habían encontrado antes, y tenía la misma configuración. Pero en esta ocasión se trataba de un muro, las caras angulares de los extremos del bloque estaban desgastadas y, al mismo tiempo, presentaban estrías.

—Frío, frío como...

Tom respiró profundamente y se secó el sudor que le caía sobre los ojos.

—Tengo que conseguir esa piedra —susurró—. Tengo que llenar la marisma —e indicó a Rivera que dirigiese la pala hacia la hendidura abierta en el muro enterrado.

La Siete giró y atacó el muro; luego se detuvo, mientras Rivera ponía la primera, redujo la marcha, y luego bajó su pala. Tom le miró a la cara. Los labios del muchacho estaban pálidos. Pisó el embrague, la pala bajó y la esquina de la misma se introdujo limpiamente dentro de la hendidura.

La excavadora comenzó a pivotar sobre el extremo de la pala, bufando a manera de protesta y empujando impotente. Tom subió al lugar, dio la vuelta por detrás de la máquina, que ya estaba casi paralela al muro, y se situó en el claro con los ojos fijos en la pala. Y entonces, todo ocurrió de repente.

Con un chasquido, el bloque comenzó a moverse y se desprendió, pivotando sobre su extremo en ángulo recto hacia fuera, y arrastrando consigo el bloque colindante. El bloque de encima cayó, y todo el túmulo pareció precipitarse. Y *algo* salió ruidosamente del negro agujero en el que habían estado las piedras. Algo así como una niebla, pero no era una niebla que pudiera verse, algo enorme que no podía determinarse. Con ella surgió una ráfaga de aquel frío que no era frío, y un olor a ozono, y el punzante crepitar de una potente descarga estática.

Tom se hallaba a cincuenta pies del muro cuando pudo darse cuenta de que se había movido. Se detuvo y vio que la Siete se encorvaba de repente como un caballo salvaje, y a Rivera dando dos volteretas en el aire. Tom gritó y corrió precipitadamente hacia el muchacho, que estaba tendido sobre la corta hierba, lo cogió en sus brazos, y salió corriendo. Sólo entonces se dio cuenta de que huía de la máquina.

Era como una criatura enloquecida. Su pala se levantaba y caía. Se curvaba alejándose del túmulo, bramando, sin control. La pala se metía repentinamente en la tierra, excavando grandes pedazos de terreno entre los que se introducía, descendiendo, furiosa, con terrible estrépito metálico. Retrocedió describiendo un arco irregular, giró y volvió a arremeter contra el túmulo, donde golpeó contra el muro enterrado, viró, se revolvió y rugió.

Tom alcanzó el borde del terraplén resollando y subiendo a trompicones, y depositó con cuidado al muchacho sobre la hierba.

—Goony, muchacho... ¡eh!...

Sus largas pestañas se movieron ligeramente, sus párpados se levantaron un poco. Al ver sus ojos, algo se sacudió en Tom; aquellos ojos, vueltos hacia atrás, mostrando sólo el blanco de los globos. Rivera lanzó un largo y tembloroso suspiro que quedó cortado de repente. Tosió dos veces, volvió la cabeza de un lado para otro con tanta violencia que Tom se vio obligado a cogerla entre sus manos y sujetarla con fuerza.

—Ay... *María madre...* qué me ha pasado. Tom... ¿qué me ha ocurrido?

—Caíste de la Siete, estúpido. Tú... ¿cómo te encuentras?

Rivera escarbó en la tierra, se incorporó un poco apoyándose en los codos, y se

dejó caer de nuevo.

—Estoy bien. Un dolor de cabeza de todos los diablos. ¿Qué me ha sucedido en los pies?

—¿Los pies? ¿Estás herido?

—No son heridas... —El rostro del joven se volvió gris, sus labios permanecían apretados con esfuerzo—. No es nada, Tom.

—¿Puedes moverlos?

Rivera meneó la cabeza mientras seguía intentándolo. Tom se levantó.

—Estate tranquilo. Voy a buscar a Kelly. En seguida vuelvo.

Se fue andando de prisa. Ya había visto antes a un hombre con la espina dorsal rota.

Al otro extremo del terraplén, Tom se detuvo y escuchó. En la penumbra del anochecer pudo distinguir la excavadora sobre el túmulo. El motor zumbaba; no se había parado a sí misma, sino girando arriba y abajo como si una mano impaciente manejara el acelerador. Tom caminó rápidamente hacia la Siete, con el cabello enmarañado azotándole el rostro. No había ninguna explicación para justificar que una máquina se comportara de aquel modo, yendo arriba y abajo, correteando, girando, y levantando y bajando su pala. Evidentemente no tenía sentido.

El motor se desaceleró cuando él se acercó, y finalmente quedó zumbando, produciendo una especie de murmullo ralentizado y regular. Tom tuvo la repentina y descabellada impresión de que la máquina lo estaba mirando. Sin darle mayor importancia a aquella sensación, se aproximó y posó su mano sobre el guardabarros.

La Siete reaccionó como un potro salvaje. El gran Diesel rugió, y Tom vio claramente cómo la palanca de embrague se movía hacia el centro dando un chasquido. Se apartó de un salto, esperando que la máquina se lanzara hacia delante, pero, al parecer, estaba en una velocidad invertida, porque se abalanzó hacia atrás, como una oruga bloqueada, y el extremo más cercano de la pala describió velozmente un círculo, y pasó rozándole la cadera a menos de una fracción de pulgada mientras él se apartaba de un brinco.

Y, como si hubiese rebotado en un muro, el tractor había cambiado de dirección y se abalanzaba sobre él exhibiendo la pala de doce pies, y enfocándole con los dos faros desde el extremo de sus soportes arqueados, como si fueran los ojos saltones de algún sapo poderoso. Tom no tenía otra opción que saltar y agarrarse con las dos manos a la parte superior de la pala, inclinándose hacia atrás para apoyar los pies contra el borde de la misma. La pala descendió y se posó sobre la superficie del suelo, abriendo una pequeña brecha en la tierra. La tierra que se iba acumulando en la pala subía de nivel y se revolvía alrededor de las piernas de Tom, que pateó ferozmente, tratando de mantenerlas libres de aquella masa. Entonces, la pala se elevó hasta cuatro pies por encima del borde del hoyo; el tractor corrió arriba y abajo

siguiendo sus propias huellas, que ascendían más a medida que iban escalando el montón de escombros. Se produjo un rápido impulso y contraimpulso cuando la máquina sufrió una sacudida hacia delante y hacia arriba, como una motocicleta saltando una rampa, y luego se produjo un terrible estruendo cuando las cuarenta toneladas de metal de la pala fueron a estrellarse contra el suelo.

Parte de la dura piel de las palmas de las manos de Tom quedó pegada a la pala cuando él se tiró al suelo. Cayó sobre la parte posterior de sus talones, pero pudo mantener el equilibrio y brincar tan pronto como tocó el suelo. Saltó de nuevo a la pala, se agarró con una mano a la tapa del radiador y después saltó al capó, sujetándose al tubo de toma de aire. Apenas si pudo asirse a él, cuando la excavadora ya se había liberado a sí misma y se lanzaba marcha atrás hacia el montículo. De nuevo se produjo aquel resoplido y el ruido metálico de las orugas aplastando cosas mientras la máquina corría, esta vez casi plana sobre el suelo.

La sacudida hizo que Tom soltara el tubo de entrada de aire, y, al resbalar por encima del capó, el pliegue de su codo atrapó la exhausta chimenea, penetrando el pálido metal rojo en su carne. Él gruñó y lo abrazó. Su ímpetu lo arrastró consigo, y sus pies fueron a dar contra las palancas de dirección. Con el impulso, de espaldas, fue a estrellarse contra el metal plano, y luego reculó frenéticamente hasta que por fin cayó pesadamente sobre el asiento.

—Ahora —dijo entre dientes, a través de una opaca capa de pena—, vas a ser manejada.

Desembragó y soltó el acelerador. Empujó la palanca hacia delante para cortar el fuel. No se cortaba.

—Hay una cosa que no podrás hacer sin compresión —murmuró él.

Se levantó y buscó por la cabina la palanca de compresión. Cuando se levantaba del asiento, la máquina se aceleró de nuevo. Se volvió hacia la palanca del acelerador que se había desplazado hasta la posición de «abierto». Cuando lo tocó, la palanca de embrague saltó de su posición y la máquina se abalanzó hacia delante chirriando y bramando. El repentino golpeteo de las palancas de mando le alcanzó en la ingle antes de que pudiera pasar entre ellas.

Cegado por el dolor, Tom se pegó, jadeando, al cuadro de mandos. El indicador de presión de aceite cayó a su derecha con el tintineo de cristal roto, y del trozo de cristal roto brotó aceite hirviendo dirigido a él. El sobresalto que esto le produjo le avivó la conciencia. Inclinandose sobre la parte izquierda del cuadro de mandos, tiró de la palanca de compresión. El tractor se abalanzó hacia delante y giró frenéticamente, y Tom comprendió que salía disparado. Pero, mientras se sentía lanzado fuera de la cabina, empujó hacia abajo la palanca de compresión. Las grandes válvulas y las cabezas de los cilindros se abrieron y así quedaron bloqueados; fuel atomizado y vapor de agua salieron expulsados de la máquina y, mientras Tom iba a

dar con la cabeza y la espalda en el suelo, la gran excavadora salvaje iba deteniéndose; luego quedó en silencio, excepto por el rumor de agua hirviendo en el sistema de refrigeración.

Unos minutos más tarde, Tom, aturdido, se puso en pie y comenzó sistemáticamente a paralizar la máquina, al menos para toda la noche.

Abrió la espita de debajo del depósito de fuel y dejó fluir el cálido líquido amarillo, que empapaba la tierra. Abrió el desagüe de la reserva con la bomba de inyección. Encontró un trozo de alambre en la caja de herramientas y con él trabó hacia abajo la palanca de compresión. Subió a la máquina, arrancó el capó y el filtro de aire, sacó el filtro y con él obturó el tubo. Empujó el acelerador hasta el fondo y lo bloqueó con un perno. Y cortó la entrada de fuel del depósito a la bomba.

Luego, con pesadez, bajó al suelo y miró hacia atrás, hacia el borde del terraplén, donde había dejado a Rivera.

No supieron que Tom estaba herido hasta una hora y media después; habían estado demasiado ocupados construyendo una camilla para el puertorriqueño y un lugar para cobijarlo. Sacaron el botiquín y los libros de medicina, e hicieron lo que pudieron: le vendaron, le entablillaron y le inyectaron una dosis de opiáceos. Tom estaba agarrando el tubo de escape, aparecía desollado. Entonces lo curaron; el viejo Peebles manejaba los polvos de sulfa y las vendas como una experta enfermera. Y sólo entonces comenzaron a conversar.

—Una vez vi a un hombre que salía disparado de una excavadora —dijo Dennis, cuando estuvieron sentados alrededor de la cafetera mascando raciones C—. Estaba sentado en el borde de la cabina mirando hacia atrás. La máquina topó con una roca y levantó su parte trasera. Lo lanzó a tierra. Lo expulsó a más de diez pies.

Sorbió un poco de café para disolver la comida que le llenaba la boca y que, por hablar, no había tragado, y masticó ruidosamente.

—Los hombres están locos si se suben ahí, al borde de la cabina, aunque sea sobre un tractor. No puedo comprender por qué el mico lo hizo sobre una excavadora.

—No iba montado así —dijo Tom.

Kelly torció la boca.

—¿Estaba sentado en su asiento y fue expulsado?

—Eso es.

Tras un silencio increíble, Dennis dijo:

—¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a más de sesenta? Tom miró alrededor, a los rostros iluminados con el brillo artificial de una linterna de gas, y se preguntó cuál iba a ser la reacción si contaba las cosas tal y como habían ocurrido. Tenía que decir algo, y no parecía que resultara verosímil.

—Él estaba trabajando —dijo por fin—. Sacando piedra del muro de un viejo

edificio, situado encima de aquel altiplano. Uno de los muros se derrumbó y entonces los mandos se embarullaron como enloquecidos. La máquina se encabritó como un caballo salvaje y salió disparada.

—¿Salió disparada?

Tom asintió.

—Reconozca que esto es lo que ocurre cuando se pone a un mecánico en el puesto de un maquinista —dijo Dennis.

—Eso no tiene nada que ver con este asunto —atajó Tom.

Peebles intervino rápidamente.

—Tom... ¿Qué ocurre con la Siete? ¿Tiene algo averiado?

—Algunas —dijo Tom—. Hay que revisar los mandos. Y estaba caliente.

—La cabeza está rota —dijo Harris, un notable bebedor y un hombre corpulento con unos hombros como un búfalo.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi cuando fui con Al a buscar al muchacho, con la camilla. Caía agua hirviendo por un lado del bloque.

—¿Quiere decir que anduvo hasta el túmulo para ver el tractor mientras el muchacho estaba allí tendido? ¡Les dije dónde estaba!

—¡Fuera del túmulo! —dijo Al Knowles con los ojos fuera de las órbitas—. ¡Encontramos a esa excavadora a veinte pies de donde estaba el chico!

—¿Qué?

—Lo que está oyendo, Tom —dijo Harris—. ¿Qué le ocurre? ¿Dónde la dejó usted?

—Ya se lo dije... junto al túmulo... en el viejo edificio que estábamos excavando.

—¿Dejó el motor en marcha?

—¿El motor en marcha? —la mente de Tom se representó el pequeño aparato de dos cilindros atornillado al lado del cigüeñal del gran Diesel, unido por un engranaje Bendix y sujeto al volante del Diesel para bloquearlo. Recordó que había echado una última ojeada a la máquina, y que ésta estaba en completo silencio, a excepción del ruido producido por el agua hirviendo—. ¡Diablos, no!

Al y Harris intercambiaron una mirada.

—Me parece, Tom, que usted se despreocupó bastante —dijo Harris, no sin crueldad—. Cuando estábamos a medio camino de la colina, la oímos, y ya sabe que es imposible confundir ese traqueteo. Sonaba como si estuviera bajo algún peso.

Tom se golpeó los oídos con los puños cerrados.

—Yo dejé la máquina parada e inutilizada —dijo pausadamente—. E incluso vacié el depósito. Pero... no toqué el motor de arranque —su voz se fue apagando. Luego, añadió—: Harris... ¿dice que encontró el motor en marcha cuando llegaron ustedes allá arriba?

—No... estaba parada. Y caliente... terriblemente caliente. Hubiera dicho que el motor de arranque estaba agarrotado. Debía de ocurrirle eso, Tom. Usted dejó el motor de arranque en marcha y de alguna manera se pusieron en funcionamiento el embrague y el Bendix. —Su voz perdió convicción mientras lo decía... hay que hacer diecisiete movimientos para poner en marcha un tractor de ese tipo—. De todos modos, estaba en marcha y se arrastraba con el pequeño motor.

No sin sarcasmo, Dennis dijo:

—Me parece que la Siete había salido en busca del mico. Primero lo dejó un poco fastidiado y después iba a terminar su trabajo.

Al Knowles se carcajeó de un modo extravagante.

Tom se levantó, moviendo la cabeza, y se dirigió, entre las cajas de herramientas, al hospital que habían improvisado para el muchacho.

Una luz tenue brillaba en el interior, y Rivera yacía muy quieto, con los ojos cerrados. Tom se asomó a la entrada y lo miró por un instante. Rivera abrió los ojos.

—¡Tom... Tom! —gritó.

—Está bien, Goony... ¿qué pasa?

—¡Vuelve... Tom!

—¿Quién?

—*La de siete.*

—*Daisy Etta...* No vuelve, no volverá, muchacho. Ya no estás en el altiplano.

Los oscuros y narcotizados ojos de Rivera le miraron inexpresivos. Tom retrocedió y los ojos seguían mirándole. No veían nada.

—Vaya a dormir —susurró. Sus ojos se cerraron instantáneamente.

Kelly decía que nunca nadie se había herido en un trabajo de construcción a menos que se tratara de un estúpido.

—La estupidez fue poner a un muchacho, y no a un operador, encima de esa máquina —dijo Dennis con su voz presuntuosa.

—Ya le he oído ese soniquete otras veces —dijo el viejo Peebles sosegadamente—. Me disgusta tener que puntualizarlo, porque las comparaciones son odiosas, pero yo he trabajado mucho tiempo con ese muchacho, Rivera, y siempre me pareció tan buen operador como el mejor. Usted debe de quedar muy bien sobre un tractor, pero ese muchacho podría darle sopa con ondas y hacerle parecer un aprendiz sobre una excavadora.

Dennis se incorporó y murmuró alguna obscenidad. Miró a Al Knowles en busca de apoyo y éste se aproximó a él. Miró alrededor pero nadie del círculo se sumó a Al para apoyarle. Peebles estaba repanchigado, fumando su pipa, mirando por debajo de sus espesas cejas. Dennis volvió a sentarse y atacó por otro punto.

—¿Y bien? Si es tan bueno como usted dice, menos motivo hay para que se

cayera de la excavadora y se lastimara.

—Todavía no lo veo claro —dijo Chub, con un tono de voz que indicaba «me disgusta admitirlo, pero...»

Por entonces, Tom había regresado como un sonámbulo y permanecía de pie con su linterna encendida ante él y Dennis siguió hablando confusamente, sin saber que Tom estaba cerca.

—Hay una cosa que nunca averiguarán. Ese puertorriqueño es un muchacho muy fornido. Tal vez Tom le dijo algo que no le gustó y trató de clavarle un cuchillo en la espalda. Todos ellos lo hacen. Tom se libró deteniendo la máquina. Entonces debieron de rodar por el suelo durante un rato, luchando, y entonces el mico se rompió la espalda. Tom dispuso la excavadora para que aplastara al muchacho, bajó aquí y trató de explicarnos...

Su voz quedó cortada cuando Tom se inclinó sobre él.

Tom lo agarró por la pechera de su camisa con su brazo herido y lo sacudió como si fuese un saco vacío.

—¡Canalla! —gruñó. Puso a Dennis en pie y le cruzó la cara con un revés. Dennis cayó, acobardado.

—Oh, Tom, yo sólo estaba hablando. Sólo bromeaba, Tom, yo únicamente...

—Fuera de mi vista —rugió el capataz—. ¡Largo!

Dennis se marchó. Al Knowles dijo vagamente:

—Ahora, Tom, proteste...

—¡Tú, habichuela estrábica! —gritó Tom, con la voz áspera y tensa—. ¡Lárgate con tu hermano gemelo!

—O. K., O. K. —dijo Al, pálido, y desapareció en la oscuridad tras Dennis.

—Al diablo —dijo Chub—. Yo me acuesto. —Y se fue sin decir ni una palabra más. Harris y Kelly, que estaban de pie, se volvieron a sentar. El viejo Peebles no se había movido.

Tom permaneció de pie escudriñando en la oscuridad, con sus brazos tensos a sus costados y los puños cerrados.

—Siéntese —dijo Peebles suavemente. Tom se volvió y le miró.

—Siéntese. Así no puedo cambiarle ese vendaje tan desaliñado como se ha dejado —dijo señalando al vendaje que Tom tenía alrededor del codo. Tenía una amplia mancha roja y los tejidos se habían separado cuando el corpulento capataz había golpeado con sus enfurecidos músculos. Se sentó.

Cuando Peebles hubo terminado de cambiarle el vendaje, Tom se levantó y examinó el nuevo, girando su brazo delante de la linterna.

—Todos ustedes pueden pensar lo que quieran acerca de lo que sucedió esta tarde en el altiplano —dijo—, pero ¿es necesario que diga que la idea de Dennis al respecto es un disparate?

Harris dijo una palabrota que calificaba completamente a Dennis y todo lo que había dicho y podía decir. Peebles dijo:

—Todo irá bien. Dennis y su compañero de los ojos saltones se aliarán, pero no valen para nada. Chub hará cualquier cosa por ser consecuente consigo mismo y trabajará por lo que ha defendido.

Tom se encogió de hombros.

—Sí, pero ¿lograremos construir el aeródromo?

—Lo lograremos —dijo Peebles—. Sólo que... Tom, vaya con cuidado con las brusquedades después de esto. Resultan muy perjudiciales.

—Lo haré si puedo —dijo Tom malhumorado. Finalmente, se acostaron.

Peebles tenía razón. Las brusquedades resultaron perjudiciales. Dennis utilizó la palabra «asesinato» cuando descubrieron, a la mañana siguiente, que Rivera había muerto durante la noche.

El trabajo progresaba a pesar de todo lo que había ocurrido. Con un equipo semejante es difícil ralentizar las cosas. Kelly excavaba dos metros cúbicos de roca del peñasco a cada embestida de la gran excavadora, y las Dumptrucks son las removedoras de tierra más rápidas que jamás se han visto. Dennis se encargaba del servicio de limpieza del camino con su tractor, y Tom y Chub se daban explicaciones mutuas sobre la aplanadora que habían separado de su tractor para paliar la falta del Siete. Peebles estaba ocupado en preparar su taller, manteniendo el refrigerador del agua y los cargadores de batería en funcionamiento, y preparando su fragua y su instrumental para soldar.

Cuando lo tuvo todo a punto, Peebles subió a la colina para hacerse cargo de la Siete. Al llegar junto a él, se quedó un instante mirándolo y rascándose la cabeza, y, luego, volvió a bajar la colina y fue en busca de Tom.

—He estado echándole un vistazo al Siete —dijo, cuando estuvo cerca del doscilindros y Tom hubo bajado de ahí.

—¿Qué le encontró?

Peebles extendió su brazo.

—Una lista de cosas así de larga —sacudió la cabeza—. Tom, ¿qué pasó realmente allí arriba?

—El mando se volvió loco y la máquina se puso a andar —dijo Tom con presteza, inexpresivamente.

—Sí, pero... —Durante un instante prolongado miró fijamente a los ojos de Tom. Luego suspiró—. De acuerdo, Tom. De todos modos, no puedo hacer nada allá arriba. Tenemos que bajarla y me hará falta este tractor.

—¿Por qué nos vamos a meter en líos?

—¿Qué?

—Nos podemos apañar sin esa excavadora —dijo de pronto Tom—. Dejémosla donde está. Usted tiene muchas más cosas que hacer.

—Pero ¿por qué?

—Bueno, no es necesario embrollarse con eso.

Peebles se rascó la nariz y dijo:

—Tengo otra culata nueva, pernos para las orugas... incluso un motor de arranque de repuesto. Y tengo herramientas para reparar las piezas que me falten. De ese modo podrá parar un par de esos Dumptrucks.

—Me di cuenta de ello tan pronto abrí la boca —dijo Tom de pronto—. Vamos.

Subieron al tractor y se pusieron en marcha. Luego se detuvieron un momento en el campamento de la playa para coger un cable y algunas herramientas.

Daisy Etta estaba en el borde del terraplén, haciendo brillar sus faros. Su aspecto general era de angustia. Aunque el suelo era plano y estaba nivelado, ella no lo estaba, porque a su oruga derecha le faltaban las ruedas inferiores, y estaba ligeramente inclinada, como un hombre que se hubiera roto una cadera. Y cualquier cosa la hacía reflexionar acerca de la paradoja de la aplanadora por la que tiene que pasar todo operador mientras está aprendiendo a manejar su propia máquina.

Esta paradoja es una de las cosas más difíciles de comprender para un principiante. Una aplanadora es una central de fuerza y energía arrastrándose. El principiante, temeroso y con la imagen de los invencibles tanques de la armada grabada en su mente, se lo toma tranquilamente sin esforzarse y con una sensación de poder ilimitado desprecia todos los obstáculos, ignorando la fragilidad del núcleo de un radiador de hierro, la mortalidad del manganeso templado y, sobre todo, la facilidad con que un tractor puede enterrarse en el fango. Asomándose a mirar la máquina que él había reducido en treinta segundos a una mole inútil, o que medio minuto antes corría por el terreno del que habían desaparecido sus huellas, el principiante tenía esa sensación de desasosiego y culpabilidad que tiene cualquier hombre al haber incurrido en un error de juicio.

Así pues, *Daisy Etta* permanecía allí estropeada e inutilizada, Había una lección que aprender. Y había sido aprendida. *Daisy Etta* quería ser reparada, y la próxima vez... bueno, al menos sabría sus propios puntos flacos.

Peebles desenrolló veinte pies de cable de media pulgada que estaba sujeto a la parte trasera de la pequeña excavadora, cavó un hoyo en el suelo debajo de la pala de la máquina grande e hizo pasar por él el extremo del cable. Subiéndose a la pala deslizó el cabo por dentro del gancho de remolque que estaba sujeto a la parte inferior del chasis. Dejó el otro extremo del cable en el suelo, delante de la máquina. Tom se montó en la otra excavadora y la hizo girar para colocarla en posición adecuada, listo para remolcar. Peebles enganchó el cable en la barra de tiro, y subió al Siete. Puso

punto muerto, desbloqueó el embrague, puso la llave de control de la pala en posición de «flote», y luego levantó un brazo e hizo una señal.

Tom movió despacio su máquina hacia delante. El cable se estiró y, mientras se tensaba, hizo subir la pala de la Siete. Peebles trataba de evitarlo y puso el control de la pala en la posición de «bloqueada».

—Retrocede y tuerce a la derecha —gritó a Tom, mientras éste desaceleraba—. Trataremos de hacerlo mover marcha atrás.

Tom retrocedió y giró en seco hacia la derecha, y arrastró el cable casi en ángulo recto hacia la otra máquina. Peebles retuvo la oruga derecha de la Siete con el freno y soltó las dos palancas de dirección. La oruga izquierda pudo entonces girar libremente, pero la derecha no. Tom, moviéndose despacio, logró tensar el cable. La Siete se balanceó suavemente y comenzó a pivotar sobre su oruga derecha. Peebles soltó el freno derecho y volvió a aplicarlo, y repitió con destreza la operación de modo que se iban produciendo pequeñas sacudidas. La oruga se movió unas pocas pulgadas y volvió a pararse. Le aplicaban fuerzas hacia delante y hacia los lados alternativamente, produciendo impulsos que hacían retroceder poco a poco la oruga. Entonces, una pequeña sacudida y ya estaba sobre sus ruedas.

Tom paró su máquina y se acercó al Siete.

—¿Cree que andará? —preguntó.

—Andará —dijo Peebles—. Nunca vi a un aparato de estos que, en estas condiciones, retrocediera tan fácilmente. ¡Por Dios, es como si tratara de ayudar!

—Lo hacen a veces —dijo Tom, escuetamente—. Será mejor que usted coja el remolcador; yo iré en éste.

—Lo que usted diga.

Cuidadosamente, descendieron la escarpada cuesta. Tom apenas tocaba los frenos, y así permitía que la otra máquina pudiera tirar con más facilidad. Y, por fin, llegaron al taller de Peebles con *Daisy Etta*. Allí le sacaron la culata, el motor de arranque y el transmisor de una palanca, que estaba quemado, y la dejaron prácticamente desmontada...

Y la volvieron a montar.

—Le digo que fue un asesinato a sangre fría —dijo Dennis enardecido—. Y nosotros estamos recibiendo órdenes de un tipo así. ¿Qué vamos a hacer?

Estaban de pie junto al refrigerador; Dennis había llevado allí su máquina para hablar con Chub.

El cigarro de Chub Horton subía y bajaba como un semáforo con un corto circuito.

—Lo dejaremos, de momento. Dentro de dos semanas volverá el jefe de personal y le podremos hacer un informe. Además, yo no sé lo que ocurrió allá arriba y usted

tampoco. Entretanto, tenemos que construir una pista.

—¿Usted no sabe lo que ocurrió allá arriba? Chub, usted es un hombre listo, usted seguramente es lo bastante listo como para no creer todo ese cuento del tractor saliendo disparado escapando al control de ese mono grasiento. Oiga... él dijo que fue el regulador. Yo he visto el regulador con mis propios ojos y además oí decir al viejo Peebles que no le ocurría nada anormal. El mando de control del acelerador se había saltado de su junta, sí... pero usted ya sabe qué le ocurrirá a un tractor si se le estropea el control de aceleración. Se para. En ningún caso se echa a andar.

—Bien, quizá, pero...

—¡Pero nada! Un tipo que comete un asesinato no está cuerdo. Si lo hizo una vez, puede hacerlo de nuevo y yo no estoy dispuesto a que me ocurra a mí.

—¿Qué quiere hacer?... ¿Llamar al sheriff?

Dennis rió abiertamente.

—Voy a decirle qué podemos hacer. Mientras usted esté aquí, él no es el único que conoce el trabajo. Si dejamos de obedecer sus órdenes, usted puede darlas tan buenas o mejores. Y él no podrá hacer nada.

—Olvídelo, Dennis —dijo Chub, con una repentina exasperación—. ¿Qué cree que está haciendo?... ¿cree usted que me está ofreciendo las Llaves del Reino? —y se levantó—. Suponga que hacemos lo que usted dice. ¿Irían más rápidas las obras? ¿Yo ganaría más dinero? ¿Qué cree usted que quiero... gloria? Ya perdí una oportunidad para formar parte del consejo de trabajadores. ¿Cree usted que voy a mover un dedo para decirles a una pandilla de bobos lo que tienen que hacer... si lo hacen igualmente?

—Chub... si no hacemos algo con respecto a ese tipo, no estamos a salvo. ¿No puede meterse esto en la cabeza?

—Escuche, atolondrado. Si un hombre está suficientemente ocupado no puede crear problemas. Esto vale para Tom... y para usted también. Vuelva a ese aparato y regrese al hoyo de la marga.

Dennis, pillado totalmente por sorpresa, volvió a su máquina.

—Es una lástima que usted no pueda mover tierra con la boca —dijo Chub, mientras se alejaba—. Podrían haberle dejado hacer este trabajo solo.

Chub caminó despacio hacia el peñón, golpeando gujarros de la playa con un palo y maldiciéndose a sí mismo. Era, esencialmente, un hombre simple y creía en la posibilidad de aproximarse a todas las cosas con simplicidad. Le gustaba tener un empleo en el que pudiera hacer todo lo que se le pidiera y en el que nada complicase las cosas. Estaba molesto y preocupado pensando en las puñaladas traperas que había recibido en varios empleos. Era lo bastante estúpido como para que su honestidad natural se manifestara en su conversación y en sus acciones, y había aprendido que la completa honestidad en el trato con los hombres, tanto si eran sus superiores como si

eran sus subordinados, resultaba casi invariablemente lamentable para todos aquellos a quienes concernía el asunto en cuestión, pero no le era posible actuar de otro modo, y ya no lo intentaba siquiera. En esa ocasión, no tuvo ninguna duda en elegir un tipo de acción.

—Sólo que... ¿cómo va uno a preguntarle a un hombre si es un asesino?

Encontró al capataz con una enorme llave inglesa en la mano, ajustando el nuevo perno que habían instalado en la oruga del Siete.

—¡Hola, Chub! Me alegro de verle. Tráigame un pedazo de tubo y ya verá si esto queda bien. —Chub fue en busca del trozo de tubo, y lo colocaron atravesando el mango de la llave inglesa de metro veinte, y luego tiraron de él hasta que el sudor bañó sus espaldas. Tom comprobó con una palanca el espacio que dejaba la oruga. Finalmente consideró que estaba correcto y ambos permanecieron de pie bajo el sol recuperando aliento.

—Tom —dijo Chub jadeando—, ¿mató usted a ese puertorriqueño?

Tom levantó la cabeza como si alguien le hubiera quemado el pescuezo con un cigarrillo.

—Porque, si lo hizo —dijo Chub—, no puede seguir en este trabajo.

—No es asunto para bromear —dijo Tom.

—Usted sabe que no estoy bromeando. ¿Lo hizo o no?

—¡No! —Tom se sentó sobre un barril y se secó el sudor del rostro con una venda—. ¿Qué le pasa?

—Sólo quería saber. Algunos de los chicos le tienen miedo.

Tom frunció el ceño.

—Oiga, Chub. A Rivera lo mató esa máquina. —Señaló por encima de su hombro a la Siete, que ya estaba lista, esperando que le reparasen un extremo de la hoja cortante que estaba roto. Peebles estaba aventando la fragua mientras él hablaba.

—Si quiere decir que yo lo hice subir a la máquina antes de que saliera despedido, la respuesta es sí. Eso es lo que tuve que ver con su muerte, y no crea que no lo siento. Me olía que allí había algo que no andaba bien, pero no podía adivinar qué era, y, por supuesto, no creía que nadie pudiera resultar herido.

—¿Y qué era lo que no andaba bien?

—Sigo sin saberlo —dijo Tom levantándose—. Estoy cansado de darle vueltas al asunto, Chub, y no me importa lo que piense nadie. Hay algo extraño en esa Siete, algo que no forma parte de su estructura. No se fabrican tractores mejores que éste, pero, sea lo que fuere, lo que ocurrió allá arriba en el altiplano lo volvió extraño. Ahora váyase y piense lo que quiera, e invéntese usted la historia que desee para contársela a los chicos. Pero, de momento, ya puede ir diciendo que nadie más que yo montará esta máquina, ¿comprendido? ¡Nadie!

—Tom...

La paciencia de Tom se agotó.

—¡Eso es todo lo que tengo que decir! Si alguien más ha de resultar herido, voy a ser yo, ¿comprendido? ¿Qué más quiere?

Se volvió y se alejó encendido. Chub lo siguió con la mirada.

—¿Cómo va eso, Peeby?

Peebles miró desde detrás de la máquina de soldar.

—Hola, Chub, la tendrá usted lista en veinte minutos —dijo mientras calculaba la distancia entre la máquina de soldar y el gran tractor—. Necesitaré cuarenta pies de cable —añadió, mirando los festones de arco y los cables que colgaban de los ganchos de almacenaje que estaban en la parte de atrás de la soldadora—. No quiero traer un tractor para mover ese bicho, y no me veo con ánimos de arrancar a la Siete con la manivela. Sólo necesito acercarme lo justo. Separó el cable arqueado y lo lanzó a un lado; luego se dirigió hacia el tractor con los cables de superficie colgando de su brazo. Extendió el último trozo de cable y agarró la abrazadera cuando estaba a ocho pies de la máquina. La cogió con la mano izquierda, tiró con fuerza, tratando de alcanzar con la derecha la parte baja de la pala de la Siete, intentando llegar lo bastante lejos como para sujetar con ella la máquina.

Chub estaba allí mirándole, jugueteando distraídamente con los controles del arco voltaico. Apretó el botón de puesta en marcha, y el motor de seis cilindros respondió con un ronroneo. Hizo girar el selector de ondas, conectó el generador de...

Una increíble descarga de energía, fina, abrasadora, azul-pálido, surgió de la palanca hasta sus pies y le impulsó a través de una distancia de *cinquenta pies* hacia Peebles, cuyos dedos acababan de alcanzar la base de la pala de la excavadora.

La cabeza y los hombros de Peebles quedaron envueltos durante un instante en un nimbo violáceo; luego se dobló y acabó desplomándose. En el tablero del soldador chasqueó un interruptor, pero ya era demasiado tarde. La Siete retrocedió lentamente, moviéndose en terreno llano, hasta topar con una apisonadora.

Los ojos de Chub parecían ir a saltársele de las órbitas. Se acurrucó allá mismo y quedó temblando, enloquecido de pavor, mientras contemplaba el cuerpo achicharrado del viejo Peebles, seccionado en dos mitades.

Lo enterraron junto al cadáver de Rivera. Después, nadie habló más de lo estrictamente indispensable. Hasta entonces no se dieron cuenta de lo mucho que todos apreciaban al pobre viejo. Harris estaba silencioso y muy serio, cosa rara en un hombre tan frívolo. Los andares de Kelly parecían haber perdido parte de su anterior ligereza. Dennis estuvo farfullando sonidos ininteligibles durante horas, mientras se mordía el labio inferior hasta dejarlo tierno e hinchado. Al Knowles daba la sensación de no encontrarse demasiado afectado, lo cual era de esperar en alguien con tan poco seso como él. Chub Horton se sobrepuso en cuestión de un par de horas, y ya casi

volvía a ser el de siempre. Pero en Tom se agitaba un furor loco contra la maldición incognoscible que se había abatido sobre el campamento.

Siguieron trabajando, porque no podían hacer otra cosa. La pala continuó con sus rítmicos movimientos de carga y descarga; los volquetes iban y venían chirriando entre la excavadora y lo poco que ya quedaba de la ciénaga. Se eliminaron los hierbajos del extremo superior de la pista de aterrizaje. Chub y Tom clavaron estacas graduadas y Dennis comenzó la prolija tarea de rebaje y relleno de la superficie con su traílla. Harris le seguía con la segunda traílla, completando la labor iniciada por su compañero. Poco a poco fue tomando cuerpo la pista de aterrizaje, y luego la de rodadura, que discurría paralelamente a la primera. Así pasaron tres días. Al perder su inmediatez, la muerte de Peebles también perdió parte de su carácter trágico y ya pudieron comentar sus detalles, aunque de poco les sirvió hacerlo. Tom trabajaba un rato en esto y otro en lo de más allá, turnándose con Kelly en el manejo de la excavadora, empleando de vez en cuando una traílla, haciendo horas con algún volquete. Su brazo iba sanando con lentitud aunque sin infectarse, pese a lo cual Tom no perdía su expresión severa y malhumorada. Todos cuidaban de sus máquinas respectivas con el mimo de una primeriza hacia su pequeño, porque cualquier avería grave podía resultar desastrosa, ahora que estaban sin mecánico.

La única concesión que Tom se hizo en cuanto a la muerte de Peebles fue salir al paso de Kelly, una tarde, para interrogarle sobre la máquina de soldar. Parte del accidentado historial de Kelly había transcurrido en una escuela técnica, dedicado al estudio de la ingeniería y sobre todo de las mujeres. Pensando en la remota posibilidad de que supiera algo sobre el extraño comportamiento del arco voltaico, Tom le planteó la cuestión.

Kelly se despojó de sus largos guantes y los utilizó para ahuyentar los insectos.

—¿Qué clase de arco era? Amigo, no sabría qué decirte. ¿Alguna vez se ha visto que una máquina de soldar haga cosas así?

—Yo no lo he visto nunca. Lo raro es que ninguna máquina de soldar tiene esa potencia. Recuerdo a uno que recibió la sacudida de un soldador de 40 amperios. Lo dejó sentado, pero eso fue todo.

—No es el amperaje lo que mata a la gente —explicó Kelly—, sino el voltaje. El voltaje es como si dijéramos la presión de una corriente, ¿comprendes? Imagínate una cantidad determinada de agua, y llamémosla «amperaje». Si te la echo a la cara, no te hará ningún daño; pero si empleo una manguera de poco diámetro, entonces sí que la notarás. Y si la bombeo por esos agujeritos tan finos que hay en las boquillas de los inyectores, a una presión de digamos 1.200 libras, te haría sangrar. Ahora bien, el generador de esas máquinas no está hecho para alcanzar semejante voltaje. Y si todo ha sido a consecuencia de un cortocircuito del armazón o de los cables, todavía lo

entiendo menos.

—Por lo que dijo Chub, sabemos que había estado maniobrando con el selector. Creo que después del accidente nadie habrá tocado los mandos. El dial de selección estaba en «Corriente Baja», y el control no señalaba más allá de media potencia. Con eso no basta para matar a una persona... ni para que un tractor retroceda treinta pies, aunque sea en terreno llano.

—Ni para saltar cincuenta pies —observó Kelly—. Harían falta miles de voltios para generar un arco de esa potencia.

—¿Podría ser que algo escondido en el interior de la Siete hubiera producido ese arco? Vamos a ver: Supongamos que la máquina no lo produjo, sino que lo recibió. Recuerda que todavía estaba caliente cuatro horas después.

—Nunca he visto cosa parecida —repuso Kelly, sacudiendo la cabeza—. Mira, por darles un nombre llamamos «positivo» y «negativo» a los terminales de corriente; y sólo porque teóricamente es así, decimos que la corriente pasa del electrodo negativo al positivo. En un electrodo no puede darse una atracción positiva superior al impulso negativo del otro. No sé si me sigues...

—¿No podría existir alguna circunstancia anómala que produjera una especie de campo positivo extraordinario? O sea, un campo capaz de absorber súbitamente todo el flujo negativo, canalizándolo a una presión muy alta. Ése sería el ejemplo que tú me dabas antes, del agua lanzada por la boquilla de un inyector.

—No, Tom. En fin, no sé... Es que la electricidad estática tiene cosas que todavía no se entienden. Sólo puedo decirte que lo sucedido es imposible, pero que si efectivamente ocurrió, no habría bastado para matar a Peebles. Y la respuesta a este imposible ya la conoces de sobras.

Tom apartó la mirada, dirigiéndola al extremo superior de la pista de aterrizaje, donde se encontraban las dos tumbas. Por sus ojos pasó un relámpago de ira amarga y turbulenta. Después dio media vuelta y se alejó sin pronunciar palabra. Cuando llegó al lugar donde estaba la máquina de soldar, comprobó que *Daisy Etta* había desaparecido.

Al Knowles y Harris se acurrucaron junto al refrigerador de agua.

—Mala cosa —sentenció Harris.

—Nunca he visto nada parecido —aseguró Al—. El viejo Tom vuelve del depósito y arma una de mil demonios: «¿Dónde habéis metido la Siete?» «¿Dónde habéis metido la Siete?» En mi vida había visto un lío igual.

—¿Así que se la llevó Dennis, eh?

—Claro que sí —repuso Harris—. Me vino hace un rato con no sé qué rollo. Por lo visto se enteró por Chub de que Tom no quería ver a nadie cerca de esa máquina. Dennis estaba furioso. Según él, la Siete tenía algo que Tom quería guardarse para él, algún secreto. Dennis está seguro de que Tom mató al chico.

—¿Y tú piensas lo mismo, Harris?

—Hace demasiado tiempo que conozco a Tom para pensar una cosa así —negó Harris, sacudiendo la cabeza—. Pero ¿por qué se llevó Dennis la excavadora?

—Se le pinchó una rueda del tractor de traíllas. Volvió a por otra máquina, tal vez a por un volquete. Vio que la Siete estaba ahí, lista para funcionar, se puso a mirarla y empezó a echar pestes de Tom. Dijo que estaba harto de partirse los riñones con las otras máquinas, y por su padre que iba a llevarse algo que funcionara como Dios manda. Cuando le advertí que el viejo Tom se pondría hecho un basilisco, hizo algunas observaciones sobre él y su parentela.

—No le hacía yo con agallas para llevarse la máquina sin permiso.

—Bueno, es que se enfureció tanto que acabó convenciéndose de que tenía arrestos para hacerlo.

Los dos hombres alzaron la vista. Chub Horton llegaba a la carrera, casi sin aliento.

—¡Eh, vosotros! —gritó Chub—. ¡Venid conmigo adonde está Dennis!

—¿Qué pasa? —preguntó Harris, incorporándose de un salto.

Tom pasó junto a mí hace un minuto. Parecía el ángel exterminador y además iba como una flecha hacia la ciénaga que están rellenando. Le pregunté qué pasaba y me gritó que Dennis se había llevado la Siete sin permiso. Dijo que siempre estaba hablando de asesinatos, y que le iba a dar hasta cansarse por andar con la máquina...

—¡Caramba, caramba! —comentó Harris con voz tranquila—. No es éste el mejor momento para decir esas cosas...

—¿No pensarás que él...?

—¡*En marcha!*

Divisaron a Tom cuando aún les faltaba medio camino por recorrer hasta la ciénaga. Andaba con lentitud, la cabeza gacha. Harris le llamó a voces. Alzando el rostro, Tom se detuvo y quedó aguardándoles en una postura extraña, como si llevara un gran peso sobre los hombros.

—¿Dónde está Dennis? —preguntó Chub a gritos. Tom esperó hasta que los recién llegados estuvieron a su altura. Alzó lentamente un brazo e indicó con el pulgar, hacia su espalda. Sus facciones habían cobrado una tonalidad verdosa.

—¡Tom! ¿Está...?

Tom asintió con la cabeza y se tambaleó un poco. Su granítica mandíbula estaba flácida, muerta.

—Al, quédate con él. No se encuentra bien. Vámonos, Harris...

En aquel momento Tom comenzó a vomitar ante un Al boquiabierto, fascinado por aquel espectáculo.

Chub y Harris descubrieron los doce pies cuadrados de masa sanguinolenta que habían sido Dennis. Su cuerpo estaba destrozado y aplanado, pero de *Daisy Etta* no

se veía ni rastro.

De vuelta en el afloramiento rocoso, se sentaron todos en torno a Tom mientras Al Knowles partía con un volquete en busca de Kelly.

—¿Le has visto? —preguntó Tom con voz inexpresiva, tras un prolongado silencio.

—Sí —respondió Harris.

El chirrido del volquete y una nube de polvo anunciaron la llegada de Kelly, que venía al volante del vehículo, mientras Al se agarraba fuertemente de sus guardas. Kelly abandonó la cabina de un salto y llegó corriendo hasta Tom.

—Tom, ¿qué es todo esto? ¿Dennis muerto? Y tú... Tú...

La cabeza de Tom se alzó lentamente, su alargado rostro perdió la laxitud y en sus ojos brilló un destello de comprensión. Hasta aquel mismo instante no había sospechado lo que pensaban los otros.

—Yo... ¿qué?

—Dice Al que tú le mataste.

Los ojos de Tom se posaron fugazmente en Al, obligándole a retroceder, asustado.

—¿Tienes algo que explicar, Tom? —exigió Harris.

—No tengo nada que explicar. Lo mató la Siete. Tú mismo has visto cómo lo dejó.

—Desde el principio estuve de tu parte —dijo Harris, hablando con extrema lentitud—. Acepté lo que me decías porque siempre me pareciste sincero.

—¿Qué pasa ahora, esto ya es demasiado para ti? —preguntó Tom.

—Demasiado —respondió Harris, afirmando con la cabeza.

Tom paseó la mirada por los graves rostros de sus compañeros, y de repente soltó una carcajada.

—¿Y cómo pensáis resolverlo? —les preguntó tras incorporarse y apoyar pesadamente la espalda en un cajón de embalaje.

Nadie le respondió.

—¿Creéis —siguió interrogando a los rostros silenciosos— que tiré a aquel bocazas de la máquina, y luego se la pasé por encima?

Tampoco esta vez se oyó el más mínimo comentario.

—Escuchadme. Cuando llegué allá, vi lo mismo que vosotros. Ya estaba muerto. ¿Tampoco os vale esta explicación?

Hizo una pausa y se pasó la lengua por los labios resecos.

—O sea, que después de matarlo me subí al tractor y lo llevé hasta donde no pudierais verlo ni oírlo. ¿Es eso lo que pensáis? ¡Claro, me salieron alas y volví volando! Por eso me encontrasteis a mitad de camino... ¡precisamente *diez minutos* después de hablar con Chub!

—¿Tractor? —preguntó Kelly, como distraído.

—¡Díselo tú! —exigió Tom abruptamente, dirigiéndose a Harris—. Diles si el tractor estaba allá cuando Chub y tú visteis el cuerpo de Dennis.

—No...

Chub se golpeó súbitamente un muslo.

—Tom —observó—: Pudiste haberlo hundido en la ciénaga.

—¡Ya lo tenéis todo pensado! —les gritó Tom, dejándose llevar por la ira—. Si es así, ¿por qué perder el tiempo haciéndome preguntas?

—Vamos, vamos, no te pongas así —le apaciguó Kelly—. Sólo queremos saber qué ha ocurrido, la verdad. Si no estoy equivocado, pasaste junto a Chub y le dijiste que ibas a hacer no sé qué con Dennis, por andar con la máquina. ¿Es verdad o no es verdad?

—Lo es.

—¿Y bien?

—¿Y bien? ¡Pues que la máquina lo mató!

Chub intervino para preguntar, con un exagerado tono de paciencia:

—¿Recuerdas el día en que murió Peebles? ¿A qué te referías cuando dijiste que algo había estropeado la Siete, allá en la meseta?

—¡Pues lo dije bien claro! —gritó Tom, furioso—. Queréis crucificarme por lo de hoy y yo no puedo evitarlo. Pero antes escuchadme. Algo se ha metido en la Siete. No sé qué es y me parece que nunca llegaré a saberlo. Pensé que después de hacerse migas ella misma, todo habría terminado. Me pareció que si se había inutilizado, más valía dejarla como estaba. Yo tenía razón, pero ya es tarde para lamentarse. Ha matado a Rivera y Dennis, y estoy seguro de que también tuvo parte en lo de Peebles. Para mí que no parará hasta acabar con todos los humanos de esta isla.

—Claro que sí, Tom, claro que sí —dijo Kelly, en tono de apaciguamiento—. Ese tractor se propone matarnos a todos, pero no te preocupes: nosotros lo atraparemos y ahí acabará la cosa. Sólo te pido que dejes de preocuparte, y ya verás como todo sale bien.

—Eso digo yo también, Tom —intervino Harris—. No te excites. Te quedas en el campamento un par de días, y después como nuevo.

—¡Menudo hatajo de inútiles! —exclamó Tom entre dientes—. Si queréis seguir viviendo —les gritó airadamente—, ¡id tras esa máquina desmandada y acabad con ella!

—Esa máquina desmandada estará a estas horas en el fondo de la ciénaga, donde tú la metiste —gruñó Chub, quien bajando la cabeza comenzó a aproximarse a Tom—. ¡Claro que queremos seguir viviendo! El modo de lograrlo es metiéndote donde no puedas hacer más daño. ¡*Todos a por él, muchachos!*

La refriega duró pocos minutos. Pese a ser un hombretón de cuidado, Tom no

podía vencer al grupo. Un breve tumulto, un golpe certero en la nuca propinado con una llave inglesa, y se desplomó inconsciente.

Aunque ya era bien entrada la noche, nadie tenía ganas de acostarse. Se sentaron en derredor del farol, charlando para pasar el rato. Chub y Kelly jugaban a las cartas sin ánimo de ganar y olvidándose de recoger sus puntos. Al Knowles estaba acurrucado cerca de la luz, observando a los demás con ojos muy abiertos...

—Deberíamos haberle matado —afirmó—. Habría que matarlo.

—¡Cállate! —ordenó Chub—. Ya está bien de muertes.

—¿Cuándo llegarán los asfaltadores? —preguntó Al Knowles con voz temblorosa.

—Faltan doce días —respondió Harris—. Espero que traigan bebida.

—¡Eh, muchachos! —llamó una voz.

Todos enmudecieron.

—¡Eh!

—Es Tom —explicó Kelly.

—Le voy a machacar las costillas —anunció Knowles, aunque no hizo el menor movimiento.

—Te he oído —dijo la voz que surgía de las tinieblas—. Si no estuviera atado...

—Ya sabemos qué harías —le cortó Chub—. ¿Crees que necesitamos más pruebas?

—¡Chub, déjale ya en paz de una vez! —intervino Kelly—. ¡Tom! ¿Quieres agua?

—Sí.

Kelly llenó una taza de agua y se la llevó a Tom. El gigantesco capataz estaba maniatado a conciencia: las muñecas unidas, una soga tensa entre codo y codo por detrás de la espalda, rodillas y tobillos firmemente sujetos.

—Gracias, Kelly.

Tom bebió con ansia, mientras Kelly le sostenía la cabeza.

—¡Qué sed tenía! ¿Quién me golpeó?

—Uno de los muchachos, más o menos cuando dijiste que la máquina estaba encantada...

—¡Ah, sí! —Tom hizo girar la cabeza, ejercitando los músculos del cuello, y presa de intensos dolores cerró los ojos un momento.

—¿No te parece que tuvimos suficientes razones para dejarte así?

—Kelly: ¿Hace falta otra muerte para que se os abran los ojos?

—Estamos seguros de que ahora no habrá más muertes.

Los demás se fueron aproximando lentamente.

—¿Ya está dispuesto a hablar con sensatez? —quiso saber Chub, dirigiéndose a

Kelly.

—¿Por qué no me dejáis en paz? —pidió Tom, asqueado.

—Ponte en pie y oblíganos —le retó Al.

Fue Harris quien se levantó, pero fue para propinar a Al un revés en plena boca. El atacado dejó escapar un chillido, retrocedió tres pasos y fue a tropezar con un bidón de grasa.

—Te lo advertí, Al —se justificó Harris en tono lastimero—. No dirás que no te lo advertí.

Tom hizo cesar los murmullos del grupo.

—¡Silencio! —ordenó con voz sibilante, y repitió con un rugido—: ¡SILENCIO!

Todos callaron.

—Chub —dijo Tom en tono apacible, y prosiguió preguntando con rapidez—: ¿Qué crees tú que hice con la Siete?

—La metiste en la ciénaga.

—¿Sí? Pues escucha...

El grupo volvió a guardar un silencio absoluto. Era una noche tranquila, sin viento, iluminada por una fina luna creciente que alteraba engañosamente las formas de un paisaje negro y plata. Desde la playa llegaba el susurro apenas audible del oleaje, y de la ciénaga, muy lejos a la derecha, se alzaba el insistente croar de una rana. Pero el sonido que les heló la sangre en las venas llegaba claramente desde la elevación situada a espaldas del campamento.

Era el inconfundible golpeteo de un motor que se pone en marcha.

—¡La Siete!

—Exacto, Chub —afirmó Tom.

—¿Qui... Quién la está poniendo en marcha?

—¿Falta alguien?

—Estamos todos, menos Peebles, Dennis y Rivera —aseguró Tom.

—Es el fantasma de Dennis —dijo Al, quejumbroso.

—¡Cállate la boca, cabeza de chorlito! —atajó Tom.

—Ahora ha puesto en marcha el motor Diesel —informó Kelly, que seguía escuchando.

—La tendremos aquí en un santiamén —advirtió Tom—. ¿Sabéis una cosa, muchachos? No puede ser que todos estemos locos, pero os va a costar Dios y ayuda convencerlos de que no habéis perdido un tornillo. Rivera llamaba *Daisy Etta* a esa máquina, porque se parece a su nombre en español, D-7, *de siete*. Y ahora *Daisy Etta* quiere a su hombre.

—Tom —le interrumpió Harris—: ¿Por qué no dejas de decir tonterías?

—Porque algo tengo que hacer —explicó Tom, hablando lenta y pesadamente—. No puedo echar a correr...

—Iremos a echar un vistazo —resolvió Chub—. Si la máquina funciona sola, te soltaremos.

—Te lo agradezco infinito. Si no es mucho preguntar: ¿Crees que estaréis de vuelta antes de que ella llegue?

—No te preocupes, volveremos antes. Harris, acompáñame. Iremos en un tractor de traíllas. Son más rápidos que la Siete.

—Que haya suerte en la cacería, Chub.

—Me parece —dijo Chub, inclinándose junto a Tom— que voy a tener que pedirte perdón.

—No hay nada que perdonar. Yo habría hecho lo mismo. Vete ya y vuelve en seguida.

—Descuida, volveré en seguida.

—Y tú no te muevas de aquí —recomendó Harris con socarronería.

Tom correspondió a su sonrisa, y un instante después los dos hombres se alejaban. No volvieron en seguida, como habían prometido. En realidad, no volvieron nunca.

Fue Kelly quien llegó corriendo pesadamente, seguido de Al Knowles, cosa de media hora después.

—Al... Dame tu navaja.

Se puso a cortar las cuerdas. Tenía el rostro demudado.

—He visto parte de lo que pasó —dijo Tom en un susurro—. Chub y Harris, ¿están...?

Kelly movió afirmativamente la cabeza.

—Tal como tú dijiste, no había nadie en la Siete.

Habló como si no tuviera nada más en la mente, como si precisara de una voluntad férrea para no repetirlo una y otra vez.

—Hicieron falta dos muertes más para demostrar que yo tenía razón —dijo Tom, rechinando los dientes—. Vámonos de aquí.

—¿Adónde podemos ir?

—¿No habrá ningún punto inaccesible para la Siete?

—Eso es mucho preguntar. No sé, quizás algún peñasco muy alto...

—No hay ninguno por aquí —rechazó Tom.

—¡En la última zanja que abrí con mi pala! —exclamó Kelly, chasqueando los dedos tras un momento de concentración—. Quedaron unos treinta pies de tierra fuera del terraplén. Es una prolongación que en su parte más estrecha no tendrá más allá de cuatro pies. Si *Daisy Etta* trata de llegar hasta nosotros desde arriba, pasará por ese estrechamiento y ella sola se pondrá fuera de combate. Si pretende llegar desde abajo no tendrá potencia para escalar la pared, que es demasiado empinada y consiste en tierras muy sueltas.

—¿Y qué hacemos si se prepara una rampa?

—Desapareceremos antes de que llegue.

—De acuerdo. ¡En marcha!

Al propuso que tomaran un volquete porque era más rápido, pero nadie le hizo caso. Tom quería una máquina no expuesta a los pinchazos y que sólo se pudiera volcar con mucha potencia. Tomaron el tractor de traíllas dotado de pala, que fuera la máquina de Dennis, y se internaron en las tinieblas.

Daisy Etta les despertó unas seis horas después. La noche retrocedía ante las primeras luces del alba y del océano soplaba una brisa fresca. Un débil gruñido del potente Diesel bastó para que Al Knowles se incorporara de un salto. Tambaleándose en el borde del alto pasadizo de tierra donde se echaran a dormir, dio un grito mientras se esforzaba por recobrar el equilibrio.

—¿Qué pasa? —preguntó Kelly, completamente despejado.

—Viene para aquí —explicó Al, lloriqueando—. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Avanzaba por la pista de aterrizaje sin asfaltar, marchando pesadamente sobre el terreno humedecido por el rocío. Cruzando la línea del arcén, superó con habilidad la zona más escabrosa, esquivando los baches y pedruscos que de vez en cuando le salían al paso. Avanzaba como conducida por un tractorista experto. Era la primera vez que Tom la veía marchar sola con toda claridad, y el espectáculo le puso la carne de gallina.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió Al Knowles.

—Esperaremos a ver qué pasa —sugirió Kelly—, y tú vas a cerrar esa boca. Faltan unos cinco minutos para saber exactamente si intenta atacar desde abajo o desde aquí arriba.

—Si prefieres marcharte —observó Tom con dulzura—, por nosotros no te detengas.

Al decidió sentarse en el suelo.

Pensativo, Kelly se puso a contemplar su querida pala mecánica, estacionada en la zanja que quedaba a sus pies, aunque algo alejada hacia la derecha.

—¿Crees que la Siete resistiría un ataque con mi pala?

—Si las dos llegaran a enfrentarse —opinó Tom—, tengo la impresión de que *Daisy Etta* lo pasaría mal. El problema está en cómo acercar la pala a una distancia que te permita actuar.

—¡Ha desaparecido la Siete! —gimoteó Al.

Tom miró hacia el lugar donde poco antes estuviera la máquina.

—Se ha decidido por escalar el terraplén. Va a probar un ataque desde aquí arriba. Esperemos a ver si es tan estúpida que intenta cruzar el pasadizo. Si lo hace, quedará

detenida sobre la panza, y las llantas le colgarán por los lados. Seguramente volcará tratando de salir del paso.

La espera se hizo interminable. Oían el rugido del motor, procedente de allende la colina. En un par de ocasiones les llegó el inconfundible sonido del Diesel que cambiaba de velocidades. Hubo un momento en que se miraron esperanzados, mientras el estruendo se trocaba en una sucesión de rugidos, como si la máquina retrocediera; pero en seguida comprendieron que estaría escalando alguna parte muy empinada de la ladera y le costaba acumular la potencia necesaria. De todos modos lo consiguió. El motor trepidó al coronar el borde de la colina, mientras la máquina pasaba a la cuarta velocidad y salía pesadamente a terreno despejado. Llegó dando sacudidas hasta el límite de la zanja y se detuvo. Redujo las revoluciones del motor, dejó caer la pala hasta tocar el suelo y quedó con el Diesel al ralentí. Al Knowles retrocedió hasta el mismo borde del terraplén que les servía de refugio, los ojos como platos.

—¡Muy bien! ¡Pelea o cállate! —gritó Kelly a la máquina.

—Está estudiando la situación —observó Tom—. No se dejará engañar por ese paso tan estrecho.

La pala de *Daisy Etta* empezó a elevarse y se detuvo a escasa distancia del suelo. Cambiando de velocidad, comenzó a retroceder lentamente sin revolucionar apenas el motor.

—¡Va a saltar! —gritó Al—. ¡Yo me voy de aquí!

—¡No te muevas, estúpido! —ordenó Kelly—. ¿No ves que aquí no puede atacarnos? Si bajas te atraparé como a un conejillo...

La explosión del motor de la Siete colmó la paciencia de Al. Con un quejido se lanzó sobre la brecha, para bajar deslizándose por la pared casi vertical de la zanja. Llegó al fondo corriendo.

Daisy Etta bajó la pala y avanzó con un rugido, acumulando ante sí la tierra mientras se aproximaba al borde. La pala mordió el angosto pasadizo del terraplén, formado por marga blanda y blancuzca. Entrándole de frente, la máquina derramó por ambos lados su colosal cargamento.

—¡Va a enterrarse! —gritó Kelly.

—¡No, espera! —Tom le agarró un brazo—. Está girando... ¡Se está haciendo una rampa!

—¡Es verdad! ¡Y nos ha cortado el paso hacia el terraplén!

Extendida la pala hasta su máxima altura, libre ya de los últimos residuos de su colosal cargamento, la Siete viró en redondo y ascendió en marcha atrás, hundiendo de nuevo la pala. Hizo una pasada más entre los hombres y el terraplén, excavando una zanja demasiado ancha para que pudieran salvarla de un salto. De nuevo abajo, viró hasta situarse con el morro frente al refugio que ahora se había transformado en

una columna aislada de marga. Desaceleró el motor y se puso a esperar.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió Tom—. ¿Esperamos aquí arriba hasta que se le agote el combustible, o nos morimos de hambre?

—Vamos, Tom, no te preocupes. Esto no va a ser un asedio. La máquina le ha cogido gusto a eso de matar gente. ¿Dónde está Al? ¿Crees que tendrá redaños para acercarse con el otro tractor, a ver si atrae a la máquina?

—Sólo los tuvo para largarse llevándose nuestro tractor —repuso Tom—. ¿No lo sabías?

—Se llevó... ¿qué? —preguntó Kelly, atónito—. ¡El muy desgraciado!

—¿De qué sirve insultarle? —interrumpió Tom—. ¿Qué otra cosa podía esperarse de él?

En aquel momento *Daisy Etta* pareció haber resuelto el problema de cómo acabar con el espléndido aislamiento de sus enemigos. Hincando una esquina de su pala en la columna de marga, abrió un enorme boquete que hizo desplomarse los estratos superiores. Del flanco del refugio desaparecieron ocho pulgadas de terreno.

—¡Vaya, vaya! Esto se pone feo —sentenció Tom.

—En cuestión de veinte minutos nos dejará sin nada —afirmó Kelly, inexorable—. Tom, creo que nos conviene salir por piernas, ahora mismo.

Con una nueva pasada de la Siete, la pequeña plataforma perdió otro pie de anchura.

—Tienes razón —reconoció Tom—. Atiende. Esperaremos a que vuelva a cargar. Necesitará un segundo para librarse de la carga, en cuanto vea que nos hemos ido. Separémonos... No puede atraparnos a los dos a la vez. Tú te vas hacia terreno despejado, das un rodeo y regresas al terraplén. Allá arriba estarás seguro. Yo procuraré llegar hasta la pala, o por lo menos la haré correr un rato.

La espera fue tensa. *Daisy Etta* reanudó sus maniobras. Mientras el motor trepidaba bajo la pesada carga, Tom dio una voz y los dos hombres saltaron. Apenas habían tocado el suelo cuando la proa metálica asomó por el terraplén. Al instante la máquina puso su quinta velocidad y se lanzó contra ellos. Kelly se desvió rápidamente por la izquierda, mientras Tom lo hacía por la derecha. *Daisy Etta* se detuvo unos instantes, calculó que Tom era el más lento y viró en su dirección. Aquel instante de vacilación permitió a Tom ganar una ligera ventaja. Echando a correr hacia la pala, se zambulló entre sus llantas.

Caía al suelo cuando la enorme vertedera de *Daisy Etta* golpeaba la llanta derecha de la pala mecánica, con un impacto que hizo temblar las cuarenta y siete toneladas de la gran máquina. Sin arredrarse, Tom gateó bajo la pala, se incorporó al llegar al otro lado, dio un salto y agarró el marco de la ventanilla trasera. Izándose a pulso logró meterse a trompicones en la cabina. Allá estaba a salvo; las enormes llantas metálicas tenían una altura superior al alcance máximo de la pala con que iba provista

la Siete, y el piso de la cabina quedaba por lo menos un pie y medio por encima de las llantas. Tom cruzó hasta el extremo opuesto de la cabina y echó un vistazo desde la portezuela. *Daisy Etta* había retrocedido y aguardaba con el motor al ralentí.

—Ya puedes rumiar lo que quieras —murmuró Tom, aproximándose al motor. Sin prisas, comprobó su funcionamiento, quedó satisfecho, situó el regulador a media potencia y tiró de la palanca de encendido. El motor arrancó al primer intento. Deslizándose en el sillín, pisó el pedal del embrague y de un manotazo aumentó las revoluciones del motor.

Mientras el Diesel se aceleraba, Tom echó un vistazo por la portezuela y comprobó que la Siete seguía en el mismo lugar. Hizo girar violentamente su máquina hacia la derecha, levantó la cuchara y la extendió al máximo que daban de sí sus brazos. El talón de la cuchara pasó sobre la capota de la Siete, arrancándole el tubo de escape y el filtro del aire. Tom soltó una maldición: había contado con que la Siete diera un salto hacia atrás, para hacerle pedazos el radiador. Pero se quedó inmóvil, adoptando en décimas de segundo una decisión correcta.

Fue entonces cuando se movió, y lo hizo con presteza. Cambiando de marchas a una velocidad endiablada, retrocedió de un salto para burlar a su rival. Tom detuvo el balanceo de la pala y situó la cuchara en posición intermedia, dejándola dispuesta para cualquier maniobra. El sol arrancó destellos de sus cuatro dientes metálicos. La gigantesca máquina aguardó con potencia contenida, presta y totalmente sumisa a pesar de su espantosa fuerza bruta.

Tom examinó atentamente la destrozada capota del motor de la Siete. Con su gran ojo ciego, el negro orificio del tubo del aire le devolvió la mirada.

—¡Ajá! —exclamó, regocijado—. Unas cuantas tacitas de buena marga seca en ese agujero te darán algo que rumiar.

Sin perder de vista el tractor, giró la máquina hacia el banco de tierra y hundió la cuchara en la marga. Cuando ya la tenía cargada, una sacudida terrible le hizo tambalearse en el sillín. Mirando sobre su hombro vio que la Siete retrocedía: se le había aproximado velozmente, propinándole un golpe tremebundo en el contrapeso situado tras la cabina. Tom sonrió. La Siete tendría que pensar en algo más efectivo. En el contrapeso no había nada frágil, y sí tan sólo ocho o diez toneladas de acero macizo.

Viró nuevamente su máquina, con la cuchara repleta de marga blanca que se derramaba por ambos lados. Manejando con presteza la palanca del giro, siguió el lento baile iniciado por la Siete, que retrocedía y avanzaba como el boxeador que espera su oportunidad de llegar a la mandíbula del contrincante.

Súbitamente, *Daisy Etta* emitió un rugido y avanzó a toda velocidad. Tom dio un manotazo a una palanca y la cuchara se elevó, dejando pasar bajo ella al tractor. Un puñetazo al mando de la cuchara y la gran mandíbula de acero se abrió, derramando

su cascada de marga sobre la destrozada capota de la Siete. El ventilador de la excavadora formó de inmediato una nube de tierra y polvo. Sin perder un segundo, Tom dejó caer el aguilón con ánimo de aplastar los tubos de inyección situados sobre el bloque del motor; pero ya *Daisy Etta* había retrocedido, abandonando su arriesgada posición.

Al despejarse la nube de polvo, el tractor volvió al ataque con renovada energía y lanzó su pala contra la cuchara de Tom, que en aquel momento la tenía casi a ras de suelo. Tom viró para salirle al paso. Cuchara y pala chocaron provocando una lluvia de chispas y un estruendo metálico audible en media milla a la redonda. *Daisy Etta* había embestido con su pala en alto, y Tom dejó escapar un grito contrariado al ver que le tenía trabados dos dientes de la cuchara. Golpeó la palanca de elevación y la cuchara comenzó a levantarse, arrastrando tras sí el morro de la excavadora.

Daisy Etta se debatió furiosamente, sus llantas metálicas se hincaron con violencia en el suelo mientras subía y bajaba la pala, tratando en vano de zafarse. Tom se esforzó por aproximar más el tractor a su máquina, pues el aguilón quedaba demasiado bajo para levantar un peso tan grande. Además, aquello no bastaba para acabar con la Siete.

Tom la levantó ligeramente. La llanta exterior de *Daisy Etta* se alzó un palmo del suelo. Soltando una maldición, Tom dejó caer la cuchara y al instante la excavadora se había zafado. Volvió al ataque, describiendo una amplia curva. Tom viró su máquina para salirle al encuentro, propinándole un golpe terrible en la pala. Pero esta vez la Siete no se retiró tras el encontronazo, sino que siguió empujando, llevándose por delante la cuchara. Antes de que Tom se diera cuenta de la maniobra, tenía la cuchara entre las llantas metálicas de su vehículo. Había sido una jugada inteligente, porque mientras la Siete siguiera sujetando la cuchara, Tom quedaba incapacitado para girar a derecha o izquierda.

Profiriendo un juramento, el hombre se inclinó para manipular las pequeñas palancas de desplazamiento normal, situadas a su izquierda. Conectó el control de avance, pisó el acelerador y empujó violentamente la palanca de oscilación. Con un estrépito ensordecedor, las grandes llantas comenzaron a girar.

Daisy Etta iba provista de mallas metálicas muy aguzadas; sus placas medían veinte pulgadas de anchura y la longitud de las llantas era de catorce pies; en total sostenían catorce toneladas de acero. Las grandes placas planas de la pala mecánica tenían tres pies de anchura, veinte de longitud y arrastraban un peso de cuarenta y siete toneladas. Había demasiada desigualdad entre ambas máquinas. El Diesel de la pala mecánica reconoció con un bramido la dureza del empuño, pero no dio señales de ir a calarse. Por su parte, *Daisy Etta* realizó la increíble hazaña de pasar a una velocidad de avance mientras retrocedía empujada por su contrincante; pero de nada le sirvió. Sus llantas giraron como locas, tratando de impulsarla hacia delante; lenta e

inexorablemente, su rival fue empujándola hacia la pared de la zanja.

Tom oyó un sonido completamente ajeno al estruendo de una máquina forzada al máximo de su potencia. Echó un vistazo al exterior y vio a Kelly sentado en el borde de la zanja, con un cigarrillo entre los labios, dando manotazos en el aire como si estuviera presenciando un combate sensacional.

No andaba descaminado.

Con su maniobra, Tom había arrinconado a la máquina asesina, que de no girar hacia un costado se vería oprimida contra el banco de tierra, con riesgo de perder el depósito de carburante. Por otra parte, al tenerla arrinconada Tom podía disponer de tiempo para izar su cuchara y hacerla pedazos. Y si viraba antes de retroceder hasta la pared de tierra, no le quedaba más remedio que soltar la cuchara de su enemigo. *Daisy Etta* optó por esto último.

El Diesel de Tom le avisó, pero no con tiempo suficiente. El motor canturreó al perder carga y entonces supo el hombre que la excavadora ponía marcha atrás. Reaccionó propinando un manotazo a la palanca de elevación y la cuchara se alzó mientras la excavadora retrocedía, alejándose. Tom extendió el brazo de la cuchara, la dejó caer de golpe... y falló: el tractor se había hecho a un lado. Entonces embistió *Daisy Etta*, metiendo una llanta en el costado de la zanja para quedar inclinado y elevar al máximo el brazo extensible de su pala. Tom no esperaba una maniobra tan arriesgada. El tractor se lanzó sobre su cuchara, y el borde cortante de la pala cayó sobre los dientes de ataque. Esta vez la Siete contaba con todo su peso para sujetarla. Ella no podía zafarse, pero a cambio de esta desventaja había trabado la cuchara con el brazo tan extendido que Tom no podría izarla sin poner en peligro la estabilidad de su máquina.

De momento quedaban en tablas. *Daisy Etta* se había colgado de la cuchara, inmovilizándola. Tom intentó una maniobra de elevación, pero el tractor había enterrado un extremo de su pala en el costado de la zanja y su anclaje era demasiado firme. Trató de oscilar, de elevar la cuchara. La fricción de metal contra metal sólo le sirvió para producir humo. Gruñendo, Tom puso el motor al ralentí.

Asomó la cabeza por la ventanilla y comprobó que *Daisy Etta* había hecho lo mismo.

—¡Fuera de combate por partida doble! —gritó Kelly desde su privilegiada posición.

—Eso parece. ¿Crees que podríamos acercarnos lo suficiente para tranquilizarla un poco?

—¿Tranquilizarla? ¿Cómo?

—Arrancándole los tubos con una barra de hierro.

Tom se refería a los tubos de latón por donde circulaba el carburante a presión, desde la bomba hasta los inyectores. Había muchos pies de tubería, dispuesta en

espiras sobre el cilindro.

El ralentí de *Daisy Etta* se trocó en una aceleración furiosa.

—¿Será posible? —se asombró Tom, gritando para superar el ruido del motor—. Pues, ¿no nos estaba espiando, la muy chismosa?

Tomó una barra metálica de la caja de herramientas y saltó al suelo. Kelly se le unió deslizándose por el costado de la zanja. Los dos hombres se aproximaron con precaución al tractor, que aceleró bruscamente sus revoluciones y comenzó a vibrar.

—Ten cuidado —recomendó Kelly, mientras su compañero empuñaba la barra y ponía la otra mano en contacto con la carrocería de la Siete.

Con un estremecimiento, *Daisy Etta* eligió aquel momento para lanzar un chorro de agua caliente por el tubo de goma situado en la parte alta del radiador. El abanico líquido alcanzó a los dos hombres en pleno rostro. Retrocedieron tambaleándose y profiriendo maldiciones.

—¿Estás bien, Tom? —inquirió Kelly con voz entrecortada. Había recibido casi toda la descarga en la boca y en una mejilla. Tom estaba arrodillado, secándose el rostro con un faldón de la camisa.

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos!

—¡Déjame ver!

Kelly cayó junto a él y le tomó las muñecas, apartando suavemente las manos con que Tom se cubría la cara. No pudo contener un silbido.

—Vamos —dijo entre dientes. Ayudó a incorporarse a su compañero y lo condujo más allá de un recodo de la zanja.

—Siéntate. Vuelvo en seguida.

—¿Adónde vas? Kelly... ¡ten cuidado!

—¿Cuidado? ¿Cómo?

Echando a correr hacia la pala mecánica, Kelly saltó ágilmente a la cabina, se inclinó sobre el motor y conectó la palanca maestra. Acomodándose en el sillín, maniobró con los mandos y el motor emitió un rugido. Luego tiró de la palanca de elevación hasta dejarla bien trabada, giró e hizo pegar un salto a la máquina, todo ello en un solo movimiento de desenganche.

Giró el tambor de la grúa, haciendo que su cable quedara en tensión. La cuchara se agitó bajo el peso muerto de la Siete. Entonces, lentamente, los extremos posteriores de las grandes llantas planas comenzaron a despegarse del suelo. Obedeciendo las órdenes del hombre, la gigantesca máquina osciló hacia delante sobre los extremos de sus llantas, y el Diesel perdió revoluciones bajo su colosal cargamento, pero soportó el esfuerzo. Un ramal del cable de elevación se rompió y salió despedido como un látigo, silbando al contacto con el aire.

La Siete quedó en posición vertical, cayendo al suelo con un estruendo infernal. Las ocho toneladas de acero macizo del aguilón se desplomaron con una explosión

metálica sobre la pala de la Siete, que quedó totalmente inmovilizada.

Daisy Etta aceleró su motor en una reacción de impotencia. Kelly pasó junto a ella, contoneándose, tocándose la nariz con gesto irónico, y volvió junto a Tom.

—¡Kelly! ¡Pensé que no volverías nunca! ¿Qué ha pasado?

—La pala ha hincado el morro en el suelo.

—¡Buen chico! ¿Te echaste encima de ella?

—No, pero el aguilón ha quedado sobre la pala. Está como un ratón en la trampa.

—No te fíes de ese ratón, no sea que vaya a roerse una pata para salir de la trampa —advirtió Tom con acidez—. Todavía funciona, ¿verdad?

—Sí, pero eso lo soluciono yo en un santiamén.

—Claro, claro... Y ¿cómo piensas hacerlo?

—¿Cómo? Pues, no sé... Tal vez con dinamita. A propósito, ¿qué tal tus ojos?

Tom trató de separar los párpados y soltó un gruñido.

—Mal, aunque ya veo algo. Se me están formando ampollas en los párpados. ¿Dinamita, dices? Creo que antes debemos recapacitar.

Tom se sentó en el suelo, apoyó la espalda en el banco de marga y estiró las piernas.

—Escúchame, Kelly. Debemos examinar todas las facetas de este asunto antes de tomar una decisión. Ordenemos los datos que conocemos. Todo empezó en la meseta, cuando Rivera iba a derribar un edificio viejo. Esta cosa, sea lo que sea, salió de allá. Sabemos que es algo dotado de inteligencia, capaz de meterse en esa máquina, pero no en un ser humano...

—¿Qué dices? ¿Cómo sabes que no es capaz de meterse en un ser humano?

—Porque ha tenido oportunidad de hacerlo y no lo ha hecho. Yo estaba junto al lugar cuando salió a la superficie, y Rivera conducía la máquina. No nos hizo daño directamente. Se metió en el tractor y fue éste el que nos atacó. Por eso deduzco que para dañar a las personas tiene que meterse en una máquina. Y cuando lo hace, no para hasta matar. ¿De acuerdo hasta aquí?

Tras una pausa breve, Tom prosiguió exponiendo su punto de vista:

—En cuanto se mete en una máquina, ya no puede salir. Esto lo sabemos porque ha tenido muchas oportunidades de hacerlo y no las ha aprovechado. Esta última refriega, por ejemplo: Yo ahora tendría la cara como un tomate si se hubiera apoderado de la pala mecánica. Y te apuesto lo que quieras a que, si pudiera, lo haría.

—Ya entiendo. Pero ¿qué podemos hacer?

—Ahí está el problema. Me parece que no bastaría con destrozar el tractor, ¿comprendes? Podríamos incendiarlo, o volarlo, y tal vez no consiguiéramos dañar a esa cosa que se metió en él cuando lo de Rivera.

—Bien, bien... pero ¿qué podemos hacer? Seguimos sin saber qué diablos es esa cosa...

—Creo que sí lo sabemos, o al menos tenemos ya una pista. Recuerda que cuando murió Peebles pasó algo muy raro. La Siete retrocedió unos treinta pies en línea recta. Lo raro es que lo hizo sin recurrir al motor de arranque, y además con las válvulas de compresión abiertas.

—Ahora bien —prosiguió Tom—: Si lo piensas, verás que esa cosa no tiene unos poderes tan extraordinarios como parece a primera vista. Después de su excursión por la meseta, no pudo repararse a sí misma. Tampoco puede obligar a la Siete a que realice maniobras mucho más complejas de lo normal. Hasta ahora, lo máximo que ha hecho es retroceder ante la máquina de soldar. ¿Por qué crees que retrocedió, y precisamente entonces?

—Supongo que no le hizo gracia el arco voltaico —aventuró Kelly.

—¡Exacto! Mira, Kelly... Esa cosa siente y piensa. Y si es capaz de todo eso, ¡se deduce que también puede sentir miedo!

—¿Miedo? ¿Por qué ha de sentir miedo?

—Atiende. A esa cosa le pasó algo cuando recibió la descarga del arco voltaico. Recuerda que cuatro horas después la máquina seguía estando caliente, pero de una manera rara: no sólo donde recibió la descarga del arco, sino por todas partes. Por todas partes.

Tom se iba entusiasmando a medida que sus palabras cristalizaban las ideas que hervían en su mente.

—Y fíjate en una cosa —siguió explicando—: La máquina se asustó tanto que retrocedió ante el soldador, haciendo un esfuerzo máximo por alejarse del peligro. Y después se puso enferma. Como lo oyes, se puso enferma, porque desde que tiene ese no-sé-qué en su interior, siempre que ha estado cerca de alguna persona ha buscado la manera de matar. La única excepción es el par de días después de recibir la descarga del arco voltaico.

—¿Por qué no hizo pedazos el soldador cuando Dennis la puso en marcha?

—Sólo veo dos explicaciones posibles: Se sabía incapaz de hacerlo, porque estaba débil; o de lo contrario no tuvo agallas. Tal vez estuviera atemorizada y sólo pensó en alejarse.

—¡Pero tuvo toda una noche para volver a por la máquina de soldar!

—Seguiría asustada, digo yo. O bien... O bien... ¡Claro! Tenía otras cosas que hacer. Su obsesión es matar... No hay otra manera de explicarlo. Para eso la crearon. No me refiero a la máquina, sino a la cosa que se ha posesionado de ella.

—¡Al diablo con ella! —exclamó Kelly, poniéndose en pie—. Sea como sea, llevamos ya demasiado tiempo dándole a la lengua. Lo que tú dices me parece tan sensato que quiero probar algo absurdo, y no sé si me entiendes. Si ese soldador puede darle un disgusto a la Siete, yo me apunto. Especialmente si lo hacemos a una distancia de cincuenta pies. Por aquí tiene que haber algún volquete. No perdamos

más tiempo. ¿Estás en condiciones de circular?

—Creo que sí, un poco.

Tom se puso en pie y los dos hombres avanzaron por la zanja hasta el lugar donde se encontraba el volquete. Subieron al vehículo, lo pusieron en marcha y se dirigieron hacia el campamento.

A mitad de camino Kelly echó un vistazo atrás. Ahogó una exclamación de sorpresa y, aproximando su boca al oído de Tom para poder superar el estruendo del motor, gritó:

—¡Tom! ¿Recuerdas lo que dijiste sobre el ratón que se roe la pata para salir de una trampa? ¡Eso es lo que ha hecho Daisy! ¡Ha abandonado la pala y los brazos extensibles, y nos viene siguiendo!

Entraron como una tromba en el campamento, respirando con dificultad en la nube de polvo que se formó al detener el volquete junto a la máquina de soldar.

—¡Ízala hasta la caja del volquete! —ordenó Kelly—. Yo voy a por algo de agua y comida.

Tom avanzó a tientas hasta una caja de herramientas, atisbando por las estrechas rendijas de sus párpados hinchados. Tomó una cadena, regresó a la cabina del volquete, lo hizo girar y retrocedió hasta dejarlo junto al soldador. Pasó la cadena por la anilla situada en el extremo de la barra de enganche del soldador, atornilló el perno como pudo y dejó caer la cadena sobre el gancho de arrastre del volquete.

Kelly llegó corriendo, casi sin aliento.

—¿Todo dispuesto? ¡Estupendo! Daisy se acerca rápidamente. Vámonos a la playa. Nos ocultaremos hasta sacarle un buen trecho de ventaja. Esperemos que este armatoste no se nos hunda en la arena.

—De acuerdo —accedió Tom—. Sólo te pido que conduzcas con cuidado. Una sacudida demasiado brusca y el soldador se nos quedaría por el camino. No sabría decirte el porqué, pero ahora mismo no me gustaría nada perderlo.

Partieron hacia la playa. Cuando llevaban recorrido un cuarto de milla, avistaron a la Siete que atravesaba el llano. La máquina modificó de inmediato su dirección, para interceptarlos.

—¡Ahí viene! —gritó Kelly mientras pisaba a fondo el acelerador. Tom se volvió en su asiento y se puso a vigilar la preciosa carga que remolcaban.

—¡Eh! ¡No corras tanto! ¡Cuidado!

Demasiado tarde. La cadena se desprendió de su enganche y el soldador dio una sacudida, inclinándose peligrosamente hacia la izquierda. Su barra direccional se hundió en la arena, cual pértiga sobre la que pasó la máquina para ir a caer de costado. Por un verdadero milagro no dio la vuelta de campana.

Kelly pisó con fuerza el pedal del freno. En cuanto se detuvo el volquete, los dos

hombres saltaron de la cabina y echaron a correr hacia el soldador. Estaba intacto, pero ya no podía pensarse en remolcarlo.

—Si hemos de vernos las caras con la Siete, tendrá que ser aquí.

En aquel sector la playa tenía unas treinta yardas de anchura. La superficie arenosa, uniforme en su práctica totalidad, se extendía hasta una sucesión de montículos cubiertos de hierba que formaban el límite entre la costa y el interior. Mientras Tom comprobaba el funcionamiento del encendido y del generador de la máquina de soldar, Kelly escalaba un montículo para observar el sector de playa por donde habían llegado. De repente comenzó a gritar y a hacer señas con los brazos.

—¡Es Al! ¡Viene con un tractor de traíllas!

Tom abandonó lo que estaba haciendo y se reunió con Kelly.

—¿Dónde está la Siete? No la veo.

—Nos sigue la pista. ¡Al! ¡Al! ¡Eh, sinvergüenza, vente para aquí!

Ahora Tom ya divisaba confusamente el tractor de traíllas que se dirigía a ellos en derechura.

—Seguro que no ha visto a *Daisy Etta* —observó Kelly con repugnancia—, porque se habría ido en dirección contraria.

Al detuvo el vehículo a unas cincuenta yardas de distancia y dejó el motor al ralentí.

Kelly le llamó a gritos, indicándole por gestos que se acercara.

—¡Tráete ese tractor!

Al permaneció donde estaba. Profiriendo una maldición, Kelly echó a correr hacia él.

—¡No te me acerques! —advirtió Al, cuando Kelly se aproximaba.

—¡Baja con ese tractor a la playa!

—¿Dónde está *Daisy Etta*? —En la voz de Al se advertía una extraña tensión.

—Nos viene persiguiendo.

Los ojos saltones de Al se abrieron aún más, con un movimiento casi audible. Saltó de la máquina y echó a correr.

Kelly se subió de un brinco al sillín del vehículo.

—¡Eh! —gritó hacia la figura de Al, que disminuía con rapidez—. ¡Te vas a meter en la boca del lobo!

El otro no debió oírle, porque siguió corriendo como un loco, playa adelante.

Kelly metió la quinta velocidad y pisó a fondo el acelerador. Encabritándose y dando tumbos por el desigual terreno, la máquina descendió a toda velocidad hacia la playa.

Tom caminaba a tientas en dirección al soldador cuando Kelly le alcanzó con su vehículo.

—¡Ponte detrás! —le espetó Tom—. Atascaré la barra de enganche con la cadena,

y mira a ver si puedes llevártelo hasta la depresión que hay entre aquellos dos montículos. Y esta vez no corras, no nos conviene destrozarnos el generador. ¿Dónde está Al?

—Ni idea. Se fue corriendo como un loco, playa adelante, en dirección a Daisy.

—¿Cómo dices?

La respuesta de Kelly se perdió en el aullido del motor de dos tiempos. Situó su máquina detrás del soldador y le acercó la pala. Metió una velocidad corta, soltó un poco el embrague y lentamente lo fue empujando hasta el punto indicado por Tom. Era una pequeña depresión situada entre dos bancos que se proyectaban hacia el mar. El oleaje y la marea alta llegaban a pocos pies del lugar.

Tom alzó un brazo y Kelly detuvo su máquina. Desde allende el banco de arena, todavía fuera de su vista, llegó el ronquido del escape de la Siete. Kelly abandonó de un salto su tractor y fue en ayuda de Tom, que sacaba furiosamente rollos de cable colocados en la rejilla posterior del soldador.

—¿Qué vas a hacer?

—Tenemos que preparar una conexión de tierra para la Siete —respondió Tom, jadeante. Comprobó que no hubiera nudos en el cable y se volvió hacia el tablero de mandos.

—¿Cómo era? ¿Unos sesenta voltios y el amperaje en «Aplicaciones Especiales»? —Hizo girar los discos y pulsó el botón del encendido. El motor respondió al instante. Kelly recogió la pinza de tierra y la empalmó con el portavarillas. El regulador de solenoide recibió una descarga, haciendo rugir el motor mientras saltaba una buena chispa.

—Bien —aprobó Tom, desconectando el generador—. Ahora, a ver si se te ocurre algo para que esa máquina desmandada nos haga la conexión de tierra.

Kelly apretó los labios y sacudió la cabeza.

—No sé... Como no sea que alguien vaya y le coloque esto...

—Ni hablar, muchacho. Eso no puede ser. Si uno de nosotros muere...

—¡Déjate de historias, Tom! Sabes muy bien que me toca hacerlo a mí, porque tú no ves. Si yo estuviera en tus circunstancias, lo harías sin...

Calló al advertir un cambio de tono en el rugido de la Siete. Su motor daba estallidos con aquella irregularidad que ya les resultaba familiar.

—¿Y ahora qué le pasa?

Kelly se separó de su compañero para escalar el flanco del terraplén.

—¡Tom! —llamó con voz entrecortada—. ¡Sube!

Tom le siguió, y los dos hombres se echaron en el suelo, atisbando sobre el borde de la escarpadura.

Daisy Etta se había detenido en la playa, cerca del agua. Ante ella, a veinte o treinta pies de distancia, Al Knowles hablaba con los brazos extendidos hacia la

máquina. El ruido del motor no les permitió captar sus palabras.

—¿Crees que tiene valor para distraerla mientras nosotros nos preparamos? —preguntó Tom, dubitativo.

—Sería lo más increíble que se haya visto nunca en esta vieja isla —repuso Kelly con un susurro—. Y mira que han pasado cosas...

La Siete aceleró su motor hasta hacer vibrar toda la carrocería. Luego disminuyó las revoluciones y se puso al ralentí. Fue entonces cuando los asombrados espectadores pudieron oír las palabras de Al.

—He venido a ayudarte —explicaba Al, con voz histérica—. He venido a ayudarte. ¿Me oyes? No me mates y te ayudaré.

Avanzó un paso. La máquina soltó un bufido y Al cayó de rodillas.

—Te lavaré. Te engrasaré. Te cambiaré el aceite —prometió, como recitando una letanía—. Déjame ayudarte. Te repararé cuando te estropees. Te ayudaré a acabar con los otros...

—¡El muy desgraciado! —gruñó Kelly—. ¡Será asqueroso!

Se incorporó de un salto y comenzó a gritar:

—¡Eh, Al! ¡Basta ya! ¡Obedece, o si ella no te agarra, ya te daré yo tu merecido!

—¡Cállate! —respondió Al entre sollozos—. Yo sé quién manda aquí, y tú también lo sabes. ¡Ella —gritó, señalando a la Siete— nos matará a todos si no hacemos lo que nos mande!

Se volvió hacia *Daisy Etta*.

—Yo los ma... los mataré. Te lavaré, y te sacaré brillo, y te arreglaré la capota. Yo te volveré a poner la pala...

Kelly se agitaba, enfurecido.

—No te pongas así —observó Tom—. ¿No ves que está como una cabra? Razonar con él sería como intentar hacerlo con Daisy. Ya se encargará la máquina de él.

—No es eso. Ya sé que no lo vale, pero no puedo resignarme a ver cómo lo destroza la Siete. ¡No puedo, Tom!

Su compañero le dio una palmada en la espalda, en muda aunque elocuente expresión de afecto. De súbito se quedó rígido y chasqueó los dedos.

—¡Ya tengo la conexión de tierra! —dijo precipitadamente, señalando al mar—. El agua... La arena humedecida por las olas. Si podemos colocar allá la pinza de tierra y la máquina queda cerca de ella...

—Haz la conexión con el tractor de traíllas. Mételo en el agua. Tiene que alcanzar... Una parte, al menos.

—¡Eso es! ¡Manos a la obra!

Se deslizaron por el costado del banco, tomaron la pinza y la sujetaron a la carrocería del tractor de traíllas.

—Yo lo llevaré —anunció Tom, y al ver que Kelly abría la boca para protestar, lo arrinconó contra el soldador.

—No es éste el momento de discutir —le espetó.

Subió de un salto al vehículo, metió la marcha y partió sin demora. Kelly dio un paso hacia el tractor y entonces vio una gaza del cable de tierra, que estaba a punto de enredarse con una rueda del soldador. Se agachó y lo separó, extendiendo el resto del cable para que se desenrollara bien. Con la resolución del especialista concienzudo, Tom observó atentamente la oscura línea del cable que se arrastraba tras él por la arena. Se detuvo en cuanto quedó tenso. La parte delantera de las llantas recibía la caricia del suave oleaje. Bajó del sillín por el lado opuesto a la Siete y se esforzó por ver algo. Captó un movimiento y oyó el gruñido del motor, ahora algo acelerado, pero no pudo distinguir gran cosa.

Tomando el portavarillas, Kelly se asomó por la esquina del terraplén. Sin dejar de producir susurros histéricos, Al se acercaba sumiso a *Daisy Etta*. Kelly volvió a ocultarse, conectó el generador de arco, escaló el terraplén y avanzó gateando por la hierba en dirección paralela a la playa hasta que el portavarillas dio un tirón. Supo entonces que había alcanzado la longitud máxima del cable.

Levantó la cabeza para observar la playa, calculó la curva que debería describir al abandonar su posición y, manteniendo tenso el cable, penetró en la zona arenosa. En ningún punto de su recorrido llegaría a setenta pies de la enloquecida *Daisy Etta*, y mucho menos a cincuenta. Era preciso atraerla para acortar la distancia. Y había que inducirla a meterse en la arena húmeda, o en el agua...

Animado por la inmovilidad de la máquina, Al Knowles se aproximó a ella sin dejar de hablar.

—... los mataremos y guardaremos el secreto. Las barcas vendrán a sacarnos de esta isla y nos iremos a otro trabajo, para que puedas matar a muchos más... Y cuando tus llantas se sequen y chirríen, las mojaremos con sangre, y tú serás la dueña y señora... *Daisy Etta*, ¿los ves, junto al tractor? Allá los tienes. Mátalos, Daisy. Mátalos, y déjame ayudarte... Escúchame, Daisy, escúchame. Dime que me escuchas...

El motor de la Siete respondió con un bufido. Tímidamente, Al puso una mano sobre la guarda del radiador, inclinándose mucho para hacerlo. El tractor siguió gruñendo, aunque sin moverse. Al dio un paso atrás, hizo un movimiento con el brazo y echó a andar en dirección al tractor de traíllas. De vez en cuando miraba hacia atrás, como si estuviera adiestrando a un perro.

—Vamos, vamos... Allá tienes a uno. Mátalo, mátalo, mátalo...

Con un nuevo bufido, el tractor se aceleró y comenzó a seguirle.

El enloquecido Al rebasó el escondite de Kelly, dirigiéndose en línea recta al centro de la playa, seguido de una *Daisy Etta* que ya no disponía de los elementos

propios de una excavadora. Deshidratada por el sol, la arena estaba tan seca que parecía polvo. Cuando el tractor le rebasó, Kelly, sujetando el portavarillas, comenzó a gatear por el borde del terraplén hacia la playa y allá quedó, acurrucado.

—Te quiero, preciosa —susurraba Al—. Te quiero, de verdad...

Kelly corrió agazapado, como quien trata de burlar a una ametralladora y, aunque procura pasar desapercibido, tiene la sensación de ser más grande que la puerta de un granero. Se detuvo, temiendo acercarse demasiado y que del portavarillas saltara un arco débil, mal conectado a tierra, que sólo serviría para advertir y enfurecer a su enemiga.

Fue entonces cuando Al le descubrió.

—¡Allá! —gritó, y el tractor se detuvo bruscamente—. ¡Detrás de ti! ¡Atrápalo, Daisy! ¡Mátalo, mátalo!

Kelly se irguió casi con hastío, indiferente ya a todo sentimiento de furia y frustración.

—¡En el agua! —gritó, porque se lo pedía el cuerpo—. ¡Métela en el agua! ¡Al, mójale las llantas!

—¡Mátalo, mátalo!

La Siete comenzaba a girar cuando en el punto donde estaba el tractor de traíllas se produjo una conmoción. Era Tom que daba saltos, gritaba, movía los brazos y profería juramentos. Abandonó la protección de su máquina y echó a correr en derechura hacia la Siete. El motor de *Daisy Etta* soltó un rugido y la máquina viró para recibirlo, mientras Al apenas tenía tiempo de apartarse de su camino. Tom cambió repentinamente de dirección, provocando un surtidor de arena con los pies, y se fue hacia el agua. Se metió en el mar hasta la cintura y desapareció para emerger un instante después, emitiendo gritos entrecortados. Kelly sujetó firmemente su portavarillas y echó a correr.

Al seguir la alocada carrera de Tom, *Daisy Etta* se había situado junto al tractor, apenas separado hasta entonces por una distancia de quince pies; y también ella, ahora, estaba entre las olas. Kelly no podía ver a Tom, y la Siete se había detenido en el agua, moviéndose lentamente a derecha e izquierda, retrocediendo, deseosa de matar. Kelly sostuvo la pinza con su cable y partió como una exhalación directamente hacia la máquina. Entonces llegó aquello... un fino rayo energético, inaudible. *Daisy Etta* retrocedió de un salto hacia él y el agua que rodeaba sus llantas salió despedida, echando vapor. El sonido de su motor comenzó a elevarse, se interrumpió, adoptó el redoble rítmico de un batería de swing. La máquina osciló, enloquecida. Kelly se aproximó algo más, confiando en que saltara otro rayo de la pinza que llevaba en la mano, pero nada sucedió.

—¡El cortacircuíto! —exclamó Kelly.

Arrojó la pinza sobre la plancha de la Siete, delante del sillín, y corrió

transversalmente por la pequeña playa hasta llegar al soldador. Metió la mano tras el tablero, conectó el contacto con el pulgar y lo sujetó firmemente.

Daisy Etta dio un nuevo brinco, y otro, y otro. De repente se le paró el motor. Oleadas de calor oscurecieron el aire que la rodeaba. El pequeño depósito de gasolina para el motor de arranque salió despedido con el estruendo de un cañonazo, seguido por el segundo tanque, el del gasoil, que contenía unos treinta galones de carburante.

No explotó realmente, sino que se abrió con un bufido, lanzando un gigantesco surtidor flamígero por detrás de la máquina. Con motor o sin él, Kelly vio claramente que *Daisy Etta* se convulsionaba. La carrocería entera se desplazó hacia delante y se produjo como una oleada de movimiento desde el depósito al morro y entre las llantas y los mandos. Aquel movimiento culminó frente al tapón del radiador. Sus bordes, en una superficie de seis o siete pulgadas cuadradas, quedaron como desdibujados. Durante un segundo volvió a ser todo normal, y por último comenzó a derretirse. El contacto del metal líquido con los restos de la pintura chamuscada produjo una lluvia de chispas.

Kelly llamó a Tom, pero no obtuvo respuesta. Al fin vio que algo emergía del agua y fue en su busca. Cuando agarraba la camisa del compañero sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Claro, eso era: un hoyo profundo muy cerca de la playa. La Siete había llegado hasta el borde, obligando a Tom a quedarse donde le cubría el agua...

Se debatió furiosamente, tratando de llegar a una playa tan próxima y a la vez tan lejana. Notó el sabor amargo del agua que le invadía los pulmones, y sólo el grato choque de su rodilla contra el suelo firme le impidió abandonarse por completo. Sollozando por el esfuerzo, arrastró el peso muerto de Tom hacia la playa, alejándose del oleaje. Fue entonces cuando se percató de un estridente lloriqueo infantil: era Al Knowles, de bruces en la arena, contorsionándose por los sollozos. Durante unos momentos interminables Kelly contempló a aquel despojo humano. Luego, encogiéndose de hombros, se dejó caer de hinojos junto al cuerpo yacente de Tom y sacó fuerzas de flaqueza para reanimarlo.

Pronto Tom dejó escapar un suspiro y comenzó a vomitar suavemente. Poco después se recuperaba.

—Ésta es la historia de *Daisy Etta*, la excavadora que enloqueció y cobró vida propia. Naturalmente, no es la historia de aquel ensayo de un proyectil teledirigido, historia que nadie menciona como no sea para referirse a «la historia del proyectil del que nadie habla». Claro que seguramente el lector ya habrá oído hablar del famoso proyectil. De todos modos, sólo son rumores. Es posible que también Al Knowles conozca el caso, aunque nunca habla de él.

Ocurrió dos días después de la muerte de *Daisy Etta*, mientras Tom y Kelly

estaban sentados, precisamente en el fresco interior del templo en ruinas. Se hallaban absortos en la ingrata redacción de un informe sobre los sucesos acaecidos en la isla, explicando por qué ellos y su empresa no habían podido cumplir el contrato. Habían encontrado los cadáveres de Chub y Harris, que sepultaron junto a los otros tres. Al Knowles regresó a las sombras, maniatado, porque le oyeron delirar mientras dormía y por lo visto no daba crédito a la muerte de Daisy. Seguía empeñado en ayudarla a acabar con todos los tractoristas que se le pusieran por delante. Sabían que se realizaría una investigación, y también estaban al tanto de lo difícil que iba a ser convencer al mundo.

Fue entonces cuando intervino la casualidad, y algo salió mal durante un ensayo de proyectiles teledirigidos.

La cabeza explosiva de un proyectil se estrelló junto al campamento, precisamente entre la pirámide de bidones de carburante y los depósitos de dinamita. La segunda fase cayó un momento después, a un par de millas, cerca de las cinco tumbas. Kelly y Tom llegaron dando traspiés hasta el borde de la meseta y durante largo rato contemplaron el estropicio. Fue Kelly quien aventuró una explicación, y no pudo contener un «¡Dios bendiga la estupidez!» que le salió del alma. Arrebató a Tom los papeles garabateados y los hizo pedazos.

Pero Tom sacudió la cabeza, indicando con el pulgar hacia el terraplén donde se encontraba Al Knowles.

—Estoy seguro de que él hablará.

—¿Él? —preguntó Kelly, con tanta elocuencia que evocó claramente la imagen de un Al Knowles balbuceante, baboso y de ojos vidriados.

—¡Déjale que diga lo que quiera! —repuso, y volvió a rasgar los papeles.

Y así fue: Le dejaron decir lo que quiso.

LA SONRISA INTERNACIONAL

por Brian Aldiss

La acción de esta narración absurda no sólo transcurre en la Tierra sino en el mismo corazón de la elegante Gran Bretaña y, además, en los más intrincados laberintos del poder político. Los personajes (un tanto caricaturizados pero espléndidamente observados) son ministros, sus esposas, sus consejeros y ayudantes, y sus colegas de otros países.

La habitación, con caricaturas de espías y óleos de los potentados, colgados sobre la campana de la chimenea, como la promesa de un mundo mejor, ofrecía un desordenado confort. Los dos hombres se arrellanaron en unos sillones; estaban cansados. La mujer también se sentía cansada pero su torso erguido y su *coiffure* no le permitían acomodarse. Sirvió el té con tanta autoridad como había mostrado frente a las cámaras de televisión.

Cuando oyeron sonar la puerta y aparecer a Tarver, los dos hombres se incorporaron en sus asientos, como si se sintieran culpables de algún delito.

El Primer Ministro frunció el ceño detrás de su taza y dijo:

—¿Qué ocurre, Tarver? ¿No podemos pasar cinco minutos en paz?

El mayordomo del n° 10 de Downing Street dijo apesadumbrado:

—El coronel Quadroon ha venido a verle, señor.

—El gobernador de la cárcel de Pentonville. Más fugas, supongo... más preguntas en la Cámara de los Lores. Hágalo pasar.

El Primer Ministro se volvió hacia Lady Elizabeth y el Secretario de Asuntos Exteriores con una mueca de resignación.

—¿Recuerdas que ayer lo citaste, Herbert? —dijo Lady Elizabeth.

Manejaba a los hombres con la misma facilidad con que se desenvolvía ella misma.

—El coronel dijo que era un asunto de gran importancia nacional —añadió.

—No dudo que lo dijera. Quadroon presume demasiado, querida. Y sólo porque me ha puesto en apuros un par de... Oh, coronel, buenas tardes. Pase.

El Primer Ministro se atusó el bigote y se dirigió con gesto irritado hacia una butaca mientras Quadroon entraba. El gobernador de Pentonville era un hombre alto y fornido, y estaba condecorado con las órdenes de Hai-leybury y de la Reina. Se inclinó respetuosamente ante Lady Elizabeth y estrechó la mano a Ralph Watts-

Clinton, el Secretario de Asuntos Exteriores.

—Señor Primer Ministro, no le hubiera molestado de no tratarse de un asunto de máxima importancia —dijo.

—Espero que así sea. Supongo que no se tratará de más motines.

—He oído decir que la oposición le puso a usted en un buen aprieto esta tarde.

El Primer Ministro sonrió.

—Perdone, coronel. Ofrécele una taza de té al coronel, ¿quieres, querida? Bien, ¿qué podemos hacer por usted?

—Sin azúcar, por favor, Lady Elizabeth. En este caso, señor, se trata de qué podemos hacer nosotros por usted. Hace un momento mencioné a la oposición. ¿Nunca se le había ocurrido pensar que la oposición está constituida por gente infeliz?

Watts-Clinton soltó una carcajada.

—Se nos ha ocurrido a menudo, coronel. Considere, por ejemplo, el debate acerca de la Ley de Restricción de la Inmigración de esta tarde: la oposición estaba verdaderamente triste y abatida. Harold Gaskin estuvo a punto de verter lágrimas de cocodrilo al hablar de aquellos a los que él llamó «explotados y desprotegidos en las tierras menos afortunadas».

El coronel balanceó la taza y el platito «Spode» de Lady Elizabeth sobre su rodilla y dijo:

—Precisamente. Todo esto puede cambiar mañana.

El Primer Ministro emitió un ruido que se le había oído en más de una ocasión en la Cámara de los Loes.

—No tengo ni idea de qué clase de subterfugio político puede tener usted en mente, coronel, pero permítame anticiparle que nada puede alterar las ideas preconcebidas de Gaskin acerca de las claras medidas que nosotros proponemos.

—Polianamina. Ella podría —dijo el coronel. Tras una fría pausa, Lady Elizabeth dijo:

—Me temo que nos ha dejado a los tres muy impresionados con su aire de misterio y, por supuesto, claro... oh, cuidado, no vierta su té, coronel. Tal vez resultara más positivo que nos expusiera su idea. Estoy convencida de que Herbert puede dedicarle cinco minutos antes de irse a preparar su discurso de Berlín.

Reunía todas las cualidades ideales para ser la esposa de un Primer Ministro: firmeza, mano izquierda, tacto e insolencia.

El coronel resopló con energía y, a modo de preámbulo, dijo:

—Ustedes sabrán que siempre he sido un hombre muy leal. Pocos serán en este país los que no recuerden la famosa alocución de reclutamiento que hice en East Moulton, cuando acababa de ser derrotado en las elecciones del 45. Por eso he venido directamente a usted, señor Primer Ministro, como hombre leal, a poner la

polianamina a sus pies.

—Conozco su historial —dijo el Primer Ministro—. Prosiga.

—Bien, para ir directamente al grano, quizá recuerden los desafortunados motines que tuvimos en Pentonville hace un par de años. La Beaverbook Press organizó un buen alboroto al respecto... les gustan las historias de prisiones. Murieron dos convictos y otros tres resultaron heridos de gravedad. Uno de los heridos era Joseph Branksome. ¿Recuerdan el nombre?

—Creo que todos recordamos el nombre —dijo Watts-Clinton—. Era el diputado por Dogsthorpe East en los tiempos de Edén.

—Eso es. Siete años por malversación de fondos públicos... pero, en el fondo, un buen hombre. Un buen hombre público. Ustedes quizá no le conocieron. Era un tipo firme y valiente. Recuerdo que, cuando lo de Suez, él...

—Sí, sí, usted estaba diciendo que él resultó herido, coronel.

—Sí, eso es. Él lo estaba. Herido en el riñón; mal asunto. Estaba grave y salió por unos días. Lo transferí a la clínica Bart. Le hicieron un injerto en el riñón; era la primera vez que se hacía algo semejante en la clínica Bart, según me dijeron. En cualquier caso, parecía que todo iba bien, y en un abrir y cerrar de ojos pudimos volver a Branksome a la prisión. Seguía muy débil, pero parecía muy contento. Fui a visitarlo. Nunca había visto a un hombre más feliz y optimista. Era el alma y la vida de aquella sala del hospital penitenciario. Por eso, cuando llegó Navidad...

—Branksome está muerto, ¿verdad? —dijo el Primer Ministro.

—¿Qué? ¿Muerto? Oh sí. A eso iba. Su alegría general nos engañó a todos. Creímos que se había recuperado, aunque había perdido bastante peso. Volvió a su antiguo trabajo: tenía un trabajo cómodo en la biblioteca de la prisión. Entonces, una mañana, hará un año, sufrió un colapso en la sección de Hágalo-Usted-Mismo y murió al cabo de una hora. Pobre Branksome, ¡murió riéndose!

Al término de la narración de esa tragedia, Quadroon se sentó en su sillón con aire pesaroso. Lady Elizabeth rescató su taza.

Con cierto tono terminante, el Primer Ministro dijo:

—Muchas gracias, coronel Quadroon, por venir y...

El coronel alzó una mano larga y huesuda, que los demás contemplaron con curiosidad y perplejidad.

—En la investigación post-mortem, emergió un hecho notable. Debido a la herida que había sufrido, el riñón de Branksome había —¿cómo dirían ustedes?— funcionado mal. Por lo que pude deducir de las explicaciones de nuestro especialista de la prisión, Mark Miller —un hombre muy capaz— en lugar de producir nuevo tejido o lo que fuera que debía producir, aquel riñón había estado segregando una sustancia hasta ahora desconocida por la ciencia. Miller bautizó a aquella secreción con el nombre de polianamina. Aparentemente, había circulado hasta las glándulas

endo... ¡ah! endocrinas de Branksome, y allí; había producido una especie de desequilibrio. En cualquier caso, ese desequilibrio tuvo el efecto de mantenerlo a él feliz, incluso cuando se acercaba dolorosamente a la muerte.

—Hmm —hizo el Primer Ministro, con un gesto que resultaba familiar a millones de televidentes, mientras encendía su pipa y se sentaba, con la nariz casi dentro del hornillo—. ¿Y esa sustancia ha sido sintetizada, coronel?

A modo de respuesta, sacó un pequeño tubo de plástico de uno de sus bolsillos. Adornó su ademán con lo que, en uno de los mejores actores, hubiera resultado una gran fioritura.

—Aquí hay bastante polianamina sintética, según me informó Miller, para mantener feliz a toda vuestra oposición por el resto de sus vidas.

El Primer Ministro dirigió una mirada de sorpresa a Watts-Clinton, y éste se la devolvió.

—Creo que el discurso de Berlín deberá posponerse hasta que hayamos visto a Miller. A mi viejo electorado no le gustaría que dejara crecer la hierba, ¿verdad, Ralph? Elizabeth, querida, crees que...

—¡Oh! Herbert, realmente no puedo, ¡otra vez no! No sabría qué decir.

—Sinsentidos, tópicos. Cosas usuales acerca del progreso acelerado, devolviendo el mando a Adenauer. Solidaridad occidental, y todo eso, incluyendo la cláusula de seguridad que establece que mantendremos la lucha por la paz con todos los medios a nuestro alcance, etc. Por ahora lo puedes hacer tan bien como yo. Tarver, el Bentley, por favor.

El tráfico era denso frente a la lóbrega fachada de la cárcel de Pentonville.

—Hoy hay visita nocturna —dijo Quadroon tenebrosamente—. Siempre se producen aglomeraciones.

—Debo decirle cuánto admiro sus avanzadas reformas; el Secretario del Interior me hablaba de ellas justamente el otro día —dijo Watts-Clinton intentando congraciarse con el coronel; no sentía especial simpatía hacia él, pero quedar incluido en uno de sus aciertos no iba a ser mala cosa.

—Esta noche tocan Johnny Earthquake y los Four Corners. Mantienen al personal feliz.

El Primer Ministro pareció sorprendido.

—Pero, M. «el Carnicero», ¿cómo se llama?, McNoose, va a ser ejecutado mañana. Seguro...

—Por eso viene toda esa gente esta noche. Métase delante de ese Volkswagen despistado, chofer. Hemos permitido que McNoose pida a Johnny Earthquake una última canción, para su papá y su mamá y todos sus familiares en el 78 de Montpelier Road, en Camden Town.

—Me parece algo de un gusto muy dudoso —dijo el Primer Ministro.

—Usted fue el primero en querer que las prisiones siguieran sus propias iniciativas, señor.

—No es hora de sacar a relucir viejas promesas electorales.

Los tres hombres se sumieron en un profundo silencio. Al cabo de un rato se abrió un claro en el tráfico y el coche se dirigió hacia la plaza que se encontraba enfrente y giró bajo los toldos y los carteles luminosos hacia la casa del alcaide. Mientras subían apresuradamente las escaleras, pudieron oír la música y una voz atronadora por los altavoces.

Eva Bardy lo está haciendo, lo está haciendo, lo está haciendo.

Eva Bardy lo está haciendo...

Se sintieron mejor en el interior. Quadroon los introdujo en un despacho y envió a un empleado a buscar a Mark Miller.

Impaciente, el Primer Ministro se puso a observar la sólida y sombría habitación. Trofeos, fotografías de hombres con rostros amenazantes, esposas, un retrato a lápiz hecho por un aficionado de John Reginald Halliday Christie, certificados, mapas, una mascarilla mortuoria, y una leyenda grabada con las palabras «Las paredes de piedra no hacen una cárcel», rodeando todo el recinto de la pieza a la altura del cielo raso. De mala gana, el Primer Ministro escogió la menos acrinada de las dos butacas que allí había y tomó asiento.

—Interesante lugar —dijo Watts-Clinton a modo de información gratuita.

El propio coronel miró a su alrededor con cierta repugnancia.

—Lo haría arder —dijo. Tosió, entrelazó las manos y añadió:

—Señores, tengo que advertirles que Miller se inyectó a sí mismo la sustancia que sintetizó; en principio lo encontrarán un poco... ¡ah, ah, ah, ah, Miller, ahí, ah, ahí está! Pase.

Miller entró. Y lo hizo con los brazos abiertos, con una amplia sonrisa en el rostro, y estrechó las manos a todos sin presentación previa.

—Señores, están asistiendo ustedes al nacimiento de una nueva nación, en la planta baja de un nuevo edificio, ¿eh? De hecho, están asistiendo al parto, en el sótano de ese nuevo edificio, habría que decir. Aquí estamos, unidos para comenzar la tarea de transformar el país, gracias a la polianamina, la nueva maravillosa droga que hace que el cuerpo de cada cual trabaje en favor de uno y no en contra.

Con algún retraso se hicieron las presentaciones. Miller volvió a estrechar con exuberancia las manos de los presentes, resaltó lo cansado que parecía el Primer Ministro y admiró la calidad del traje de Watts-Clinton. Era un hombre alto y delgado, casi tan propenso a las protuberancias óseas como el coronel, con copetes de pelo sobre los dedos y las manos. Tenía alrededor de cincuenta años y contemplaba cadavéricamente el mundo desde el fondo del espeso follaje de sus cejas. Nadie

hubiera dicho que era un hombre entregado a la alegría; no obstante, su genialidad fluía por toda la habitación como champagne dentro de una zapatilla.

—El Gobierno está muy interesado en su fórmula, señor Miller —dijo el Primer Ministro—, pero, naturalmente, deberíamos realizar una prueba concluyente de su descubrimiento bajo supervisión adecuada.

Miller hizo un guiño con aire de conspirador.

—Ya está en el bote. Se está usted riendo... ¿Por qué no me deja que le ponga una inyección? ¿Qué le parecería pasar a la historia como Sir Herbert MacClesfield, el sonriente Primer Ministro... no, el ebrio Primer Ministro? No me haga caso, sólo bromeo. Créame, nunca me sentí mejor. ¿Pies planos? Sigo teniéndolos; no me preocupan. ¿Facturas, impuestos? Siguen amontonándose; no me preocupan. Simplemente no permito que los problemas me preocupen, gracias a la polianamina.

—¿Puede usted controlar su obvio entusiasmo lo suficiente, como para decirnos aproximadamente de qué manera trabaja el producto?

—¿Decírselo aproximadamente? Ca, señor, como corresponde a un caballero de la Orden del Imperio Británico, se lo explicaré con cuidado y detalle. Mi receta puede ser aplicada oralmente, o por vía intravenosa, o por inhalación; 10 c.c. son suficientes. ¡Infalible! Garantizado hasta para animar a un cómico de televisión. Sin efectos secundarios. No disminuye la inteligencia... siempre he parecido así de estúpido, ¡ja, ja!

—Tengo que hacerle una pregunta, señor Miller —dijo Watts-Clinton, como si la presentara clavada en su dedo—. Usted está ensalzando mucho este... hmmm, medicamento. Personalmente, le estaría muy agradecido si quisiera explicar cuáles son las diferencias apreciables entre su producto y los tranquilizantes y euforizantes que han existido en el mercado durante años.

Miller apretó las mejillas y la boca, y puso una cara agriada que imitaba las facciones del Secretario de Asuntos Exteriores con un éxito considerable.

—Tengo una respuesta para usted, señor Clotts-Winton... hmm, Witts-Clunt... hmm, Watts-Clinton, que creo que responderá a su pregunta. ¡La polianamina es permanente! No actúa directamente sobre las endocrinas. Va directa al riñón y allí establece un área receptora que comienza inmediatamente a segregar su propia provisión de polianamina. A partir de entonces, el proceso es irreversible. Pasa a formar parte de las funciones naturales del riñón. Sin que se produzca ninguna disminución en sus otras funciones, el riñón continuará segregando polianamina hasta la muerte, y esa polianamina no cesa de actuar sobre las endocrinas. En otras palabras, sólo se necesita una inyección de la solución sintética, para toda la vida.

—Comprendo —dijo Watts-Clinton, esbozando una ligera sonrisa—. Por Dios, Herbert, si eso es verdad...

—Justamente lo que estaba pensando... —dijo el Primer Ministro—. Mañana por

la mañana tenemos que presentar a la oposición la segunda parte de la Ley de Pena de Muerte. Si sólo...

Inclinándose un poco, Miller extrajo un pequeño objeto de un bolsillo de su chaleco. Parecía un bulbo de anémona, un cojín con una pequeña púa encima. Era de cristal y contenía un líquido claro.

—Si le entiendo bien, señor, usted necesita unas cuantas docenas de éstos. Si uno se sienta encima, recibe una inyección de polianamina... no hay problema.

El Primer Ministro miró a Watts-Clinton. Luego a Quadroon, y después el dibujo a lápiz de Christie, para volver a mirar otra vez a Miller.

—Esto vale un título —dijo en voz baja. Quadroon se movió desasosegado.

—Dos títulos —corrigió.

—Dos títulos —aceptó el Primer Ministro. Regresaron todos al automóvil. Un grupo de convictos en traje de noche estaban atentos a la voz de Johnny Earthquake.

En el grande y ancho mundo estoy solo,

se fueron y me dejaron a solas.

Estoy llorando a lágrima viva porque soy un adolescente divorciado.

El Primer Ministro miró el lento movimiento de la gris atmósfera que cubría Londres.

—Bonita noche —dijo—. Hermosa noche. El panorama es francamente prometedor.

Al día siguiente, Lady Elizabeth, con un vestido de confección italiana, que la ceñía con exactitud matemática, permaneció en su acogedora habitación en Downing Street mirando pensativa al presentador de televisión.

El presentador, cuyos ojos eran de un azul irreprochable, miró, a su vez, a Lady Elizabeth y dijo:

—... caso de caballos drogados en Newmarket. Ha sido reclamada la presencia de Scotland Yard. Esta mañana, el llamado M. «el Carnicero», Gulliver McNoose, ha sido ejecutado en la prisión de Pentonville. Gracias a la nueva normativa penitenciaria, su novia pudo permanecer con él en la celda de los condenados; estuvieron cogidos de las manos hasta el final, cantando *Rock of Ages Rock*, la nueva canción religiosa popular, que era la melodía favorita de McNoose. Esperamos poder ofrecerles imágenes en el próximo boletín informativo. Entretanto, esta mañana, la pena capital era debatida en la Cámara de los Comunes.

Mientras desaparecía en fundido el rostro del presentador, aparecía en la pantalla una vista del Parlamento; aquello no le impidió continuar:

«El Gobierno intentaba conseguir que se estableciera la pena de muerte para los

huelguistas ilegales, y se esperaba que el proyecto encontrara una fuerte oposición. No obstante, el señor Gaskin, que era quien debía atacar la moción, pareció mostrarse de un humor excepcionalmente genial, según nos informa nuestro corresponsal en Westminster, Geoffrey Dee. Se levantó y dijo que se veía obligado a admitir que las huelgas ilegales eran un poco molestas; añadió que, si el país tenía que ir adelante, era mejor perder a unos pocos. La risa, particularmente en el ala de la Cámara en que se halla el señor Gaskin, se prolongó durante varios minutos, tras lo cual, el proyecto del Gobierno fue aprobado sin más discusión. Su Majestad la Reina, que se encuentra en visita de buena voluntad, en la Isla de Man...»

Lady Elizabeth apagó el receptor. Su rostro no se distendió en una sonrisa.

—No parece muy satisfecha —dijo poniendo mala cara su hermana Nancy, la honorable señora Lyon-Bowater—. A mí me parece muy divertido. Aunque ya sé que sólo soy una perfecta tonta.

—Claro —asintió Lady Elizabeth. No le gustaban las visitas de su hermosa hermanita menor. Desde un lejano día, aún en edad escolar, en que se habían peleado por un poney palomino, nunca se habían vuelto a mirar cara a cara—. La aprobación de esta ley es un triunfo para Herbert... una recompensa por todo lo que ha luchado. Por desgracia, ha de considerarse como un triunfo menor. Quizá no te des cuenta de ello, Nancy, pero estamos al borde de una tercera guerra mundial.

—Oh, sí. ¿No es terrible? Pero, hay para años, ¿no? Towin siempre habla de eso y de sus horribles acciones pasadas.

Lady Elizabeth se sentó de la manera más grácil en el mismo borde de su meridiana y dijo:

—Nancy, querida, esta vez es bastante distinto. Esta madrugada se ha producido un serio incidente fronterizo en Berlín.

—La política es asunto tuyo, querida, no mío; yo prefiero los chihuahuas.

—Éste es asunto de todos, querida. Recordarás que los alemanes orientales construyeron un muro alrededor de su sector, hace cuatro o cinco años... Tal vez no lo recuerdes. Entonces, en el sector americano se construyó una enorme torre, la torre New Brandemburg. Nosotros proclamábamos que era para una nueva oficina de los Estados Unidos; Alemania Oriental proclamaba que se trataba de una central para espiarles. Como contrapartida, ellos construyeron enormes pantallas detrás del muro, de forma que nadie pudiera ver lo que ocurría en su sector.

—Aunque nadie quería ver lo que ocurría en su sector —dijo Nancy, mientras encendía un cigarrillo con los cuidadosos gestos de un camarero que prepara un crepé suzette en un restaurante de lujo.

—Aunque así fuera, Nancy, las pantallas se construyeron. Las Potencias Occidentales coincidieron en considerar aquello como un gesto agresivo y, conjuntamente, prepararon, un aviso.

—Ah, sí, si lo hacen ellos, es una amenaza; si somos nosotros quienes lo hacemos es un aviso. Hasta ahí entiendo la política.

—Bien, nuestro aviso tomó la forma de una gran estatua, de doscientos cinco pies de alto, que, además, era la más alta del mundo...

—¡Oh, quieres decir Buster!

—Su nombre oficial es la Estatua de la Libertad. Es tan grande que incluso los pobres alemanes orientales pueden verla, especialmente cuando, por la noche, se encienden los ojos de aquélla.

—Es muy bonita, Elizabeth. Tovin y yo la vimos cuando estuvimos allí el año pasado; creo que entonces estaban padeciendo una especie de crisis. Estaba preciosa... mucho más que la triste Torre Eiffel, sobre todo con esa absurda corona en la cabeza que decía «Coca-Cola».

—Sí. Las Potencias Occidentales tuvieron, al respecto, algunos problemas entre sí. La crisis a la que te referías estaba causada, desde luego, por los rusos, que insistían en considerar a Buster... hmm, a la Estatua de la Libertad como un acto de provocación. Si entonces no tuvimos una guerra se debió a la intervención personal de Herbert. Cogió el avión y fue a entrevistarse con el Primer Ministro ruso, Nikita Molochev. En lugar de declarar la guerra, Alemania Oriental construyó también una estatua.

Nancy se echó a reír y se puso a toser sobre su cigarrillo.

—Yo también sé algo de eso, querida. En aquella ocasión me hice procomunista. ¡Fue una deliciosa humorada!

—En realidad, Nancy, eres demasiado frívola. No sólo se trata de una estatua que representa a un trabajador muy feo, sino que es *más alto* que Buster; y domina a Buster con su gesto. Como dijo con mucho acierto el Presidente Kennedson, no sólo es un acto de agresión... sino también una amenaza al espacio aéreo Occidental.

—Al menos fue idea suya llamarle Nikko.

—La noche pasada, Nancy, a las tres, hora de Europa central, una audaz banda de berlineses occidentales hizo volar la cabeza de Nikko con cargas explosivas.

—¡Caramba, nunca lo hubiera creído posible!

—Bien, Nikko perdió la nariz. Todavía no se ha podido calcular la totalidad de los daños; hay noticias confusas. Desgraciadamente, los alemanes orientales y los rusos han decidido considerar este inocente suceso como una amenaza para su seguridad.

—Así que... volvemos a estar al borde de la guerra. Hmmm. ¿Y qué está haciendo al respecto el querido Herbert?

—Está pronunciando un discurso de conciliación en el Guildhall, en el simposio bienal de la Antigua Orden de Cisnes-Altos y Bajos-Plumadores —dijo Lady Elizabeth. Se levantó con una gracia que hacía honor a su esmerada educación y

comenzó a pasear por la habitación con aire melindroso—. Lo malo es que está leyendo un discurso que yo le escribí. Incluí en él varios fragmentos de sus antiguos discursos, pero, básicamente, es mío. Siento el futuro del mundo en mis manos... los rusos y los americanos parecen estar ansiosos de que se produzca esa guerra.

—Quizá crean que sería mejor terminar cuanto antes. Para nosotros resulta delicado hablar de ello porque estamos en medio. Bien, querida, tengo que irme. Espero que los Cisnes-Altos ofrezcan a Herbert un buen banquete.

—Desearía no haberte aburrido. Ya sabes, es tan difícil ser una mujer y ocupar un puesto de responsabilidad...

Lady cogió de las manos a su hermana menor y la miró a los ojos.

—Qué suerte que seas una mujer decidida —dijo Nancy desasiéndose y yendo a recoger sus guantes— como lo demostraste hace tiempo con lo de palomino.

Un rumor de voces en el vestíbulo las interrumpió. Lady Elizabeth esbozó una mueca burlona frunciendo el ceño.

—Parece que haya un regimiento ahí fuera.

—¡Un regimiento además de Herbert!

Lady Elizabeth fue a ver qué ocurría. Tarver estaba extrayendo de su abrigo al Primer Ministro; por la emoción de su mirada, ella podía adivinar que le banquete había sido bueno y televisado. Lady Elizabeth conocía la calidad y la abundancia de las bodegas de Guildhall y decidió preparar un café bien cargado. Ralph Watts-Clinton y Lord Andaway, Secretario del Interior, estaban luchando por deshacerse de sus propios abrigos; ambos lucían claramente en las mejillas la enseña de los Cisnes-Ascendentes.

Sorprendentemente, Miller también estaba allí, sonriéndose de cualquier cosa que ocurría. Balanceando una cajita, saludó cordialmente a Lady Elizabeth agitando una mano.

—Aquí tiene Su Señoría a su muchacho errante —dijo—. Me lo encontré en el umbral cuando iba a entregar los comestibles encargados.

—¿Quién es? ¿No encontró la entrada de mercancías? —preguntó la honorable señora Lyon-Bowater, con un tono vaporoso, *sotto voce*, al oído de su hermana.

Detrás de Miller, alineados como lápidas sepulcrales, había tres hombres de aspecto tenebroso y solemne. En uno reconoció a Bernard Brotherhope, el secretario de la Unión de Trabajadores Eventuales. Con sus collares y su aire de piedad indescriptible era fácil de reconocer a los compañeros de Brotherhope como líderes sindicales. Permanecieron inmóviles, pacientes, erguidos, sin pestañear, con sus sombreros en la mano, en posición de firmes; cuando Brotherhope hizo una inclinación brusca por encima de la cabeza de los otros hacia Lady Elizabeth, a ésta le surgió impertinente el recuerdo de una línea de Hilarie Belloc acerca de lo odioso de las Midlands, que son húmedas y desagradables.

—Haga pasar a estos caballeros a la sala de visitantes, Tarver —dijo el Primer Ministro—. En seguida estaré con ustedes. Oh, Miller, le necesito.

—¡Qué dulce es Herbert! —exclamó Nancy desde su rincón, mientras los demás entraban en la habitación de enfrente, ofreciéndose el paso ansiosamente los unos a los otros.

—Oh, estás aquí, Nancy —dijo el Primer Ministro con aire, sombrío.

—Debe resultar divertido ser Primer Ministro. Te encuentras con gente que nunca habrías conocido, ¿no?

—Por cierto, ¿cómo está tu marido? Nancy respondió con desenfado:

—Sigue vivo, supongo.

El Primer Ministro empujó la puerta de la confortable habitación privada y se arrellanó lentamente en la tumbona, dejando que sus pesados párpados se cerraran.

—Ahora te traigo café, querido —dijo Lady Elizabeth—. ¿Para usted también, señor Miller? ¿O no se queda?

Los ojos de Miller se retiraron, como pequeños animalillos, detrás de sus pestañas y se rió admitiendo la derrota.

—Ya sabe, no quiero entrometerme en el círculo de la vieja familia. ¡Es uno de esos círculos en los que nada es bastante para que sea redondo! De todos modos, y como prometí, aquí tengo una dosis de polianamina. ¿Por qué no pincha a su marido? Parece necesitarlo.

—Gracias por su consejo. Tarver le acompañará hasta la puerta.

—Es muy amable por su parte. Debo confesarle que admiro cada vez más esa puerta. Algún día, debería usted ir a ver la mía, Lady Elizabeth.

Cuando pasaba por su lado, pensó por un instante que intentaba besarla. No obstante, se limitó a susurrarle algo al oído. Sus facciones se relajaron; sonrió y meneó la cabeza. Una vez hubo salido de la habitación de puntillas, como un conspirador, Lady Elizabeth fue a arrodillarse junto a Herbert. Sin ser advertida, Nancy fue a ver el contenido de la cajita de Miller.

—¿Cómo fue el discurso, Herbert? —preguntó con ternura Lady Elizabeth.

El Primer Ministro frunció el ceño y se lamentó:

—Ese maldito Oporto... O yo soy demasiado viejo para soportarlo a él, o él es demasiado viejo para que yo lo soporte. Y para colmo, llego aquí y me encuentro con la delegación del Sindicato esperándome. He de entrevistarme con ellos. ¿Dónde está el café?

—Ya está a punto... Ahí lo tienes. Gracias, Jane, yo lo tomaré aquí. ¿Cómo fue el discurso?

Mientras ella comenzaba a servir el café, Nancy dijo:

—No es asunto mío, Herbert, pero ¿podrías acabar con los chicos del Sindicato? ¿Qué sentido tiene ser Primer Ministro si no tienes poder?

—No tiene ningún sentido ni ninguna gracia... —Cogió la taza con manos temblorosas y sorbió el café por entre sus bigotes—. Estamos metidos en un lío, Elizabeth. No puedo comprender cómo he sido tan miope. Esta mañana, nos llevamos el gato al agua con la ley sobre la Pena de Muerte, gracias a la polianamina de Miller, pero naturalmente los sindicatos se nos van a echar encima como fieras. Han amenazado con convocar una huelga general si no nos echamos atrás... Tengo que ver a Brotherhope. El café estaba excelente.

Se atusó el bigote, se levantó y la asió con fuerza por el antebrazo. Lady Elizabeth había aprendido a contener su disgusto ante aquella actitud machista, y se limitó a decir:

—Llévate esta cápsula de polianamina; Miller me lo aconsejó por si acaso tenías problemas. ¿Cómo está tu cabeza?

—Mejor, gracias a tu café, querida. Toma uno tú también.

Guardó la cápsula en el bolsillo, se ajustó la corbata y salió de la habitación.

Elizabeth suspiró profundamente, se pasó una mano por la frente y se volvió hacia su hermana.

—Nancy, tengo que dejarte, a menos que hubieras venido para algún asunto en particular...

—¿Podrías decirme qué es la polianamina?

—Es una especie de tranquilizante; nada especial. ¿Le digo a Tarver que te acompañe? —Volvió la espalda a Nancy y se dispuso a servirse un café.

—¡Por todos los diablos, no, Elizabeth! Vine por algo muy concreto y también puedes oírlo. Quiero, necesito, divorciarme de Towin.

Lady Elizabeth se olvidó del café.

—Pero ¡Towin es el Secretario de Estado del Ejército del Aire!

—No necesito que me recuerdes los peligros del nepotismo.

—El despecho siempre mejoró tus réplicas. Sabes que por ahora *no puedes* organizar ningún lío en público, Nancy. Sólo faltan dos años para las Elecciones Generales.

—Pueden estar precedidas por el As de Corazones.

—El As de Corazones escandalizaría al público británico menos que una *decree nisi* ministerial. Tienes algún lío, ¿no?

—¡Cómo adoras tus eufemismos y tus clichés! ¿Cómo, si no, podrías soportar estar casada con Herbert? Vais a hablar de sacar los trapitos sucios en público.

Lady Elizabeth se irguió y dijo, con la glacial cortesía del enfado:

—Estás metida en algún lío, ¿no?

—Sí, lo estoy, si quieres saberlo. Querida, tengo un asunto bastante cálido con un cantante pop llamado Johnny Earthquake.

Se miraron cara a cara, lívidas, con una mezcla de amor y odio semejante a un

batido. Finalmente, Lady Elizabeth se volvió y se dirigió hacia la puerta diciendo:

—La cuñada del Primer Ministro liada con un cantante pop. Por menos de esto han caído otros Gobiernos...

Hábilmente, mientras su hermana se daba la vuelta, Nancy destapó una de las cápsulas de polianamina que se había guardado en el bolsillo y vertió su contenido en el café de Lady Elizabeth. Luego se dirigió hacia la puerta. De nuevo se encontraron cara a cara.

—¡Un cantante pop!

—¡Me hace sentir horriblemente democrática! —Con una mirada de enojo, Nancy salió.

Lady Elizabeth permaneció unos minutos en la habitación apretándose las sienes. Entonces sonó el teléfono.

Cuando respondió, su voz no permitía adivinar sus sentimientos.

Era un joven secretario de un subsecretario, Rupert Peters, que, muy agitado, llamaba de Whitehall. Lady Elizabeth lo conocía bien y lo admiraba; el sentimiento era recíproco... según había constatado ella.

—Ya sé que ésta es una manera horriblemente informal de dirigirme a usted, como sabrá Su Señoría; sólo puedo disculparme porque se trata de una grave emergencia. ¿Me sería posible hablar un instante con Sir Herbert?

—En este momento está con los de los Sindicatos.

—¡Vaya! Bien, escuche, el embajador en Rusia nos ha comunicado desde Moscú algo escabroso. Acababa de recibir una nota muy abusiva de Nikita Molochev. ¡Vamos a estar en guerra antes de la madrugada, a menos que ocurra algo inmediatamente!

—¡Rupert! ¡Pero no ha habido provocación!

—Según el uso contemporáneo del término, no totalmente —Rupert hizo una pausa. Ella percibió su aturdimiento desde el otro extremo de la línea.

—¿Qué quiere decir «no totalmente»?

—Me temo que se trata de esa puntualización de Sir Herbert en el discurso de Guildhall.

Lady Elizabeth sintió que una garra fría con uñas afiladas le apresaba el corazón. Se sentó en el butacón. El café parecía mirarla con frialdad.

—¿Qué puntualización? —se apresuró a preguntar.

—Sir Herbert dijo —y tenga usted en cuenta que hablo de memoria— que después de largas consideraciones había concluido que el Presidente Molochev resultaba una visión desagradable y debía desaparecer.

Ella hizo un ruido inarticulado con la garganta.

—Hay que admitir que no ha sido la declaración política más diplomática del año

—dijo Rupert—. Como le digo, parece que en el estado de tensión en que se encuentra el mundo, esto podría precipitar las hostilidades, de no ser que se retracte rápidamente o varíe la declaración. Me gustaría preguntarle a Sir Herbert si debemos ofrecer un rotundo mentís a los rusos. ¿Sería usted tan amable, en vista de la emergencia del asunto, Lady Elizabeth, de liberar al Primer Ministro de los representantes del Sindicato?

Pálida y horrorizada, Lady Elizabeth se recostó en el asiento. En su mente se reprodujeron con toda claridad las páginas mecanografiadas del discurso que ella había preparado para el Guildhall. La página cinco, que trataba de la cuestión de Berlín, había llevado al Primer Ministro a decir que, tras una detenida consideración, había llegado a la conclusión de que el Presidente Molochev tenía una lógica histórica, pero no una lógica contemporánea, en su demanda de un tratado de paz para Alemania del Este. Esa pequeña idea había sido obliterada en párrafos sucesivos, en los que, al final de la página, había introducido una referencia a las estatuas de Buster y Nikko. Acerca de ellas, el discurso sólo decía que las dos figuras resultaban —y aquí uno pasaba a la página siete— una desagradable imagen que debía desaparecer.

Sin la menor duda, Lady Elizabeth comprendió lo que había ocurrido. En el trajín de vinos y comidas de Guildhall, a Herbert se le había caído la página seis, y había leído sin percatarse de la omisión.

—Lady Elizabeth, ¿podría usted avisarle?

La lejana voz de Rupert la volvió a la realidad.

—Espere un momento —dijo ella.

Con decisión, se levantó y fue en busca de su marido. Al pasar junto al hediondo daguerrotipo de Gladstone, Lady Elizabeth oyó cantos —¡cantos en el 10 de Downing Street!—, pero ya nada la sorprendía. Abriendo la puerta frontal del estudio, descubrió a Brotherhope que rodeaba con sus brazos a sus dos ayudantes. Llevaban los sombreros ladeados, y ejecutaban con energía algunos pasos de su propia versión de *Rule, Britannia*.

Eso no era todo. El Secretario de Asuntos Exteriores y el Secretario del Interior estaban dirigiendo el trío, cantando en coro, a voz en grito.

*Doce peniques hacen un chelín;
dieciocho hacen uno y seis, y veinticuatro hacen dos.
Ningún Mercado Común dominará al hombre común
mientras con dos chelines nos emborrachamos por el país...
No quiero decir quizá...
Nos emborrachemos por el pa-i-i-i-ís.*

Rápidamente volvieron a comenzar sus cantos; nadie prestó atención a Lady Elizabeth, excepto Watts-Clinton que le dirigió una mirada sugestiva. El Primer Ministro estaba sentado junto al bufet de las bebidas, con gesto de abandono, y emitía una risa inconsciente; con un verdadero torrente de simpatía, Lady Elizabeth pensó que allí estaba aquel hombre que había tenido el empuje de la grandeza. Ella le hizo señas y él se le acercó inmediatamente.

—Se acabaron las huelgas —dijo él, mientras salían al pasillo cerrando la puerta tras ellos—. ¿Sabes qué me dijo Brotherhope?: «Entre nosotros, he de decirle que estoy más interesado en el poder que en la gloria». Todo lo que tuve que hacer fue verter polianamina en el coñac.

—Pero, Herbert, ¿también le has dado a Andaway y a Watts-Clinton!

—Lo siento, era una emergencia. Tuve que verter eso en una jarra. Por supuesto yo no bebí. Es una pena por Ralph, pero, después de todo, él es feliz; no tiene preocupaciones, mientras que nosotros tenemos demasiadas.

—No lo sabes bien, querido.

—Se me ha ocurrido que lanzando polianamina pulverizada sobre Londres y otras grandes ciudades podríamos enfrentarnos a las próximas elecciones con ecuanimidad; di las instrucciones oportunas a Miller. ¿Se ha ido el muchacho?

—Sí, y nosotros tenemos problemas, Herbert. La Embajada Británica en Moscú está en un apuro —y le contó lo que había ocurrido.

—¡Dios mío! —dijo él. Inmediatamente se dirigieron al despacho; la versión jazzística de *Rule, Britannia* quedó silenciada cuando Lady Elizabeth cerró la puerta. El Primer Ministro se hundió en la butaca más próxima y quedó con la vista perdida en el café de Lady Elizabeth.

—¡Qué horrible fatalidad! Sabes, ahora que lo dices, recuerdo que se me cayó algo justamente cuando me levanté para pronunciar el discurso. Debió de ser la página seis, que cayó debajo de la mesa.

—¡Si te hubieras tomado la molestia de leer el discurso antes!

—No tuve tiempo.

—¿No te diste cuenta de lo que estabas leyendo?

Él se cubrió la cara con las manos. A través de los claros de su cabello cano, ella vio pecas en su cuero cabelludo.

—Ya sabes lo que ocurre después de una comida pesada... Creo que leía como un autómatas... aunque recuerdo cómo todos aplaudían y reían de un modo inesperado... ¡Oh, mi país!

Lady Elizabeth sólo sintió compasión y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Será mejor que hables con Rupert Peters. Todavía no está todo perdido.

—¿Cómo puedo presentarme a alguien después de haber cometido semejante locura?

—Es tu deber —dijo ella. Cogió el teléfono de la mesa que estaba junto a ellos.

—Rupert, ¿sigue ahí?... ¿Rupert?... ¿Whitehall? Me parece que ha colgado. Oh, hola, Rupert; creía que había colgado.

La voz del joven secretario sonaba con una nueva nota de tensión.

—Lady Elizabeth, me temo que la situación es más desesperada de lo que creíamos. Nos han cortado la comunicación con la Embajada de Moscú; no hay línea. Lo último que supimos es que habían rodeado el edificio y se disponían a asaltarlo. Mientras, el Kremlin ha conectado con nosotros por otra línea. ¿Está ahí Sir Herbert?

—Sí, está aquí, ahora se pone al aparato.

—Por favor. Dígale que le voy a poner directamente con Zagravov, Diputado de Molochev. Ese hombre es de temperamento encendido y denuncia que Sir Herbert ha cometido un acto personal de burla, casi equiparable a una declaración de guerra. Hágale saber a Sir Herbert que Zagravov necesita ser tratado con mucha destreza y delicadeza.

—Ya comprendo.

Su rostro estaba pálido cuando se volvió hacia Sir Herbert que acababa de apurar su taza de café frío.

—Con esto me siento un poco más animado —dijo.

—Te hará falta —con gesto serio le explicó lo que había dicho Rupert. El Primer Ministro se levantó y comenzó a pasear por la habitación, mientras escuchaba. Ella añadió al terminar:

—Con el mayor tacto posible, tienes que explicarle a Zagravov lo de la página seis.

Quedó sorprendida cuando el Primer Ministro se echó a reír.

—Todo eso es terriblemente divertido —dijo él—. ¡Y, después de todo, el Presidente Molochev es una persona desagradable y debería ser eliminado! Esos miserables diplomáticos no tienen sentido del humor. Pásame ese teléfono. Voy a intentar que ese viejo Zagravov comprenda que todo es una broma pesada.

—¡Herbert!

Lady Elizabeth quedó horrorizada cuando el Primer Ministro, sonriendo abiertamente, cogió el teléfono y comenzó a explicar a Moscú todo lo que pensaba acerca de los estadistas rusos.

Nancy, la honorable señora Lyon-Bowater, segunda esposa de Towin, el Honorable Lord Lyon-Bowater, Secretario de Estado del Aire, abrazaba vigorosamente a Johnny Earthquake mientras un taxi los conducía a través de las calles mal iluminadas, hacia el sur de Londres.

—¿Cómo estuvo el espectáculo, cariño? —preguntó él al final, luchando por respirar.

—Estuviste estupendo, Johnny. *Teenage Divorcee* resultó absolutamente trepidante, si ésa es la frase.

—¡Todo el mundo estaba lanzado! ¿Crees que ese nuevo número, *Everloviri Friendship*, va a ser un éxito?

—Producirá un verdadero estruendo, Johnny, con la fuerza que tú le das. Por un momento creí que ibas a hacer estallar la sala.

Mientras discutían acerca de asuntos de arte, llegaron a uno de los sectores más respetablemente aburridos de Croydon. Johnny saltó fuera del taxi y le dio al taxista un par de billetes del montón de libras que llevaba. Nancy permaneció perpleja: le resultaba fascinante que él nunca pensara en abrirle la puerta; qué maravilloso, reflexionó, ser tan *natural*.

El padre de Johnny Earthquake, el señor Ian Quaker, regentaba una farmacia especializada, si había que juzgar por lo que había en el escaparate, en grandes botellas y paquetes muy pequeños. Mirando a través del cristal, pudieron ver la tonsura del señor Quaker meneándose en el diminuto dispensario.

Por la puerta trasera entraron a la sala de estar, cuyo centro estaba ocupado por un armario de colores. La señora Quaker, segura de la fortaleza de sus músculos, entró de la cocina y les lanzó una mirada escudriñadora a todos; luego les saludó bastante civilizadamente.

—La primera vez que te vemos esta semana —dijo.

—Ya sabes lo que ocurre, mamá. Mi agente publicitario insiste en mantener la leyenda de que soy el hijo de un cocinero de barco que vive en el East End. Es bueno para las ventas. Si mis seguidores descubren que, en realidad, soy un respetable chico de clase media, todo se irá al agua.

—¿Qué tiene que ver todo eso con venir a casa?

—Tengo que cuidar mi reputación. Sólo puedo venir cuando nadie me vea.

La señora Quaker sollozó.

—Ha venido esta noche, señora Quaker —dijo Nancy.

—Sí, eso me alegra. Será mejor que tomemos un jerez, ¡Ian! ¡Ian! Tu padre habrá salido.

Rodeó el armario, se detuvo junto a él y comenzó a escudriñar entre una selección de botellas; una a una, las fue sacando y mirando a contraluz. Su potencial alcohólico, a juzgar por la expresión de la señora Quaker era catastróficamente pobre.

—En realidad, veníamos para que el señor Quaker nos analizara un líquido —dijo Nancy—. No se preocupe demasiado por la bebida, gracias.

La conversación, si ésa no es una palabra demasiado grandilocuente para un cambio de impresiones, fue interrumpida bruscamente por una humeante lámina de formica. Surgió de la tienda como una exhalación y fue a estrellarse contra uno de los paneles del armario, al tiempo que tras ella aparecía el señor Quaker sofocado, quien

comenzó a aporrear los bordes del panel como si su vida dependiera de ello.

—Ya sé lo que he de hacer si esta vez no se endereza —dijo con tono pesimista. Su rostro era adecuado para expresar el pesimismo. Su escaso cabello, que dejaba generosamente descubierto su cuero cabelludo, parecía influir en sus facciones: su boca, su bigote, su nariz y sus ojos eran los más pequeños que uno puede imaginar. Todas esas facciones estaban congregadas en el centro de su rostro, en una expresión lóbrega que no quedaba mitigada con la presencia de Johnny y Nancy.

—¿Tú aquí? ¿Sigues liándote con mujeres casadas, un chaval como tú? Deberías estar aprendiendo un oficio, muchacho, como yo lo hice, y no perder el tiempo cantando pop y grabando discos. ¿Me puedes imaginar frente a un micrófono? ¿Puedes?

—No, no puedo —dijo la señora Quaker en tono afable, salpicando jerez—. Y no te metas con el pobre muchacho cuando acaba de llegar.

—¿Qué está usted haciendo, señor Quaker? —preguntó Nancy.

—¿Haciendo? Estoy chapando ese armario, eso es lo que estoy haciendo. Hoy en día nadie quiere esos muebles de nogal. No sé si usted tendrá vista para esas cosas, pero, si consigo pegar esas chapas, quedará estupendo. La cola es una mezcla mía.

—Veníamos por si podía analizarnos una cosa. Es un líquido —Nancy sacó una de las cápsulas de polianamina que había cogido cuando su hermana se había vuelto de espaldas.

—¿Qué es eso? ¿De dónde lo sacó? —los ojos del señor Quaker bizquearon cuando levantó la cápsula para contemplarla a la luz.

—No sabemos qué es, pero se llama polianamina y la encontré en el 10 de Downing Street.

El padre y la madre se miraron con suspicacia. Si algo lamentaban más que la relación de Johnny con Nancy, era la relación de Nancy con el Gobierno.

—Está bien, es inofensivo —dijo Nancy sonriendo—. Alguien había sugerido que el Primer Ministro tomara un poco para animarse, pero hacían tanto misterio en torno a ello que creí que debía saber de qué se trataba.

—¡Diez de Downing Street! —dijo el señor Quaker, en un tono que la prensa nos habría referido como susurrante. Seguía contemplando la cápsula a la altura de los ojos, y luego se dirigió hacia la tienda. Adelantándose a su salida, la lámina de chapado comenzó a despegarse del armario.

—Bueno, al menos contactamos con el mundo —dijo la señora Quaker—. ¡Diez de Downing Street! ¡Eso me gusta!

Sirvió más jerez y, durante el siguiente cuarto de hora, les entretuvo con una explicación detallada de las desventuras matrimoniales de su dentista. Pero Nancy estaba entretenida en pensar lo que, empleando las peores palabras, podría calificarse de nuevos y malos tiempos; durante toda su vida había disfrutado siendo perversa, y

no intentaba sentirse arrepentida de esa última perversidad que había cometido hacía unas horas; pero comprendía que, habiendo despechado a su hermana, Lady Elizabeth, sólo se había buscado problemas en el futuro... y además no sabía de qué manera habría afectado a Lady Elizabeth aquel café.

Se excusó y se deslizó a la trastienda de la farmacia para telefonar, y marcó el número de la línea privada del 10 de Downing Street.

Pasó un buen rato hasta que Tarver, muy inquieto, lograra hacer que se pusiera al aparato la no menos inquieta Lady Elizabeth.

—No puedo hablar contigo ahora, Nancy. Herbert se encuentra en un estado terrible.

—¿Muriendo?

—No, por desgracia nunca lo había visto más animado. No sé cómo, pero ha tomado la horrible droga llamada polianamina, y nadie puede...

—¿Tú estás bien?

—Claro que sí, pero estoy inquieta, Nancy, ¡muy inquieta! No puedo quedarme aquí hablando contigo. Herbert ka insultado a Molochev y, a menos que le presente una retractación completa mañana a las dos de la madrugada —seis de la madrugada en Moscú— van a declarar la guerra a Gran Bretaña.

—¡Elizabeth!

—¡El mundo se está volviendo loco! No puedo seguir hablando. Dios te bendiga, Nancy, ocurra lo que ocurra.

La línea quedó cortada.

Acababan de sonar las diez. Los bares estarían cerrando.

Con el rostro totalmente pálido, Nancy, con la mirada perdida, permaneció inmóvil en la oscuridad de la tienda. Lentamente colocó el auricular en su sitio. Y todavía pálida, volvió con paso lento a la sala de estar... donde se encontró con su marido. Lord Lyon-Bowater.

Acompañándolo, en pie junto al armario como un centinela junto a su garita, había un hombrecillo enfundado en una gabardina.

—Ahí la tiene, señor. Es ella —dijo aquel individuo a Lord Lyon Bowater.

—¿Cree usted que tengo alguna duda? Nancy, te hemos estado siguiendo: te vimos a través de la ventana. ¿Qué dices en tu defensa?

—¡Oh, Towin! —dijo rompiendo a llorar. Y mientras sollozaba, vio cómo Johnny intentaba echar a los intrusos; la manga de su chaqueta de satén claro asomó por el armario.

Cinco minutos después, Nancy había controlado sus nervios lo suficiente como para contar su aventura a un público perplejo, a su marido, al detective privado, a la señora Quaker, y a Johnny. Todos ellos escucharon sus explicaciones en silencio; la

señora Quaker fue la primera en hablar.

—¡Guerra! Entonces llega, por fin... ¡lo que nosotros, gente inocente, hemos estado temiendo desde la última! —exclamó la señora Quaker.

—Esta vez Inglaterra no tiene ninguna posibilidad —dijo el detective, agarrando su cinturón como para asustar a un enemigo invisible—. Va a ser el final de la mayor parte de nosotros.

—Tonterías —dijo Lord Lyon-Bowater, pero el comentario del detective había producido una estruendosa carcajada. Todos se volvieron para mirar cómo el señor Quaker entraba a trompicones por la puerta. Señaló a Nancy, agitando el dedo índice con alegría, con sus diminutas facciones concentradas en medio de la convulsa área de sus mejillas.

—Eso es lo más divertido que he oído en muchos años, Nancy. Verdaderamente divertido. No puedo recordar la última vez que me reí tatito. Nos hemos pasado años hablando de cuánto nos gustaría decirle a Molochev lo que pensamos de él; resulta increíble que haya sido el Primer Ministro quién finalmente se lo haya dicho. ¡Por todos los diablos, es realmente fantástico! Realmente... sólo se trata de unas cuantas bombas «H». ¡Viva la libertad de expresión!

Johnny lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—Vamos, padre, compórtate. No es una broma y tú lo sabes. Estás histérico.

—Oh, no, no estoy histérico, mi querido y divorciado joven. Sólo me he limitado a probar esa solución que tu hermosa acompañante me dio para analizar, y, créeme, es una verdadera cura para cualquier tipo de pena. —Y se abandonó a un ataque de risa. Johnny le abofeteó.

La risa cesó, pero el señor Quaker dijo amablemente:

—Has hecho eso porque eres un infeliz y estás asustado...

—Claro que estoy asustado...

Entretanto, Lord Lyon-Bowater había salido de su ensueño. Volvió a ponerse el sombrero, cogió el bastón y los guantes, y se echó su perilla hacia delante.

—No puedo permanecer aquí por más tiempo. Mi puesto está en el Ministerio del Aire. Todas las fuerzas defensivas del país deben ser movilizadas inmediatamente. Nancy, sería conveniente que vinieras conmigo. Pero Johnny Earthquake se adelantó.

—Si quiere defender el país, Sir, ahí tiene la solución ideal —dijo con excitación—. Eche esa droga sobre Rusia, sobre Moscú, y los tendrá a todos ellos más felices que grillos. Con eso salvaría a todo el mundo sin perjudicar a nadie.

—¡Oh, el chico ha tenido una buena idea! —exclamó su madre.

—¡Es una idea maravillosa! —exclamó Nancy—. ¿Qué te parece, Towin?

El Secretario de Estado de la Sección Aérea miró su reloj.

—¿Dónde podemos conseguir sustancia de ésta?

—Nos la puede proporcionar un hombre llamado Miller —dijo Nancy—. Vive...

bueno, según la etiqueta de su cajita, en la cárcel de Pentonville.

—¡Mark Miller! —exclamó Johnny—. Me lo presentaron ayer noche cuando actuábamos en Pentonville. Yo sé donde está su laboratorio. ¡Vamos! ¿Qué estamos esperando?

El Lord lo miró fijamente. Luego le cogió por el hombro en señal de asentimiento.

—¡Por San Jorge! ¿Por qué no? Johnny, muchacho, tienes razón. Tú y Nancy vais y reunís tanta droga como podáis y me la lleváis al Ministerio del Aire. Yo estaré comprobando que el misil tierra-aire esté listo. Podemos meter la solución en la punta y hacerla estallar sobre el Kremlin. ¡Adelante!

—¡Hasta ahora! —dijo Johnny, cogiendo la mano de Nancy; la arrastró hacia la puerta, despidiéndose de su madre con un gesto. El Lord y el detective, que seguía acompañándole, salieron inmediatamente después. En un minuto, el señor y la señora Quaker se habían quedado solos.

—¡Si al menos llegaran a tiempo! —dijo la señora Quaker. Le temblaban las manos. Se volvió decidida hacia el jerez.

—¡El viejo armario parece que ya haya recibido una bomba «H»! —dijo el señor Quaker. Y se echó a reír de nuevo.

Una semana después, Joseph Kennedson, Presidente de los Estados Unidos de América, hizo su histórica visita a Gran Bretaña. Durante sus dos días de estancia en Chequers, ella y Lady Elizabeth MacClesfield se sentaron en el Salón Verde para ver en la pantalla de un monitor cómo Sir Herbert, que estaba en la habitación contigua, mantenía un inenarrable intercambio de insultos, ante las cámaras de televisión, con Nikita Molochev en Moscú. El espectáculo tuvo un fallo parcial, pues hubo de ser interrumpido antes del final porque tanto Molochev como Sir Herbert se habían echado a reír de un modo que impedía continuar.

—¡Oh, qué maravilloso es esto! —exclamó Lady Elizabeth—. Ahora, Joseph, puedes comprender por qué se evitó la guerra. Desde el momento en que nuestro misil estalló sobre Moscú, los rusos han estado demasiado preocupados en ser felices como para pensar en la guerra.

—Lástima que ese joven Johnny Earthquake prendiera fuego al laboratorio de Miller, porque, al quedar destruidas todas las notas, nunca podremos volver a sintetizar polianamina.

Lady Elizabeth se echó a reír de nuevo.

—¿Qué importa? Funcionó. En Pentonville tuvieron una maravillosa hoguera.

El Primer Ministro entró. Sólo vestía camiseta y pantalón, y se estaba secando con una toalla.

—¡Uf! ¡Qué calor hacía debajo de esos reflectores! —exclamó, sonriendo al

Presidente—. Hablan de labores mal pagadas, ¿qué nos costó a los Torys?

—Estuviste estupendo, querido —dijo Lady Elizabeth riendo y besándole—. Tendrías que estar en Televisión.

—Ya pensaré en ello, cariño. Primero hemos de ver cómo van las elecciones, ¿verdad, Joseph?

Cuando los MacClesfields se hubieron desfogado, el Presidente dijo:

—Hay un punto de este asunto que me interesa. La felicidad es un estado muy deseable, aunque uno no haya tomado polianamina voluntariamente; es curioso, ¿verdad?

—Ninguno de nosotros quiere cambiar... sólo algún pequeño cambio...

—Quería decir que no sabía —en fin, el resto del mundo no sabe— si envidiarles o no.

El Primer Ministro alzó las cejas hacia su pelo ralo.

—Pronto lo sabrá.

—¿Qué quiere decir?

El Primer Ministro y su esposa se echaron a reír de nuevo.

—Desde luego que no ha podido oír hablar de ello... nosotros lo descubrimos ayer —dijo Lady Elizabeth—: los efectos de la polianamina no sólo son irreversibles: son contagiosos e infecciosos.

El Presidente se quedó perplejo mirando la boca abierta de Lady Elizabeth. Se rascó la cabeza y luego sonrió. Después, también él se echó a reír.

INFORME SOBRE EL PLANETA TRES

por Arthur C. Clarke

El siguiente documento, que la Comisión Arqueológica Interplanetaria acaba de descifrar, es uno de los más importantes descubiertos en Marte, y arroja mucha luz sobre el conocimiento científico y los procesos mentales de nuestros vecinos desaparecidos. Data de la última Era de Uranio (la Era final), de la civilización marciana, habiendo sido escrito poco más de mil años antes de Cristo.

La traducción puede considerarse bastante exacta, aunque se señalan fragmentos como simples conjeturas. Donde ha sido necesario, los términos y las unidades Marianas se han sustituido por sus equivalentes terrestres para facilitar la comprensión. — El traductor.

El reciente acercamiento del planeta Tierra ha hecho revivir las especulaciones acerca de la posibilidad de que exista vida sobre el astro que es nuestro vecino más próximo en el espacio. Esta cuestión ha sido debatida durante siglos sin resultados concluyentes. En los últimos años, no obstante, el desarrollo de nuevos instrumentos astrológicos nos ha proporcionado una información mucho más precisa acerca de los otros planetas. Aunque todavía no podemos confirmar o negar la existencia de vida terrestre, hoy día poseemos un conocimiento mucho más exacto de las condiciones existentes en la Tierra, y podemos apoyar nuestra discusión sobre firmes fundamentos científicos.

Una de las cosas que más nos atormentan de la Tierra, es que no podemos verla cuando más cerca la tenemos, porque entonces se encuentra entre nosotros y el Sol nos presenta su cara oscura. Hasta que no abandona esa posición y se encuentra a millones de kilómetros de nosotros, nos resulta totalmente imposible ver algo de su superficie iluminada. Entonces aparece sobre el telescopio en su luminoso cuarto creciente, con su singular luna gigante colgando junto a ella. El contraste entre el color de los dos astros es sorprendente: la Luna es de un color plateado puro y la Tierra es de un verde azul lado enfermizo. *(La fuerza exacta del adjetivo es incierta; en realidad ese adjetivo es insatisfactorio. Como alternativa se han sugerido los términos «horrible» y «virulento». —El traductor).*

Cuando la Tierra gira alrededor de su eje —su día es media hora más corto que el nuestro— surgen de la oscuridad distintas áreas del planeta y aparecen en la zona iluminada. Mediante observaciones sucesivas durante algunas semanas, pueden

construirse mapas de toda la superficie. Tales mapas han revelado el hecho asombroso de que *más de dos tercios de la superficie del planeta Tierra están cubiertos de líquido*.

A pesar de la violenta controversia, que se produjo durante varios siglos, relativa a este asunto, ya no existe duda alguna de que ese líquido es agua. Aunque hoy día resulta raro encontrar agua en Marte, tenemos evidencias de que, en un pasado remoto, gran parte de nuestro planeta estaba sumergido bajo vastas cantidades de ese peculiar compuesto; asimismo, resulta claro que la Tierra se halla en un estado de su evolución que corresponde al nuestro de hace varios billones de años. No podemos decir con exactitud qué profundidad tienen los océanos terrestres —para darles un nombre científico—, pero algunos astrónomos estiman que supera los trescientos metros.

El planeta tiene también una atmósfera mucho más abundante que la nuestra; los cálculos indican que al menos es diez veces más densa. Hasta hace muy poco, no teníamos medios para determinar la composición de la atmósfera, pero el espectroscopio ha resuelto el problema permitiendo descubrir datos sorprendentes. La espesa capa gaseosa que envuelve la Tierra contiene grandes cantidades del elemento llamado oxígeno, tóxico y muy reactivo, del cual apenas existen restos en nuestro aire. En la atmósfera de la Tierra hay cantidades considerables de nitrógeno y vapor de agua que forman espesas nubes, que a menudo permanecen durante muchos días oscureciendo amplias áreas del planeta.

La Tierra tiene una temperatura considerablemente más elevada que nuestro mundo, y ello se debe a que está un 25% más cerca del Sol que Marte. Las lecturas tomadas por termopares acoplados a nuestros telescopios de mayor alcance revelan temperaturas intolerables en su ecuador; no obstante, en latitudes alejadas de esa zona, las condiciones climáticas son mucho menos extremas, y la presencia de extensos casquetes de hielo en ambos polos indica que allí las temperaturas son bastante confortables. Esos casquetes de hielo polares nunca se funden por completo, al contrario de los nuestros, que funden en verano. Ello indica que deben tener un grosor enorme. Puesto que la Tierra es un planeta mayor que Marte (tiene el doble de diámetro), su gravedad es notablemente más fuerte... De hecho, no es menos de tres veces mayor; por consiguiente, un hombre de 85 kilos pesaría un cuarto de tonelada en la Tierra. Un índice tan alto de gravedad debe tener muchas e importantes consecuencias, aunque no podamos preverlas todas. No es posible que existan formas de vida voluminosas, pues serían aplastadas por su propio peso. No obstante, resulta un tanto paradójico que la Tierra tenga montañas mucho más altas de cuantas existen en Marte; probablemente sea ésta una nueva prueba de que se trata de un planeta joven y primitivo, cuya orografía original todavía no ha sido erosionada.

Considerando esos hechos probados, podemos pasar a sopesar las posibilidades

de vida en la Tierra. En principio hay, que decir que parecen escasas; sin embargo, dejémonos de prejuicios y preparémonos a aceptar incluso las posibilidades más inauditas, siempre y cuando no contradigan las leyes científicas.

La primera gran objeción a la vida terrestre —que muchos expertos consideran concluyente— es la atmósfera intensamente tóxica. La presencia de esas inmensas cantidades de oxígeno gaseoso plantea un grave problema científico, que estamos lejos de resolver. El oxígeno es tan reactivo que no puede existir normalmente en estado libre; en nuestro propio planeta, por ejemplo, está combinado con hierro para formar los hermosos desiertos rojos que cubren tanta superficie de nuestro mundo. La ausencia de esas áreas es lo que da a la Tierra su desagradable color verdoso.

En la Tierra se debe de estar produciendo algún proceso desconocido, pues que se liberan cantidades inmensas de ese gas. Algunos escritores especulativos han sugerido que las formas de vida terrestres pueden, en la actualidad, liberar oxígeno durante el curso de su metabolismo. Antes de desechar esta idea como demasiado fantástica, debemos considerar que varias formas primitivas, ya extinguidas, de la vegetación marciana hacían exactamente lo mismo. De todos modos, es muy difícil creer que en la Tierra existan plantas de este tipo en la enorme e inconcebible cantidad que sería necesaria para producir tanto oxígeno puro. (*Nosotros sabemos más cosas; naturalmente. Todo el oxígeno de la Tierra es un producto de la vegetación; la atmósfera original de nuestro planeta; como la de Marte en la actualidad, era de oxígeno puro.* —El traductor).

Incluso suponiendo que existen criaturas en la Tierra, y que esas criaturas pueden sobrevivir en una atmósfera tan tóxica y tan químicamente reactiva, la presencia de esas enormes cantidades de oxígeno comporta dos efectos más. El primero es bastante sutil, y ha sido recientemente descubierto en un trabajo de investigación teórica, que las observaciones han confirmado en su totalidad.

Sucede que, a gran altura de la atmósfera de la Tierra —de treinta a cuarenta y cinco kilómetros—, el oxígeno forma un gas conocido con el nombre de ozono, que contiene tres átomos de oxígeno, mientras que su molécula normal es de dos. Este gas, aunque existe en muy pequeñas cantidades bastante lejos del suelo terrestre, tiene un efecto de importancia capital sobre las condiciones del planeta. Bloquea casi por completo los rayos ultravioletas del Sol, impidiéndoles alcanzar la superficie de la Tierra.

Este solo hecho impediría la existencia sobre la Tierra de, las formas de vida que nosotros conocemos. Los rayos ultravioletas que emite el Sol y que alcanzan la superficie de Marte prácticamente intactos, son esenciales para nuestro bienestar y transmiten a nuestros cuerpos gran parte de su energía, Aunque pudiéramos resistir la corrosiva atmósfera de la Tierra, pronto pereceríamos debido a esa carencia de radiación vital.

El otro resultado de la alta concentración de oxígeno es todavía más catastrófico. Acarrea un fenómeno terrible, que afortunadamente sólo se conoce en el laboratorio, y que los científicos han bautizado como «fuego».

Muchas sustancias normales, cuando se sumergen en una atmósfera como la de la Tierra y se calientan a temperaturas muy modestas, inician una violenta y continuada reacción química que no cesa hasta que se han consumido totalmente. Durante el proceso se generan cantidades intolerables de luz y de calor, junto con nubes de gases nocivos. Quienes han presenciado este fenómeno bajo condiciones de control de laboratorio lo describen como algo que inspira pavor; es realmente una suerte que nunca pueda ocurrir en Marte.

Y eso debe ser bastante común en la Tierra, por lo que no es posible que exista ninguna forma de vida. La observación de la cara oscura de la Tierra ha revelado en repetidas ocasiones la presencia de áreas brillantes en las que el fuego avanza furioso; aunque algunos estudiosos optimistas del planeta han intentado explicar esos destellos como luces de ciudades, su teoría hay que desecharla. Las regiones incandescentes son demasiado variables; salvo raras excepciones tienen una vida corta y no están fijadas en un lugar preciso. *(Estas observaciones se debían sin duda a los incendios forestales y a los volcanes, estos últimos desconocidos en Marte. Es una trágica ironía de la fatalidad el que los astrónomos marcianos no hayan sobrevivido unos pocos miles de años más: hubieran visto las luces de las ciudades humanas. No hemos coincidido en el tiempo por menos de una millonésima parte de la edad de nuestros planetas. —El traductor).*

Su atmósfera densa y húmeda, su alta gravedad y su proximidad al Sol hacen de la Tierra un mundo de violentos extremos climáticos. Se han venido observando tormentas de increíble intensidad que azotaban vastas áreas del planeta, algunas de ellas acompañadas de espectaculares descargas eléctricas, fácilmente detectables mediante los sensibles radioreceptores instalados aquí en Marte. Es difícil creer que ninguna forma de vida pueda resistir esas convulsiones naturales, de las que rara vez se ve completamente libre el planeta.

Aunque la diferencia de temperaturas entre el invierno y el verano terrestres no es tan grande como en nuestro mundo, ello sólo representa una mínima compensación de otras desventajas. En Marte todas las formas de vida móviles pueden escapar fácilmente del invierno mediante la migración. No hay mares ni montañas que les corten el camino; —las pequeñas dimensiones de nuestro mundo comparado con la Tierra— y la mayor duración del año convierten esos cambios de estación en algo sencillo, que sólo exige una velocidad media de quince kilómetros al día. No tenemos ninguna necesidad de soportar el invierno, y pocas son las criaturas marcianas que se hallen dispuestas a hacerlo.

En la Tierra tiene que ser muy distinto. El gran tamaño del planeta, sumado a la

brevidad del año (que sólo dura seis de nuestros meses), indican que cualquier ser terrestre debería emigrar a una velocidad de cerca de setenta y cinco kilómetros al día para escapar de los rigores del invierno. E incluso pudiendo alcanzar esa velocidad (y la enorme fuerza de gravedad hace que ello sea inverosímil), las montañas y los océanos representarían barreras insuperables.

Algunos escritores de ciencia ficción han intentado superar esta dificultad sugiriendo que en la Tierra deben de haber evolucionado formas de vida capaces de desplazarse por el aire. Para apoyar tan descabellada idea, argumentan que la densa atmósfera haría relativamente fácil el volar; no obstante, olvidan el hecho de que la alta gravedad produciría exactamente el efecto contrario. La idea de animales voladores, aunque resulta muy atractiva, ningún biólogo competente puede tomarla en serio.

Más firme base tiene la teoría de que, si existe algún animal terrestre, debe de encontrarse en los extensos océanos que cubren tan gran parte del planeta. Se cree que la vida en nuestro propio planeta evolucionó originariamente en los antiguos mares marcianos; por tanto no hay nada de fantástico en esa idea. En los océanos, además, los animales de la Tierra no tendrían ya que luchar contra la gravedad de su planeta. Aunque nos resulta difícil imaginar criaturas que vivan en el agua, parece que los mares terráqueos pueden proporcionar un medio menos hostil que la tierra firme.

Muy recientemente esta interesante idea se ha visto reforzada por los trabajos de físicos y matemáticos. La Tierra, como es sabido por todos, sólo tiene una enorme luna, que constituye uno de los objetos más conspicuos del cielo. Es alrededor de doscientas veces mayor que nuestros dos satélites, y, aunque se encuentra a mucha mayor distancia, su atracción debe producir poderosos efectos sobre su planeta. En particular, lo que se conoce como «mareas» debe causar grandes movimientos en las aguas de los océanos terrestres, haciéndolos ascender y descender a muchos metros. El resultado es que todas las áreas de la Tierra lindantes con las aguas deben estar sujetas a dos inundaciones diarias; en tales condiciones es difícil creer que pueda existir criatura alguna ni en la tierra ni en el mar, puesto que ambos están en constante intercambio.

En resumen, nuestro vecino planeta Tierra es un mundo terrible de dureza y energías violentas, ciertamente no apto para ninguna de las formas de vida existentes hoy en Marte. Que pueda florecer algún tipo de vegetación bajo esa atmósfera lluviosa y ardiente, tormentosa y agitada, es bastante posible; de hecho, muchos de nuestros astrónomos dicen haber detectado cambios de color en ciertas áreas y lo atribuyen a variaciones de la vegetación debidas a cambios estacionales.

En lo referente a los animales, esto es pura especulación, pues todas las pruebas están contra su existencia. Si realmente existieran, habrían de ser extremadamente

fuertes y macizos para resistir la alta gravedad, y probablemente deberían poseer varios pares de patas siendo sólo capaces de desplazarse lentamente. Sus pesados cuerpos deberían estar cubiertos por gruesos caparazones protectores para defenderlos de los múltiples peligros que les acecharían, como las tormentas, el fuego y la atmósfera corrosiva. En vista de estos hechos, la cuestión de vida inteligente en la Tierra hay que descartarla. Hemos de resignarnos a pensar que somos los únicos seres racionales del sistema solar.

Aquellos románticos que todavía esperan una respuesta más optimista, sepan que el Planeta Tres pronto nos habrá revelado todos sus secretos. Los trabajos rutinarios sobre cohetes a propulsión han mostrado que es hartamente posible construir un aparato espacial capaz de salir de Marte y cruzar el golfo cósmico hacia nuestro misterioso vecino. Aunque su potente gravedad imposibilitaría un aterrizaje (excepto con vehículos robot controlados por radio), podríamos girar alrededor de la Tierra a poca altura y entonces observar cada detallé de su superficie desde poco más de una millonésima de nuestra distancia actual.

Ahora que, por fin, hemos conseguido liberar la ilimitada energía del núcleo atómico, pronto podremos emplear esa tremenda y nueva fuerza para salir de los límites de nuestro mundo familiar. La Tierra y su gigantesco satélite van a ser los primeros cuerpos celestes que nuestros exploradores inspeccionarán. Tras ellos...

(Desgraciadamente, el manuscrito termina aquí. El resto quedó carbonizado, según parece debido a la explosión termonuclear que destruyó la Biblioteca Imperial, junto con el resto de la Ciudad Oasis. Resulta una curiosa coincidencia que los misiles que acabaron con la civilización Marciana fueran lanzados en un momento clásico de la historia de la humanidad. Sesenta y cinco millones de kilómetros más allá, con armas mucho menos avanzadas, los griegos asaltaban Troya. — El traductor).

EL OJO DEL OBSERVADOR

por Lucy Rees

Una expedición espacial se halla en apuros en un planeta extraño. La nave ha sufrido una avería y sus ocupantes están aislados. Al menos eso parece. Pero cuando la bióloga Margie Somer llega con una nave de rescate, descubre que la situación es más grave de lo que parece a primera vista.

El director era uno de esos científicos pedantes cuyos modales exasperaban a Margie. Ella suspiró e insistió:

—La región ecuatorial es desértica, la zona central es templada y los polos son fríos, ¿no es así? Entonces, ¿por qué aterrizaron en el desierto?

—La mayor parte de la región templada, como la llama usted, no es suficientemente firme para soportar el peso de una nave como la Ariadne y, además, el suelo está cubierto de vegetación. Al intentar aterrizar en una zona marginal, la nave sufrió daños en los delicados instrumentos de navegación. El aterrizaje se llevó a cabo en un lugar llano, no lejos del borde, del desierto, lo cual permitía a los vehículos terrestres que llevaban a bordo a los llamados O. V. internarse en las zonas de vegetación y regresar con cierta facilidad.

—Comprendo. Y eso es lo que estaban haciendo Waters y Williams cuando desaparecieron.

—Eso es. Era el cuarto viaje que se realizaba, según el informe.

—Sí, todo parece claro. Sólo que, a veces, resulta difícil saber qué estaba ocurriendo si uno no ha seguido bien las cosas desde el principio.

—Hay copias de los primeros informes de inspección que puede usted revisar, si lo desea.

—Gracias; los leeré por el camino. —Menos mal, pensó. Esos informes técnicos me proporcionarán una idea más gráfica del lugar que toda esa vieja y pomposa cháchara.

—¿Eso es todo, Dra. Somers?

—Creo que sí; se lo agradezco. —Recogió sus papeles, se levantó y saludó agitando la mano.

—Que tenga suerte.

—Gracias.

Los castaños del parque comenzaban a florecer. Vaya día para abandonar la

Tierra, pensó... especialmente para ir a un desierto. Kilómetros y kilómetros de terreno estéril, abrazado por el sol. Y la nave aislada en la vasta extensión pedregosa, cercada por un anillo de fuego, y seres... hostiles.

Quizá fuese demasiado tarde para ayudarles...

No era demasiado tarde. Un mes después, Azan, su fogoso capitán, hizo descender la pequeña nave de rescate entre las llamas que rodeaban a la gran Ariadne.

Después de saludarse y felicitarse unos a otros, y hechas las oportunas presentaciones, se sentaron a trabajar.

—Me gustaría —comenzó Margie—, que ustedes, alguno de ustedes, me contara qué sucedió exactamente, he leído todos los informes, pero si ustedes me lo cuentan, seguro que recordarán algunos detalles más.

Los cinco se miraron entre sí; y luego la observaron a ella; Margie sintió que se derrumbaba su confianza en sí misma. Sus rostros estaban ojerosos debido a la tensión de las últimas semanas, y en la desesperanza reflejada en sus ojos y sus hombros encogidos ella notó las huellas de la angustia en que se hallaban sumidos. Habían sido seleccionados en su día, no sólo por sus conocimientos técnicos, sino también por su autodisciplina y adaptabilidad. ¿Qué podía hacer ella?

Como mínimo tenía que sustituir al biólogo desaparecido, y debía concentrar su actividad en el estudio de las voluminosas y posiblemente inteligentes criaturas, Pero también debía encargarse de elevar la moral en la Ariadne. Al pensar en ello se sintió desalentada.

Gerald Korner, el capitán de la Ariadne, empezó su relato:

—No tuve mucho que ver con el asunto, pero creo que, de todos modos, he de ser yo quién comience. Usted ya sabe cómo aterrizamos aquí en lugar de hacerlo más al norte. Durante todo el día siguiente estuvimos analizando la atmósfera y haciendo pruebas con ella. Es tan buena como aseguran los primeros informes de vuelos no tripulados, tan parecida a la de la Tierra como pudiera desearse. Más argón, menos nitrógeno, la presión atmosférica y la fuerza de la gravedad algo menores. Es, con mucho, la mejor que hemos encontrado para los colonos. Bien; Zingo y Pete (éste es Damiani y éste Hawkins) —dijo señalando un rostro moreno, con un gesto gracioso que les hizo sonreír a ella y a su pequeño compañero, que achinaba los ojos detrás de sus gafas—, se quedaron a cargo de la nave y los demás comenzamos a trabajar. Louis y yo salimos afuera con una de las O. V. y echamos una ojeada por los alrededores, y él y ella fueron hasta unas doscientas millas al norte, al día siguiente.

—Desierto —explicó Louis, que era un hombre delgado y calvo, cuya ancha frente ennoblecía su rostro sensible y comprensivo—, piedras, polvo, hasta donde podía alcanzar la vista en un ángulo de 180°. Recogimos muestras —añadió moviendo la cabeza con desaliento.

—Y los canales, Louis. Encontramos esos canales... ¡oh!, de unos quince pies de ancho y unos pocos de profundidad, con una especie de cristales triturados en su interior. Y agujeros, en algunos lugares, como minas o algo así. Entonces estábamos muy entusiasmados, ¿os acordáis?

Ella Thompson, navegante y técnico, miró a los hombres esperanzada, recordando el descubrimiento, pero dios se limitaron a mover la cabeza afirmativamente, sin conmoverse lo más mínimo por aquel destello de vivacidad, y Ella prosiguió:

—Los tomamos por indicios de vida inteligente, ¿comprende? —luego, también Ella quedó en silencio mirando al suelo.

Finalmente, Korner volvió a tomar, la palabra:

—Peggy y Dewi estaban verdaderamente entusiasmados por aquello. Peggy es —era— nuestra geóloga, y Dewi el biólogo. Fueron los siguientes en salir con el O. V. Ya hacía día y medio que habían partido, y nosotros casi nos estábamos volviendo locos. Si el refrigerador que iba a bordo del O. V...

—Trajeron gran cantidad de materiales, muestras de roca, cosas que parecían hojas y musgo, secos... —su voz se apagó, pero Louis se apresuró a continuar el relato.

—Habían salido en la misma dirección que nosotros, pero se alejaron más. Dijeron que no había peligro, que HO había nada que temer. Estaban muy... alegres. Habían hecho grandes descubrimientos. Se encerraron en el laboratorio principal y allí permanecieron bromeando y riendo durante todo el día y toda la noche. Eran muy jóvenes y aquél había sido el primer viaje para ambos.

»Cuando salieron del laboratorio, se comportaban como si estuvieran guardando un secreto. Dijeron que tenían algo maravilloso que contarnos, pero que necesitaban esclarecer un par de cosas. Necesitaban hacer otra salida en O. V. Se les recordó que habían causado demasiados problemas, que debían transmitir informes por radio a cada hora e indicar su posición. Podían partir al amanecer y debían estar de vuelta al anochecer. Y salieron.

»Iban informando. Todo iba bien. Llegaron hasta la orilla del gran pantano y tomaron muestras de vegetación. Dijeron que querían ir más lejos pero que no iban a hacerlo para no ocasionarnos más preocupaciones. Estaban bromeando. —Louis volvió a encogerse de hombros, descorazonado—. Iniciaron el regreso y llegaron hasta la mitad del trayecto. En ese momento, cesaron los informes.

»Naturalmente, nos llevó algún tiempo comprender que realmente se habían desviado. En cualquier caso, sólo estaban a un par de horas de la nave, y creímos que tal vez nos estaban gastando otra broma.

—Eran muy divertidos, estaban muy compenetrados —intervino Zingo, juntando los pulgares de sus manos en un gesto expresivo.

—No había nada entre ellos —espetó Korner llanamente. Margie quedó

sorprendida por el repentino tono de autoridad en la voz del capitán. Zingo permaneció impertérrito.

—En todo caso —terció Louis, casi precipitadamente—, justo después del anochecer, comprendimos finalmente que algo andaba mal. Gerald y yo cogimos el otro O. V., el pequeño, y salimos en dirección al lugar desde el que habíamos recibido la última comunicación. Pero se levantó viento, como ocurre a veces por la noche, y, aunque buscamos durante varias horas, no pudimos ver nada, ni siquiera sus huellas, debido a la oscuridad, a la arena y al viento. Finalmente, regresamos. Era muy tarde. Dormimos unas horas y, luego, al amanecer, reemprendimos la búsqueda. El viento no soplaba con tanta fuerza, pero hacía un calor sofocante. Por fin, encontramos rastro de ellos. Su O. V. tenía tacos en las ruedas y, aunque no lográbamos ver ninguna señal, podíamos seguir las huellas de los tacos sobre las rocas. Se habían dirigido en línea recta hacia nosotros a lo largo de varios kilómetros desde el lugar en el que comunicaron por última vez, y después habían virado hacia la izquierda y habían avanzado algo menos de un kilómetro. Después, nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada. Créame que buscamos concienzudamente. Habían desaparecido. —Louis hizo una pausa y se pasó la mano por el rostro—. Estuvimos buscando por los alrededores hasta la noche. Entonces decidimos regresar.

—Ellos, naturalmente, no sabían que habíamos encontrado el... bicho. —Ella siguió con la narración—. Estaba en el garaje..., bueno, llamamos así a la zona que hay debajo de la nave. Allí tenemos un taller y un garaje: Después de que partieran en el O. V. lo encontramos justamente detrás de donde había estado aparcado. Debió de haberse colado dentro por la noche.

—¿Quién lo encontró?

—Zingo y yo. Prácticamente tropecé con ello. Cuando descubrimos lo que era, creímos que lo mejor sería entrarlo. Llamamos a Pete y lo llevaron al laboratorio principal. Parecía muerto, o, por lo menos, como si estuviera intoxicado por los gases del O. V. o algo así. Era mucho más pesado de lo que hubiera podido pensarse por su tamaño.

—¿Cuál fue su primera reacción al verlo?

Ella había estado contándolo todo desapasionadamente, pero, al reconsiderar la pregunta, su rostro se contrajo y sus ojos empequeñecieron.

—Era asqueroso. Diabólico.

Margie se sorprendió por la vehemencia con que la mujer había pronunciado esas palabras.

—¡Demonios! —imagine un cruce entre una medusa de metal, una araña gigante y un sapo, todo ello envuelto... dentro de una hedionda masa sólida con cerca de una docena de patas y unas horribles garras. Asqueroso, realmente nauseabundo. Y todas

aquellas luces de feria rodeándolo, como una broma pesada—. ¡Ah! —exclamó, agitando la mano—. Desde el momento en que lo vi, comprendí que era un ser diabólico.

—Yo no —dijo Pete Hawkins, interviniendo por primera vez. Hablaba en un inglés muy formal—. Creo que era más bien intrigante. No se podía determinar cuál era su parte delantera y cuál la trasera. Tenía, en la parte superior de cada miembro un cardán capaz de moverse en todas las direcciones. Muy ingenioso. Ésa fue mi primera impresión.

—Sí, y la mía —dijo Zingo—. Hasta que me agarró. Lo colocamos sobre una mesita, con todas las patas colgando. Todos lo mirábamos —tenía esa piel brillante, como de metal viviente—. Tomamos un café mientras pensábamos qué íbamos a hacer y, entonces, abrió los ojos y nos miró fijamente. De repente, sus luces comenzaron a encenderse y apagarse muy de prisa, como fuegos artificiales. Creo que me acerqué demasiado, porque lo siguiente que recuerdo es que me había arrancado un buen pedazo de mi pierna —pateó fuertemente al suelo con su pierna izquierda—. Salí rápidamente de allí, porque estaba sangrando mucho, y los demás hicieron lo mismo.

—Después de curar a Zingo, Pete y yo volvimos —continuó Ella—. Podíamos oírlo revoloteando dentro del laboratorio, golpeándolo todo. Debió derribar la mesa y caer al suelo. No queríamos entrar por temor a que nos atacara, y nos limitamos a contemplarlo a través del panel de observación. Parecía no poder andar. Quizás estaba enfermo, o tal vez no deseaba realmente andar. Simplemente, no lo lograba. A cada instante tiraba algo al suelo —una silla o cualquier cosa— y luego se limitaba a quitárselo de en medio. Seguía emitiendo destellos de luz como un loco. Entonces, se detuvo un instante y se tendió tranquilamente. No actuaba en absoluto como un ser inteligente. Nos figuramos que lo iba a romper todo en poco tiempo y, por consiguiente, teníamos que sacarlo de allí de alguna manera. Entonces rodó y quedó con la espalda sobre el suelo. No parecía capaz de levantarse, sólo yacía allí como un abejorro con las patas al aire. Pete pensó que podría echarle una manta encima y llevarlo al laboratorio pequeño que estaba vacío. Y así lo hizo. Yo no me acerqué. Desde el primer momento aquello me había asustado.

Todos movieron la cabeza afirmativamente, con tristeza y solemnidad, y Margie pensó cuán compenetrados estaban unos con otros. Naturalmente habían sido elegidos por su compatibilidad. Pero su silencioso consenso armónico le recordaba un coro griego, con su predicción de inevitable fatalidad.

—Capitán Korner, usted tuvo problemas cuando regresaba, ¿no? —preguntó Margie, para que continuaran su explicación.

—Entonces fue cuando comprendimos... —declaró el capitán—. Cuando nos acercábamos a la nave, vimos un grupo de ellos —sólo de los grandes— rondando

alrededor de la base. Ya era totalmente oscuro y podíamos verlos emitiendo relámpagos, al parecer dirigidos de unos a otros. Sólo pudimos ver sus grandes y oscuros pilotos iluminarse a cada destello. Creímos que se estaban «hablando». Se nos acercaron en grupo. Louis conducía. Nunca había visto conducir un O. V. de aquel modo. Esos bichos pueden desplazarse, íbamos a más de cincuenta cuando se nos aparecieron, aproximándose hacia nosotros. Entonces tuvimos que dar un rodeo un poco más despacio para evitarlos. No podíamos saber cuántos eran; debía de haber miles de ellos en la oscuridad. Conectamos por radio con la nave, pero ellos no pudieron ver nada por los alrededores; en consecuencia, retrocedimos con las luces apagadas. Pero aquellos bichos debían ser capaces de detectar vibraciones, porque nos localizaron nuevamente y tuvimos que salir a escape para zafarnos de ellos. —Korner estaba cerrando los puños con fuerza y, de vez en cuando, se retorció los dedos—. No sabíamos si eran los mismos o se trataba de otro grupo. Intenté disparar sobre ellos —teníamos un par de armas en el O. V.—, pero creo que no logré acertar. No se les podía distinguir con precisión; sólo eran débiles formas que habían surgido del desierto y se habían desvanecido de nuevo en él.

»Esta vez dimos un rodeo mayor e hicimos algunas maniobras para despistarlos, y luego nos dirigimos hacia la nave. Abrí la puerta del garaje y Louis introdujo el O. V.; cuando me volví para bajar la puerta me di cuenta de que uno de ellos se había colado dentro con nosotros. Louis había apagado las luces y yo le grité que las volviera a encender, pero era demasiado tarde. Aquella cosa se arrastró directamente hacia nosotros —yo estaba intentando volver a sacar el arma— y se irguió por encima de nuestras cabezas. Esos grandes son de buen tamaño; deben medir unos dos metros de altura y unos tres de anchura, y aquél se nos estaba echando encima para aplastarnos a los dos. Apunté mi arma a su panza y disparé. Toda su sangre y sus intestinos se derramaron sobre nosotros. Es una cosa inmundada: ácida, creo. Tanto Louis como yo tuvimos que recuperarnos de quemaduras durante varios días. De todos modos, estábamos vivos. Pero aquella sustancia destruyó el equipo de recambio de la nave, que estaba en el suelo del taller. —Hizo una pequeña pausa, intentando recordar.

—Disculpe, Dra. Somers, ahora tengo que efectuar unas comprobaciones rutinarias, si es tan amable de excusarme... Los demás pueden contarle el resto; yo no tuve mucho que ver con todo ello.

—Gracias, capitán. —Margie le dirigió una sonrisa, y él se marchó. Su partida pareció incomodar a los demás, como si hubieran surgido más problemas. Finalmente, Louis rompió el silencio.

—Dra. Somers...

—Preferiría que me llamaran Margie; ayudará a que nos entendamos mejor. Siento que tengan que recordar todo esto. Me hago cargo de todo lo que han pasado. Pero ya me han dado ustedes muchos más datos que sus informes.

—Seguramente usted no creerá que un juego de indios y vaqueros con una banda de bichos grandullones iba a trastornar hasta tal extremo a un hombre como Korner, ¿verdad? Mire, en nuestra pequeña sociedad no nos gusta hablar de nadie a sus espaldas, ni discutir sus problemas. Pero ésta, opino, es una excepción. No creo que en nuestros informes se mencionara para nada que Peggy Waters —que, por otra parte, era una chica extremadamente bella, atractiva y agradable— era hija de Korner. La muchacha había decidido conservar el apellido de su madre, Waters. Sólo vino a esta expedición porque se suponía que iba a ser relativamente segura, lo que horroriza a Gerald no es el sufrimiento que le espera —no es de esa clase de hombres, o no estaría aquí— sino el sufrimiento de ella en los momentos de su muerte. Atrapada y aplastada hasta morir por aquellos monstruos. Y, naturalmente, se siente responsable.

Ahora era Margie la única que estaba turbada y silenciosa, y Zingo, gentilmente, prosiguió la narración.

—Metimos al grande en la cámara frigorífica, y si usted quiere puede verlo. Los grandes son de distinto tipo que los pequeños o, al menos, así lo creemos. Cuanto más grandes, más aerodinámica es su forma —éstos son elipsoidales, no redondos— y más fuertes tienen las patas. Son de color azul metálico en lugar de oscuros. Pero tienen el mismo número de patas y los ojos iguales. La superficie superior también es diferente, algo rugosa en vez de lisa. Quizá viven en sitios distintos.

»Bien, tuvimos en observación a nuestro animal pequeño. Parecía un poco loco. Debía de estar enfermo, en todo caso. Nunca consiguió andar, y nunca comió. Le dimos cuanto logramos encontrar. Él se limitaba a aplastarlo todo, hasta que la habitación pareció un estercolero. Lo tiene en sus informes. Descubrimos que le gustaba el calor, pues solía tumbarse boca arriba debajo de la lámpara, hasta que también acabó con ella y tuvimos que ponerle una lámpara eléctrica. Se mostraba más activo durante la noche; lo revolvía todo y no cesaba de relampaguear. Pete y yo nos devanamos los sesos intentando averiguar en qué consistía el sistema de relampagueo. Tomamos rollos y más rollos de película y la pasamos a la computadora para que la analizara. De todas las maneras posibles. —Él extendió sus manos abiertas—. El tipo no decía nada inteligible.

—Nada, ninguna correlación, según dice el informe —interrumpió Margie—. Así es. ¿Verdad, Pete?

Pete dijo:

—No puede estar equivocado, me temo. Intentamos todos los análisis posibles, incluyendo la posición de las unidades activas, medición de las pulsaciones y longitud de onda de la luz. Combinaciones y permutaciones de toda índole. No apareció absolutamente nada. Es un sistema de comunicación perfecto, particularmente para un animal nocturno. Dudo que nos pudiera pasar inadvertido algún modelo si hubiese existido, aunque es difícil creer que no lo haya.

—Me parece que ustedes creen demasiado inteligente a esa cosa —dijo Margie pensativa—. Imaginen a un marciano que descubre un pinzón cantando: debería pensar que el pájaro está diciendo algo muy complejo. Y no es así. Los pulpos podrían emitir sonidos con sus brazos, pero no lo hacen. Hay que tener el intelecto y la voluntad, así como el sistema adecuado, para comunicarse a ese nivel tan refinado en que está pensando. ¿Ha intentado lanzarle luces intermitentes?

—¡Oh, sí! Contestaba muy contento. Todo es pura casualidad. Podía ser que estuviera mirando a través de la ventana y que, cuando veía algunos de sus congéneres afuera relampagueando, les respondiera. Todo es un absurdo. Encontramos una minúscula correlación con el estado de humor, o al menos eso creímos, pero no reparamos en ella hasta bastante más tarde —hasta entonces habíamos estado analizando sobre modelos repetitivos—. Descubrimos que tendía a emitir una pulsación roja, lenta y débil por la noche, después de haber estado bajo el fuego, y lanzaba unos destellos más rápidos y brillantes, especialmente complicados, cuando se acercaba el amanecer. Durante el día apenas reaccionaba. Pero murió poco después de que nos percatáramos de esto. Lo siento, no llegamos muy lejos. Pero no somos biólogos... yo no sé nada de animales; por tanto, lo traté como una caja cerrada. La mayor parte del tiempo estábamos ocupados en las tareas de la nave: sólo podíamos dedicarnos a él cuando teníamos algunos ratos libres.

—Me parece que hizo usted mucho. Usted y Zingo, al parecer, no encuentran esa cosa tan repulsiva como los demás.

—Desde el punto de vista del diseño, nosotros estábamos fascinados. No pensé mucho en él en otros aspectos. Después de todo, aquella cosa resultaba peligrosa. Rompía casi todo lo que estaba a su alcance, pero si nos acercábamos a él hacía un esfuerzo aparentemente deliberado para clavarnos sus garras. Parecía uno de los pocos actos intencionales y no gratuitos que realizaba —Pete miró orgulloso a través de sus gafas.

—Eso es interesante. No lo puso en su informe.

—No, porque sólo se trata de unas cuantas ideas, y, además, son probablemente equivocadas: Quiero decir que el animal estaba enfermo, y son observaciones sobre y un solo ejemplar. Ahora, por cierto, también está en la Cámara frigorífica.

—Sí, luego le echaré una ojeada. Pero entonces, los otros comenzaron a venir más a menudo y en mayor número, por esas fechas, ¿no?

—Siempre hubo varios rondando, por la noche —dijo Ella con desdén—. Entonces parecían mejor organizados. Eran más... digamos unos diez o veinte, que marchaban en filas, o iban y venían en la noche. Al principio se subían uno encima de otro, y el que estaba en lo alto se agarraba a la ventana y nos lanzaba destellos. —Se estremeció, mirando a la ventana. Afuera, comenzaba a oscurecer, dejando una luz más tolerable, y Margie pudo ver entonces los fuegos que les rodeaban: un sólido

muro de llamas de quizá treinta metros de altura, y sólo unos cientos de metros más allá.

—Nos persiguen. Nos atormentan bailando ahí fuera cada noche. Estoy segura de que se mofaban de nosotros.

»No podíamos salir: nos hubieran atacado. No nos podíamos marchar, porque Pete y Zingo no podían arreglar la nave: los recambios habían quedado destruidos cuando ese bicho enorme quiso acabar con Louis y Korner en el taller. De todos modos difícilmente hubieran podido bajar ahí, porque los bichos entraron en él una noche. Les oímos moviendo materiales, pero por la mañana ya se habían ido. El lugar era una escombrera. Gerald intentó matar a uno de ellos a modo de aviso, pero cree que sólo lo hirió. Yo pienso que no debió hacer eso. Primero pareció que aquello los había alejado, pero luego atacaron de nuevo. Eran más numerosos y mostraban un salvajismo más persistente. Cada tarde estaban ahí, rondando y bailando, y nosotros no podíamos hacer otra cosa que mirarlos, mirarlos, mirarlos.

»Fue entonces cuando... ¡oh, Dios, fue horrible...! —Su voz se ahogó en un gemido sordo y hundió la cara entre las manos.

Louis se le acercó y la asió cariñosamente por el hombro. Él habló con voz monótona y desesperanzada.

—Trajeron el cuerpo de Dewi. Se pusieron a bailar con él frente a nosotros, sujetándolo por las manos y haciendo balancear sus piernas como si fuera un pelele. Lo hacían ondear hacia nosotros. Yo creo que eso fue lo que más nos desmoralizó. Gerald se encerraba en su habitación, noche tras noche, y no quería hablar con nosotros. Parecía un anciano. Casi peor que la evidencia del pobre Dewin exhibido por aquellos seres era el temor de que también trajeran el cuerpo de Peggy. Estábamos obsesionados por la posibilidad de que aquello llegase a ocurrir. Nos torturábamos a nosotros mismos contemplando aquel espectáculo grotesco. Usted no puede imaginárselo... Usted no puede comprender que no teníamos manera de saber si nuestro mensaje había llegado a su destino —las interferencias son terribles aquí— o si estábamos atrapados en esta pesadilla, en este mundo dejado de la mano de Dios, hasta que acabáramos por volvernos locos. O por morir de hambre. Se nos hacía imposible hablar con propiedad, éramos incapaces de tomar ninguna cosa con interés. Estábamos esperando nuestro espectáculo de horror de cada noche, de un modo compulsivo y llenos de pavor.

Louis guardó silencio. Sus rostros eran grisáceos; no se movían. Margie comenzó a sentir que ellos estaban esperando que los salvara de algún modo y los perdonara. Buscó palabras en su mente; parecía no haber ninguna.

—Duró una semana, creo —dijo Louis finalmente—, y luego comenzaron con el fuego. Ahora ya hace seis semanas que continúa esto. No sé con qué propósito lo harán. Tal vez quieran ahuyentarnos lejos de su mundo tras haber fracasado en el

intento de aniquilarnos o de espantarnos para que nos alejáramos de aquí. Pero, nos hubiéramos ido... si hubiésemos podido hacerlo.

»Ahora no vienen mucho. Rondan un poco cada noche, observando cómo van las cosas, quizá. —Se dirigió hacia la ventana y, Margie lo siguió.

Ya era de noche, pero las gigantescas llamas arrojaban una luz resplandeciente y diabólica sobre su recinto. La pequeña nave en la que habían llegado Margie, Azan y los repuestos estaba muy cerca y, entre las sombras que jugueteaban al pie de la misma, Margie creyó ver una figura. No, era sólo su imaginación. Pero, allá, otra vez, seguro que algo se había movido. Ella intentó abrir más sus ojos, pero no pudo distinguir nada con, claridad. Louis tocó su brazo.

—Allí, ¿ve usted? Justo a la derecha de la rampa de salida. Dos de ellos.

Y entonces los vio, con sus figuras oscuras moviéndose alrededor de la base de la pequeña nave como grandes insectos. A cada instante se producían pequeños destellos de luces de colores que provenían de uno o del otro. Se movían más allá de la nave y, alineados codo a codo, comenzaron a emitir destellos al unísono, mucho más vigorosamente. De súbito, aparecieron cuatro figuras oscuras por la derecha y se precipitaron hacia los dos primeros. Al llegar a la zona iluminada por el rayo de luz que provenía de la ventana de la nave, se detuvieron, giraron y se desplazaron juntos. Sus luces se encendían y apagaban mientras ellos se movían en círculo lentamente, como si estuvieran ejecutando alguna especie de danza. Sus cuerpos eran de forma elipsoidal, tanto por arriba como por los lados. La superficie superior era de un color azul metálico, que relucía y brillaba al recibir la luz. Del borde del cuerpo provenían los multicolores relampagueos, y del mismo lugar brotaban las patas. La parte baja del cuerpo y las patas eran de color oscuro; por eso aquellos seres parecían figuras abovedadas de hierro iridiscente y brillante. Del centro de la superficie superior sobresalía una gran protuberancia oscura, con el par de ojos, que parecía capaz de asomarse o retraerse dentro de la brillante bóveda. Mientras se movían mansamente, balanceándose, relampagueando y bailando, Margie vio cuán hermosos eran. Louis debió adivinar su pensamiento, porque dijo:

—Los tigres también son hermosos, Margie.

Ella asintió, invadida por la tristeza de Louis. «No puedo... —pensó—. Debo sacudirme esta tristeza de encima».

—Pete —preguntó—, ¿alguna vez ha filmado a éstos y ha intentado analizar sus señales? Parecen estar hablando, ¿verdad?

Pete se acercó a la ventana.

—Sí, eso es lo irritante. No lo hemos intentado porque teníamos relaciones más completas del pequeño. Pero, si quiere, puedo hacerlo. —Llamó a Zingo y fueron en busca de la cámara.

Louis dijo:

—Le mostraré los que tenemos en el congelador.

Ella trabajó durante toda la noche, diseccionando y separando. El grande estaba bastante estropeado: la mitad del vientre había quedado destruida por el disparo, pero quedaba lo suficiente para ver que allí había habido dos áreas debajo. La zona central era oscura y blanda, rodeada a intervalos de bolsas cerradas y alargadas, doce, según calculó ella. Las bolsas y la zona periférica estaban claramente protegidas por algún tipo de exoesqueleto, lo mismo que las múltiples patas. Éstas terminaban en una blanda y escamosa almohadilla y un par de pequeñas protuberancias, pero no en garras. En la base de las patas, donde se unían con el cuerpo, estaba el cardán que tanto admiraba Pete. Entre las articulaciones se hallaban las unidades emisoras de luz: bombillas hemisféricas y oscuras, dos entre cada par de patas. La dura superficie superior del cuerpo estaba recubierta por una serie de surcos en espiral y en remolino. Ahora, la superficie estaba pálida, aunque seguía siendo iridiscente, sin el color que evidentemente procedía de los plexos sanguíneos emplazados debajo de ella, suponiendo que el líquido azul y ácido que se había vertido en el suelo fuese efectivamente algún tipo de sangre. La gran protuberancia, que contenía los ojos, estaba retraída dentro de su oquedad, cubierta por una piel rugosa. Margie diseccionó y tomó notas, y se sorprendió al encontrar que allí no parecía existir sistema digestivo, ni tampoco ninguna abertura externa del cuerpo. Pero, seguramente, debían excretar. Tal vez para ello estaba el poro central de la superficie inferior. Todavía no había estudiado el «bicho» pequeño, que tenía sus patas retorcidas debajo de su cuerpo, cuando entró Zingo con una taza de café.

—¿Desayuno? —preguntó él—. ¿No quiere dormir? ¿Cómo van las investigaciones?

—Así, así —respondió ella cansada, secándose las manos—. Gracias; estupendo café. Creo que ya estoy a punto de descubrirlo. ¿Cuánto falta para que nos vayamos?

—Oh, todavía hay para algún tiempo. Dos o tres días, tal vez cuatro. Es duro el trabajo. Oiga, ¿qué comen esas cosas?

Ella rió.

—Todavía no lo sé realmente, pero creo que esos bichos son algo así como plantas; sintetizan su alimento. Ahí arriba. Todavía no he mirado al pequeño. ¿Querría usted ayudarme a ponerlo sobre la mesa? Tenemos que descongelarlo ahora mismo.

Zingo se inclinó para cogerlo y, mientras lo levantaba para colocarlo sobre la mesa de operaciones, gruñó:

—O me estoy debilitando, o estas cosas se están volviendo más pesadas. La parte alta de éste no es igual, mire.

Ella acercó la lámpara a la mesa y pasó su mano por la lisa superficie azul.

—No... Oh, no sé, mire: junto a los bordes hay una región que es igual, con esos surcos. Aunque no mucho. Está boca arriba, ¿verdad? Después de todo, quizá no comió. Tal vez murió de inanición.

—¿Cómo funcionan esas luces?

—No estoy segura de ello si antes no hago más investigaciones. Debe ser algo parecido al principio de la fosforescencia en la Tierra. Muchas criaturas que viven en el fondo de los mares tienen luces... Debe haber un filtro sobre la parte superior del foco luminoso, un filtro que puede ser inundado con pigmentos de diferentes colores.

Ambos se inclinaron sobre la criatura, y Zingo le dio la vuelta para mostrar a Margie sus garras: en cada pata tenía dos de ellas, de diez centímetros de longitud y de aspecto cruel. Finalmente, ella se enderezó, friccionándose la espalda.

—Oiga, usted necesita un descanso. Venga, desayune.

—Usted gana —dijo ella sonriendo.

Zingo regresó junto a ella al cabo de media hora, para volver a dar la vuelta a la bestia. Sus patas colgaban a un lado y dejaban al descubierto su blando y oscuro vientre.

—Así es como solía tumbarse bajo el fuego —dijo Zingo—. Pobre criatura.

Ella frotó la blanda piel con cuidado, pensativa.

—Eso es igual que lo que había en el vientre del grande, dentro del anillo de bolsas... Oh, no, *Zingo*, ¿sabe qué es? *Es* un bebé. Mire, las garras penetran en esas bolsas. Ella lo llevaba así, quizá lo alimentaba... esta piel especializada de en medio... Debe haber estado buscándolo.

Zingo estaba moviendo la cabeza, asombrado.

—Quiere decir que todo ese parloteo... y todo ese alboroto, tirando cosas por todas partes... y no podía andar...

Se miraron el uno al otro y se echaron a reír; la situación parecía cada vez más divertida, hasta que ya no podían parar. Justamente entonces entró Pete apresuradamente y blandiendo algo.

—Oh, Dra. Somers, lo siento...

—Adelante —dijo débilmente, secándose los ojos.

—Tiene usted razón; después de todo, hay un modelo en las señales de luz. Los resultados de anoche. Mire aquí: algunas secuencias se repiten claramente. Si se analiza en pequeños bloques pueden descubrirse ciertas repeticiones; y, luego, éstas se repiten en grandes bloques —palabras o frases— que aparecen una y otra vez. En otras palabras, lo que usted esperaba: un verdadero lenguaje. —Calló, desconcertado, porque Zingo había comenzado a reír de nuevo.

—Pete, no puedes hacerte una idea... Margie, dígaselo.

Ella se lo explicó, le enseñó los ejemplares y, para su satisfacción, le mostró la

masa encefálica del adulto, protegida y soportada por un esqueleto central interno. Cuando ella pasaba suavemente su mano por la blanda parte descubierta de la criatura, Zingo agarró de repente su brazo y lo apartó. Su rostro había perdido cualquier rastro de risa, y miraba fijamente la cosa.

—Usted... él... eso... —dijo, señalando. Muy débilmente, uno de los pilotos se encendió y emitió un brillo apenas visible.

Louis fue a verla dos días más tarde; ella estaba sentada en su litera, observando al bebé que intentaba bambolearse.

—Hola —dijo él—, la vemos tan poco, yo... —de pronto quedó interrumpido mirando a aquello en el suelo—. No debería tener esa cosa suelta por ahí; usted no se da cuenta de lo peligroso que es. ¿Cómo pudo Zingo...?

—Zingo le recortó las garras, si es eso lo que le preocupa —dijo ella sonriendo—. Me enfurecí con él, pero así estoy un poco más segura.

—De todos modos no me gusta eso.

—Pobre chico, a nadie parece gustarle. Pero ahora es suficientemente inofensivo. Aunque parece que le esté ocurriendo alguna cosa. Creo que está sufriendo alguna especie de metamorfosis. Lo ve, se está volviendo más oval, y su parte superior se está tornando más arrugada y con aspecto metálico. Parece que pasa menos rato boca arriba bajo el fuego, y más tiempo sentado debajo de él.

—¿Es eso lo que come? —preguntó Louis.

—Eso parece. Debe ser un proceso muy singular. De alguna manera, el calor debe activar alguna reacción química cuyos productos pueden ser almacenados y después descompuestos para liberar energía. Una especie de fotosíntesis. Pero deben tener necesidades minerales también. No quiere estar al calor todo el tiempo; sólo necesita «comidas» de calor. Mira, está andando. A este paso, mañana será capaz de correr y, en pocos días...

—Partiremos pasado mañana —anunció Louis—. Al mediodía. Nos lo acaba de comunicar Gerald.

—¿Ya? Oh, esperaba trabajar mucho más antes de irnos.

—Pete está filmando para usted ahora; afuera hay mucha actividad. En cuanto a eso, puede usted guardarlo en la cámara frigorífica. Es una lástima que las muestras de vegetación hayan sido destruidas.

—Louis, no voy a matarlo, si es eso lo que quiere decir. Por lo menos puedo soltarlo, puedo dejarlo ir. Pero... ¿no cree que Gerald nos dejaría quedarnos unos días más?

—¿Gerald? No, no lo creo. Ya vamos retrasados, y parece como si fuera a producirse otro huracán en dos días. Si nos alcanzan esas llamas... —Se encogió de hombros y abrió las manos; era un típico gesto de tristeza en Louis—. Además, no

querrá.

—¿Está mejor? Quiero decir, ¿sigue tan deprimido?

Louis la miró con viveza.

—Es perfectamente competente. Gerald seguiría siendo competente en cualquier circunstancia. Nunca ha sido un hombre muy sociable. Es un hombre duro. Siente profundamente su responsabilidad. Peggy no hubiera venido aquí si él no lo hubiese permitido; y ahora debe estar muerta. No se puede perdonar ese error, pero no va a permitir que los remordimientos lo corroan... ¿Esa cosa va hacia usted directamente?

—Sí, si doy golpecitos con el pie en el suelo. Mire: ¡hola, chiquito! Si le acaricio la espalda enciende una luz roja. Creo que eso es una señal de placer, como el ronroneo del gato.

Louis se puso en pie, disgustado.

—Tal vez le gustaría ver lo que están haciendo los grandes. Creemos que están proyectando destruir su nave.

Las llamas, aquella noche, parecían más altas, más amenazadoras. Bajo su resplandor se podía ver a aquellos seres rondando precipitadamente alrededor de las dos naves. Aquella noche había muchos; algunos estaban atareados alrededor de la base de la pequeña nave, otros estaban alineados contra las llamas, mientras que un tercer grupo formaba un círculo alrededor de la Ariadne. Corrían dando la vuelta a la nave, lanzando destellos y, a juzgar por el sordo retumbar, pisando con firmeza y al unísono.

El rostro de Ella, mientras miraba al exterior, estaba contraído por el odio.

—Son como salvajes ejecutando su danza de guerra. Dando vueltas y más vueltas. ¿Por qué no nos dejan en paz?

—Ella, Ella —dijo Louis a modo de reproche—, nos iremos dentro de cincuenta horas. Sólo una noche más.

—¡Una noche más! —espetó Ella—. No habrá otra, Louis. ¿No ves lo que están haciendo? Están abriendo una brecha en la nave pequeña. Ésa esta noche y mañana nosotros. Será demasiado tarde. ¡Malditas cucarachas! ¡Maldito tú también! —chilló de repente, convulsa. Louis la agarró con firmeza, confortándola.

—¿Saben? —dijo Pete perplejo, bajando la cámara—, creo que Ella tiene razón.

Permanecieron junto a la ventana durante horas, observando. Ciertamente, aquellas cosas habían excavado y sacado piedras y arena de debajo de la base de la pequeña nave, y otros estaban trabajando en dirección a las llamas, pero los observadores de la ventana no podían distinguir qué estaban haciendo. Al cabo de un rato pareció que habían terminado con la nave, porque todos se dirigieron hacia las

llamas.

—Voy a buscar a Gerald —anunció Louis abruptamente, y regresó con él unos minutos más tarde; luego le explicó lo que estaba ocurriendo.

—Pero todavía no nos han hecho nada a nosotros —terminó diciendo—. Al menos, nada que nosotros podamos ver. Se limitan a dar vueltas y más vueltas.

—Nos dejan hasta mañana por la noche —dijo Ella—. Gerald, ¿no puedes hacer algo? ¿No los puedes echar de ahí? No es posible que permitas que destruyan esa nave.

—Conoces el reglamento tan bien como yo, Ella —respondió lacónicamente—. Si incendian esa nave... bueno, a alguien le saldrá caro, pero mientras no haya nadie en peligro... Pero si nos atacan, ya es otra cosa.

—Perdón, no comprendo —murmuró Margie.

—Matar seres extraños inteligentes no está permitido si no es en defensa propia. Incluso así, cada caso es estudiado en la Tierra. —Miró por la ventana durante un momento. Margie pudo ver cómo apretaba las mandíbulas—. Entretanto, creo que os alegrará saber que Zingo, Azan y yo hemos logrado poner de nuevo en funcionamiento el sistema de navegación. Mañana haremos un simulacro de despegue, recogeremos, nos reuniremos para pasar la noche y, luego... a casa.

Sonrió brevemente y después se alejó a grandes pasos.

La pequeña nave fue incendiada justo antes del alba. Un reguero de pequeñas llamas recorrió el canal hacia ella y formó un charco rojo alrededor de su base. Lentamente, la nave se ladeó y quedó envuelta en llamas. Margie, aturdida en su tercera noche sin dormir, miraba consternada mientras sus esperanzas morían con la nave y el despiadado sol volvía a aparecer.

Durante todo el día estuvo trabajando con el «bebé», cuyo consumo de calor había aumentado de un modo drástico con su metamorfosis. Ya estaba comenzando a formular algunas «palabras», pensó ella. Era evidente que su metamorfosis había dejado a su cerebro en disposición para aprender... más de prisa.

Zingo seguía divirtiéndose con él.

—Es horrible pensar que va a crecer y se convertirá en uno de esos seres que disfrutan arrastrando cadáveres consigo una noche tras otra.

—Una noche tras otra —repitió ella—. Noche tras noche. Tengo que dormir, si no, me volveré loca. Escuche, Zingo, despiérteme dentro de un par de horas, ¿lo hará?

Cuando fue a despertarla, el bebé estaba junto a ella dentro de la cama, y la abrazaba con dos de sus patas cariñosamente, emitiendo señales luminosas de felicidad.

Anocheecía, y todos volvieron a la ventana para ver qué ocurría, pero no aparecía ninguna figura plateada. Margie se sentía fresca después de haber dormido, y su cerebro estaba ocupado en averiguar por qué la frase «Arrastrando cadáveres consigo una noche tras otra» seguía rondando por su mente como si intentara atraer su atención.

Súbitamente, comprendió por qué no había encajado. Cuando aparecieron los dos primeros seres y comenzaron a trazar un anillo alrededor de la nave, supo qué debía hacer.

—Pete —dijo en voz baja—, no organice ningún lío. Voy a salir.

Él la miró, perplejo.

—Voy a devolverles el bebé —afirmó—. Sólo son dos. De todos modos, Pete, creo que conozco la respuesta a algunas de esas señales, pero no hay tiempo para explicarlo todo. Por favor, no discutamos. Si los demás preguntan, dígaselo. Puedo tardar algún tiempo, pero no tema. Estaré aquí mañana a mediodía.

—Pero ¡no puede hacer eso! —Pete estaba horrorizado—. Quiero decir que la atraparán. —Sus palabras no surtían el menor efecto—. En cualquier caso, Korner se pondrá furioso, especialmente si no se lo ha dicho.

—Intentaría detenerme —dijo con absoluta calma—, pero no tiene ninguna autoridad sobre mí. Yo no soy miembro de esta expedición. Yo soy mi propia expedición. Quiero evitarme discusiones y ganar tiempo.

—Entonces voy con usted. O que vaya Zingo. Y llévense un arma.

—Me gustaría que vinieran usted o Zingo, pero él no les dejaría. Y no necesito ningún arma, estoy convencida.

—Usted va a llevar una.

A pesar de su certeza, estaba helada y temerosa cuando llegó al extremo de la rampa de salida y se percató de que era la primera vez que pisaba aquel planeta. El aire era fresco y claro, y, no obstante, tosió varias veces debido al humo que producían las llamas. Resultaba agradable volver a estar al aire libre, pensó, pero se sorprendió a sí misma tiritando. El bebé se apretaba contra sus piernas, y ella le acarició la espalda.

El desierto parecía tan vasto que ella no se atrevía a comenzar a caminar, pero, de todos modos, lo hizo, evitando las zonas iluminadas por las ventanas, porque no quería ser vista por los observadores de la nave. Deliberadamente, anduvo hacia la parte trasera y después se dirigió hacia el círculo que habían hecho las dos criaturas.

Al dar la vuelta nuevamente, el bebé vio sus señales luminosas, y estalló en lo que ella reconocía ahora como una versión iluminada de un lamento. Las criaturas se detuvieron un segundo, hicieron señales de respuesta y se lanzaron hacia ellos: eran

dos formas metálicas que se desplazaban a una velocidad increíble. Se detuvieron a unos metros y luego se acercaron muy lentamente, dubitativas.

Margie no se había percatado de cuán grandes eran. Sus cuerpos sobrepasaban su cabeza, eran macizos y oscuros, y sus luces quedaban a la altura de la cabeza de la bióloga. «¡Oh Dios! —pensó—, estoy asustada, estoy asustada». En ese tiempo pudo sentir cómo un sudor frío bañaba su rostro. Las criaturas se detuvieron a unos tres metros de ella, lanzando señales luminosas apaciblemente, mientras el bebé permanecía silencioso junto a ella. Luego, esperaron.

Lentamente, con el corazón encogido, ella se arrodilló y con la mano golpeó el suelo junto a sí. Obediente, el bebé se sentó a su lado tan cerca como había estado hasta entonces, arrojándose a sus rodillas. Entonces, mirando los grandes ojos de la criatura más cercana, acarició la espalda del bebé. El extraño ser emitió una señal luminosa de color rojo en agradecimiento. Ella observó y esperó, aunque con aprensión.

La criatura lanzó una vibración de destellos dorados y se dejó caer pesadamente sobre las piedras, con sus piernas debajo de sí. Ella continuó acariciando al bebé.

La enorme criatura, lentamente, asomó una de sus patas y la estiró hacia ella hasta extenderla por completo. Llegó hasta una distancia de un metro de donde estaba ella. De nuevo, todos quedaron inmóviles. Margie comprendió que había llegado su turno. Cuidadosamente, con ilusión, se inclinó hacia la criatura; deslizó su mano temblorosa por encima de las ásperas piedras centímetro a centímetro, hasta que, con un estremecimiento de temor, tocó el pie, lo acarició y cerró dulcemente sus dedos alrededor de las blandas protuberancias de su pata. Y allí permanecieron juntas, por un instante, bajo la fría y estrellada noche, cada uno tan asombrado, quizá, como los demás, por aquel extraordinario contacto entre sus mundos, sus extrañas carnes. La criatura le dirigió una señal débil y roja, exactamente igual que el bebé, y ella se sintió agradecida por la perspicacia de aquel ser al usar la única señal que era capaz de entender.

De pronto, se dio cuenta de que la segunda criatura estaba junto a ella y la observaba. Nuevamente fue presa del miedo al ver su enorme masa oscura inclinándose hacia ella. La criatura estiró una pata, la asió nuevamente por la axila y la puso en pie. Sintió que la empujaban hacia la criatura que estaba sentada y la forzaban, aunque muy suavemente, a subirse sobre su espalda. Allí quedó, con el corazón atenazado, agarrándose con sus dedos a su rugosa espalda mientras la criatura giraba sobre sí misma, señalaba al bebé, se volvía y señalaba la nave, y luego se alejaba de ella.

—¡No, no! —gritó ella, impotente, golpeando la espalda que tenía debajo, pero la criatura se limitó a correr más de prisa hasta que ella se vio obligada a pegarse a su cuerpo para no caer. De repente, se metieron en un agujero que apareció bajo sus

pies, corrieron por un túnel oscuro, y, pocos segundos después, emergieron al otro lado de las llamas. Desesperadamente, ella se agarró con fuerza cuando la criatura incrementó la velocidad hasta un límite increíble, corriendo casi sin tocar el suelo a través del extenso y vacío desierto. La segunda criatura, con el bebé, había quedado muy atrás. Su apresador se detuvo un momento, lanzó unas breves señales y, luego de obtener respuesta de la segunda criatura, reemprendió su veloz carrera en la oscuridad.

Cuando el círculo de llamas que rodeaba la nave fue sólo una línea en el horizonte, Margie vio una colina en el desierto, delante de ellos, que sombreaba bajo la luz de las estrellas. Se metieron en su interior atravesando una entrada y descendieron por un túnel, pasando junto a varias de aquellas criaturas que relampagueaban entusiasmadas. Pero su velocidad no disminuyó hasta que después de recorrer varios vestíbulos subterráneos, llegaron a una gran sala. Allí, la criatura se detuvo y se posó en el suelo, y ella descendió de su espalda y quedó boquiabierta ante lo que se ofrecía a su vista.

La sala estaba débilmente iluminada, y la luz revelaba sorprendentes e intrincados dibujos y figuras, hechos con colores relucientes y luminosos, que cubrían las paredes y el techo.

En las esquinas se balanceaban unos lazos de cuerda brillantes, como gruesas telarañas, y el suelo brillaba como un cristal negro pulimentado. Varias de las criaturas estaban dedicadas a sus respectivas ocupaciones. A un lado de la habitación había un jergón de un material plumoso y blanco en el que yacía, de espaldas a ella, un hombre. Parecía estar —¿podía ser?— jugando al ajedrez con una de las criaturas.

A su llegada, algunas de las criaturas se levantaron y se acercaron, relampagueando vigorosamente, y el hombre se dio la vuelta, la miró sorprendido y luego se acercó cojeando pesadamente.

—Bien, bien, bien —dijo—. El Dr. Livingstone, supongo.

Y ella sólo pudo abrir la boca y reír hasta que la invitaron a sentarse.

Él hizo una señal con la mano a una de las criaturas, y ésta se marchó.

—¿Está usted bien? —preguntó él. Usaba buenos modales—. Y, ¿ellos están bien? En la nave, quiero decir.

—Oh, Dewi, es una locura, están asustados hasta perder el juicio. ¿No les podía haber dicho que estaban bien? ¿Está usted bien?

—Nosotros estamos *fantásticamente* —repuso—. Ahí está Peggy. Pero ¿quién es usted?

—Margie Somers. Llegué en una pequeña nave; la que ellos quemaron. ¿Por qué lo hicieron? Hubo una lamentable cantidad de malentendidos. Me temo que tampoco yo comprendo nada. ¿Son realmente amistosos?

—Depende de qué entienda usted por amistosos —replicó él—. Me temo que no

les impresionamos demasiado. En cuanto al comportamiento humano, quiero decir. Parecen tratarnos correctamente a Peggy y a mí, pero no creen que seamos muy inteligentes. No lo somos, según sus patrones. Mire, ahora estoy a mitad de la partida; hable con Peggy.

Peggy Waters era hermosa. Su cabello pelirrojo caía sobre sus hombros y brillaba suavemente, armonizando con el resplandor de la habitación.

—Nunca lo hubiera creído —exclamó Margie—. Estaba convencida de que estaría bien, pero esto... —E indicó la sala resplandeciente y el grupo de criaturas que, en ese momento, estaban «hablando».

—Nosotros también lo encontramos un poco misterioso, al principio —explicó Peggy—, pero ahora ya es... bueno, ya es como nuestra casa. Son tan buenos, mucho más buenos que la gente. Ésa es toda la dificultad, créame.

Repentinamente, Margie se sintió exhausta. Debió de notársele, porque Peggy dijo:

—Oiga, parece usted agotada. ¿Por qué no duerme un rato? Hay un lugar estupendo desde el que se ve el desierto, y uno de ellos se quedará con usted: eso les gusta. Pero primero coma algo.

Acompañó a Margie hasta una habitación que parecía un vasto laboratorio y le ofreció un poco de una comida extraordinaria y una pesada jarra de cristal llena de un líquido espeso y delicioso.

—Tuvieron tremendos problemas para encontrar algo que nos gustara —explicó, observando la reacción de Margie—. Se adentran cientos de kilómetros en los pantanos para conseguir esto para nosotros. ¿Mejor? ¿Quiere dormir?

—No puedo: no hay tiempo. Tenemos que estar de regreso antes de mediodía.

—¿Marcharnos? ¿Mediodía? ¡Oh, Dios! —Peggy se sentó, balanceando lentamente la cabeza.

—¿No quiere?

—Bueno, no sé. Supongo que sí; quiero decir que es lo único que se puede hacer. Pero yo no quiero. Sólo estamos empezando a averiguar... y hay mucho por descubrir. No nos dejarán volver nunca más si nos marchamos, ¿comprende? La única razón por la que estamos aquí es que Dewi se rompió una pierna y yo no quería dejarlo solo. —Parecía una niña: una hermosa niña en un hermoso sueño.

—¿Cómo se rompió la pierna Dewi? —preguntó Margie.

—La primera vez que los encontramos. Ellos se sientan sobre ti. Se supone que es de buena educación. Les gusta sentarse encima de los demás. Cuando uno encuentra a un desconocido, lo primero que hace es sentarse encima de él. Entonces se charla. Y se sentaron sobre nosotros y le rompieron la pierna a Dewi, y algunas costillas. Comprendieron que había algo que no andaba bien, y nos trajeron a toda prisa aquí para curarlo. Tienen unas mentes muy flexibles: Dewi dice que todos son muy

brillantes jugando al ajedrez. También trajeron el O. V. —parece que hayan pasado años— pero creo que ya lo habrán hecho pedazos. Lo encontraron divertido cuando vieron que no podían hacerlo retroceder como ellos hacían. Les gustan las bromas. Señaló con su mano a una criatura que acababa de entrar y le dirigía señales. La muchacha frunció el ceño en señal de desaprobación y meneó la cabeza.

—No he comprendido el final. ¡Es tan difícil aprender su lenguaje! Es muy complejo; las palabras sufren variaciones según el estado de ánimo y las emociones. Su poesía debe ser sorprendente. Ni siquiera hemos podido empezar a comprenderla, es muy densa y hermética. ¿Está segura de que no quiere dormir?

—No, gracias. Si parezco un poco aturdida es porque lo estoy totalmente.

—Humm, vamos a ver si Dewi ha terminado su partida, y luego decidiremos qué se hace.

Sin embargo, Dewi no había terminado, y ellas dieron una vuelta por varias salas y vieron el ensayo de una danza. Su belleza encantó a Margie.

—Pero no es sólo una danza, también es un poema. ¿Ve cómo hablan/cantan? Incluso los golpes tienen un significado, porque también se comunican por vibraciones.

Cuando volvían por el mismo pasillo que les había conducido hasta allí, se encontraron con un reducido grupo de criaturas en torno al pequeño que Margie había sacado de la nave. Relampagueaban rápidamente. Peggy se detuvo a mirar.

—Ése es el bebé —aclaró Margie—. Dejaron un bebé en la nave.

—No parecen muy satisfechos de él —repuso Peggy, perpleja—. No lo entiendo muy bien. —Hizo señas a uno de ellos, que se acercó y «habló», con evidente paciencia y lentitud.

—Según parece, no está muy bien —dijo ella finalmente—; debiera estar en hibernación ahora, pero ha salido demasiado pronto y es terriblemente pequeño. Ahora ya debería estar casi totalmente crecido. Y está sucio y huele mal, dicen. Nadie lo ha limpiado.

—Oh, querida. Lo siento, parece que no hemos sabido tratarlo.

—Oiga, ya le dije que no les impresionamos lo más mínimo.

Dewi explicó, cuando finalmente hubo perdido su partida de ajedrez:

—Bien, a pesar de nuestros esfuerzos, Peggy y yo sólo hemos logrado comprenderlos totalmente en las dos últimas semanas. Al principio estaban desilusionados.

»Considere su punto de vista. Nosotros llegamos, en una gran nave espacial. Pensaron que, obviamente, éramos mucho más inteligentes que ellos. *Ellos* no eran capaces de construir una cosa así. Actualmente, no querrían. Su carácter carece completamente de esta faceta agresiva.

»Por lo tanto se lo toman fríamente, no se entrometen. Entonces se encuentran con Peggy y conmigo. Bueno, todo transcurre en perfecta calma, todo sale bien, excepto mi pierna. Con ello su opinión respecto a nosotros perdió puntos, pero nuestra estimación de su inteligencia se acrecentó al comprobar que eran capaces de descubrir qué era lo que estaba mal, y también de encontrar el modo de alimentarnos, en un solo día. Me tuvieron vendado hasta hace dos días. Comprendieron completamente nuestro metabolismo.

»Y luego el asunto del bebé. La madre estaba fisgando por ahí, y dejó al bebé en el garaje mientras iba en busca de una «comida» rápida al sol. Incidentalmente, la temperatura allí es muy crítica. Cuando volvió, le cerraron la puerta del garaje y le habían robado el bebé.

»Ellas tienen unos sentimientos maternales muy fuertes, lo cual no resulta sorprendente en absoluto, si se considera el límite de nacimientos permitido. La madre estaba medio frenética, salió y llamó a algunos amigos suyos. Entonces encontraron a unos hombres e intentaron preguntarles si habían visto a su bebé, pero los hombres huyeron y finalmente mataron a la madre.

»Ellos no podían comprender aquello: La idea de que cualquier criatura viviente pueda querer matar a otra es inconcebible. No sólo ilegal, sino imposible. Y creyeron que debían estar equivocados, que allí debía haber existido algún error. Nos preguntaron acerca de ello, y nosotros les intentamos explicar que los muchachos debían estar asustados. Nuestra comunicación en aquel tiempo era un poco en un solo sentido: ellos nos podían entender a nosotros mucho mejor que nosotros a ellos, y no nos dimos cuenta, hasta hace muy poco, de que incluso habían captado la noción de que los hombres pensaban que estaban siendo atacados. El ataque no existe. La violencia, la agresión, la hostilidad, el miedo... nada de eso existe aquí. Aunque comprendieron que nosotros sentimos esas cosas, reaccionan hacia nosotros como si no las sintiéramos. De ahí los grandes malentendidos.

»Bueno; se dirigieron hacia la nave e intentaron explicarse. Ensayaron todos los métodos de comunicación que conocían: lanzaron señales uno por uno, por parejas, en grupos, en diferentes «lenguajes»; lentamente, de prisa, de todas las maneras. Hicieron señales con las patas. Trazaron dibujos en la arena a los que nadie se acercó para mirarlos. Bailaron cien danzas distintas. Marcharon pisando con fuerza. Incluso entraron en el garaje y pusieron todas las herramientas en el suelo pensando que así los hombres serían capaces de descubrir algo. Pero no hacían ningún esfuerzo positivo. Ellos pensaron que los hombres deben ser estúpidos, y, sin embargo, no podían serlo, porque habían construido la nave. Y por entonces ya nos conocían un poco.

»Finalmente pensaron su mejor plan. Construyeron un hermoso modelo de mí — es realmente excelente— y lo llevaron para mostrárselo y darles a entender que ellos

también podían hacer objetos complicados, y que comprendían cosas del cuerpo humano, y que yo todavía estaba vivo, aunque me hallaba lesionado. Y nadie hizo nada.

—Ellos creyeron que era usted —dijo Margie—. Su cuerpo muerto. Pensaron que se estaban mofando de ellos.

Él la miró de soslayo.

—Bien —dijo, moviendo la cabeza—, deben estar volviéndose locos. ¿Cuánto tiempo creen que duraría un cuerpo con ese calor?

Ella se echó a reír.

—No se les ocurrió. Ni a mí tampoco, al principio. Él cerró los ojos un instante.

—No es una falta de comunicación; es una falta de comprensión de todo lo que es ajeno. ¿Cómo creen que un delfín siente la vida? ¡Qué ciegos, y qué idiotas presumidos somos! Y nos creemos tan grandes, aventurándonos por entre las estrellas. El hombre explorador, el gran aventurero, audaz, sabio, comprensivo... ¡Bah!

»No es de extrañar que los «salamandras» cedieran. Se sentían enfermos viendo al pobre bebé gritando con todas sus fuerzas para que alguien le librara de morir de hambre, y cuando murió...

—No está muerto —interrumpió Peggy—. Comenzó esa especie de metamorfosis-hibernación demasiado pronto, quizá debido al hambre, y también salió demasiado pronto, por eso es una pobre criaturita enana.

—Estupendo —dijo él con amargura—. Eso lo justifica todo, ¿no? —Se mordió el pulgar.

—¡Qué fracaso! —dijo Margie—. ¡Qué horrible fracaso...! No sé mucho acerca del bebé.

—Los bebés brotan de la parte baja de la madre, no sabemos si su reproducción es sexual o no, y permanece unido a ella durante algún tiempo —explicó Dewi—. Más tarde se desprenden. En el estado en que encontré al suyo, todavía se alimentan directamente de la madre, de vientre a vientre. Los bebés piden como los pájaros. Esto no dura mucho; durante el primer invierno hibernan y se metamorfosean, y pronto están listos para alimentarse de calor en verano. El suyo parece haber pasado ambos períodos a la vez, mezclados.

—Y ¿por qué el fuego? ¿Por qué quemaron la nave pequeña?

—El fuego es inevitable. En invierno, como es ahora, el sol no calienta lo bastante para alimentarles. Estos de aquí —hay muchos más por ahí fuera, comprende, con diferentes estilos de vida— han encontrado enormes depósitos de petróleo bajo tierra, y lo extraen y lo hacen arder. Un poco antieconómico, pero produce mucho calor. Tenían que hacer un fuego en alguna parte de los alrededores; en consecuencia, lo hicieron en forma de anillo porque querían cercar la nave.

Particularmente desde que alguien les disparó, una noche. ¿Quién fue? ¿Y quién mató a aquella madre?

—Gerald —confesó Margie, odiando tener que hacerlo, incapaz de mirarles a la cara. Quedaron en silencio. Al cabo de un rato, Margie se dio cuenta de que Peggy estaba llorando: las lágrimas le caían por el rostro silenciosamente. Dewi le acarició el cabello y ella se echó contra su hombro, sollozando.

—Ellos no quieren que nos quedemos aquí —expuso Dewi—. Cuando llegó su nave, les expliqué para qué era. Cuando no había nadie dentro, una noche, la quemaron para intentar espantar a los otros. Para que se fueran. Por entonces ya habían empezado a comprender. Sabían que íbamos a marcharnos pronto, y no querían que volviésemos. Saben que nosotros dos conocemos algunas cosas de ellos y los comprendemos, y piensan que estaríamos de acuerdo. La quema de la nave no fue muy horrible, pero yo opino que no estuvo mal para unos principiantes. Oh, Peggy, no estés triste. A ellos no les gustaría, ¿sabes? —La besó en la cabeza dulcemente—. ¿Cuándo partimos?

—Mañana a mediodía.

—Tengo mucho que hablar hasta entonces —dijo él, levantándose.

—Una cosa más. ¿Cómo sabían que no se iban a marchar sin ustedes?

—Nosotros creímos que ellos sabían que estábamos bien. Alrededor de la nave hay más de media docena de piedras con mensajes nuestros... Aunque supongo que estarían demasiado asustados para salir y echar un vistazo. De todos modos, les dije a los salamandras que vigilaran la rampa de salida. Estuvieron allí ocho horas antes del disparo... Además, si nos hubiéramos quedado aquí abandonados, no hubiese sido tan malo. Me gusta. Me gusta más que la Tierra, en cierto modo. Mejor compañía. Pero no habría nadie para nuestros hijos, ¿comprende? —sonrió tristemente—, y Peggy y yo vamos a tener unos niños muy hermosos.

Durante las pocas horas siguientes ella observó cómo Dewi hablaba a los salamandras, y ellos le respondían con atención; sentándose uno sobre otro, bromeaban en su estilo salamandresco. Bailaron una danza de despedida, una trémula y vibrante creación de luz, sonido y poesía que emocionó a Margie con su belleza y su ritmo.

Al alba regresaron apresuradamente al desierto y a mediodía partieron.

—Dewi, ¿qué pongo en mi informe?

—Especie de seres inteligentes y dominantes, extremadamente hostiles, viciosos y peligrosos. Antropófagos. Pirómanos. Demasiado numerosos para ser exterminados.

—Pero eso es...

—Lo que ellos quieren. No quieren que volvamos. No somos realmente muy agradables, ¿verdad? Margie, comprenda. ¿Qué cree que les parecería estar rodeados de gente como nosotros? Claro, nosotros tenemos leyes contra el asesinato, contra el robo, contra azotar a la esposa y humillarla, e incluso contra el rapto de niños. Pero hay una parcela en nuestros corazones para albergar odio y cólera, hasta en el mejor de nosotros. Así estamos hechos. No les hagamos así. Ellos no nos quieren.

Ella le miró dubitativamente.

—Está bien, imagine las naves cargadas de turistas, llegando para ver el gran festival anual de danza de los salamandras. El desierto convertido en granjas modelo. Las refinerías de petróleo, las fábricas. Calles, bares, los extraños borrachos. Ya sabe.

Ella comenzó a escribir.

ROMANCE EN UN CEMENTERIO DE COCHES USADOS DEL SIGLO VEINTIUNO

por Robert F. Young

El punto principal es, aquí, que ésta es la clase de cuento que gusta a los lectores que intentan encontrar un «romance» entre un montón de libros.

Sólo que esta vez hay una diferencia, aunque no es tampoco una parodia. Al leer hay que tener presente que, aquí, un «nudista» ha de vestir un tres-piezas, e incluso un abrigo, si el tiempo se vuelve frío.

El traje-coche estaba sobre un pedestal en el escaparate de Big Jim, y en un letrero debajo de él decía:

¡ESTE PRECIOSO MODELO VA A SALIR VOLANDO POR SOLO 6499,99\$! ¡SE ABONARA GENEROSAMENTE SU TRAJE-COCHE USADO Y OBTENDRÁ GRATIS SU CASCO!

Arabella no quería dar un frenazo, pero no podía evitarlo. Nunca había visto un traje de piloto tan maravilloso. ¡Y por sólo 6.499,99!

Era lunes por la tarde y la calle, con ambiente primaveral, estaba llena de oficinistas apresurados, regresando a casa, y en el aire de abril resonaban los bocinazos. El establecimiento de Big Jim estaba en la esquina, junto a un cementerio de coches usados con una cerca Cape Cod a su alrededor. La arquitectura del edificio era de estilo colonial americano, pero el efecto quedaba variado por un enorme cartel de neón que proyectaba su luz sobre la fachada. El letrero decía:

BERNIE, EL GRAN JIM

Los bocinazos se multiplicaron, y Arabella comprendió que estaba interrumpiendo el tráfico y adelantando a un hombre mayor que vestía un fucsia Grandrapids se arrimó a un lado, justo frente del escaparate.

Visto de cerca, el traje-coche no era tan espectacular pero seguía siendo irresistible a la vista. Sus flancos de color turquesa y su rejilla brillaban bajo los rayos del sol. Sus estilizados polisones sobresalían como dos estelas de catamarán gemelas. Era una hermosa creación, incluso con los nuevos módulos de fabricación, y era una

ganga. Y a pesar de todo, Arabella lo hubiera dejado correr si no hubiese sido por el casco.

Un vendedor —presumiblemente Bernie— que vestía un impecable Lansing bicolor se adelantó acercándosele, cuando ella condujo hacia el interior de la tienda.

—¿En qué puedo servirla, señora? —preguntó con voz amable, pero sus ojos, detrás de sus parabrisas relucientes, miraban el traje-coche que ella vestía con evidente contento.

Arabella se ruborizó. Quizás había esperado demasiado a decidirse a cambiar de traje. Tal vez su madre tenía razón: quizá era demasiado descuidada con sus trajes.

—El traje del escaparate —dijo—. ¿Realmente regalan ustedes un casco con él?

—Claro que sí. ¿Quiere probárselo?

—Sí. Por favor.

El vendedor se volvió y cruzó un par de puertas hacia la trastienda.

—¡Howard! —llamó, y, al cabo de un momento, apareció un joven que vestía un traje azul.

—¿Sí, señor?

—Pase el traje del escaparate al probador y traiga un casco del almacén. —El vendedor se volvió hacia Arabella—. Él le indicará el camino, señora.

El probador estaba justo detrás de las dobles puertas. El joven llevó el traje y después fue en busca del casco. Vaciló después de entregárselo a ella, y sus ojos adquirieron una extraña expresión. Pareció comenzar a decir algo, pero luego cambió de idea y salió de la habitación. Ella cerró la puerta y pasó el cerrojo y se cambió apresuradamente. El revestimiento interior le produjo un agradable frescor al entrar en contacto con su cuerpo. Se puso el casco y se miró en el espejo tridimensional. Suspiró.

El busto era un poco desconcertante al principio (los modelos que ella acostumbraba a llevar no sobresalían tanto), pero la rejilla cromada y los parachoques le daban algo nuevo a su figura. En cuanto al casco... bueno, si no hubiese sido por la evidencia de lo que estaba viendo, no hubiera creído que un simple casco pudiera producir semejante transformación. Ya no era la cansada oficinista que había entrado en la tienda un momento antes; ahora era Cleopatra... Bathsheba... ¡Elena de Troya!

Regresó a la tienda con autosuficiencia. El vendedor la miró sorprendido.

—*Realmente*, no es usted la misma persona con la que hablé antes, ¿o sí? —preguntó.

—Sí, soy la misma —dijo Arabella.

—Sabe usted, desde que pusimos este traje en el escaparate —dijo el vendedor—, siempre tuve la esperanza de que llegaría alguien que tuviera la línea adecuada para vestirlo, para lucir su belleza, adecuada a su personalidad. —Alzó sus ojos reverentemente—. Gracias, Big Jim —dijo—, por enviarnos a una persona así, fuera

de serie. —Bajó sus ojos hacia Arabella, y añadió—: ¿Le gustaría dar una vuelta?

—¡Oh, sí!

—Muy bien. Pero sólo una vuelta a la manzana. Mientras tanto prepararé los papeles. No es que esté usted obligada de ningún modo a quedárselo; pero sólo que, si se decide, todo estará a punto.

—¿Cuánto puede abonarme por el viejo traje?

—Veamos, tiene dos años, ¿no? Humm —el vendedor meditó un instante, luego —: Mire, le voy a decir lo que voy a hacer. Usted no parece el tipo de persona que destroza los trajes, por tanto le haré un abono generoso: mil dos dólares. ¿Qué le parece?

—No... no muy bien. (Quizá si no hubiera pasado un año sin comer al mediodía...)

—No olvide que se lleva el casco gratis.

—Ya sé, pero...

—Primero pruébelo, luego hablaremos —dijo el vendedor. Sacó una placa de la casa de un despacho contigo y se la colocó a ella en la parte trasera.

—Ahora ya está todo completo —dijo mientras abría la puerta—. Voy a arreglar los papeles.

Ella estaba tan nerviosa y tan emocionada cuando salió a la calle que casi colisiona con un joven que vestía un convertible blanco, pero pronto recuperó el aplomo y demostró que era una conductora competente, contrariamente a lo que pudiera haber parecido al principio, y adelantó al joven. Lo vio sonreír cuando pasó junto a él, y una cancioncilla surgió de su corazón y poco a poco se fue extendiendo por todo su cuerpo. De algún modo, aquella mañana concreta había intuido que algo maravilloso le iba a suceder. Un día perfectamente ordinario en la oficina había hecho que se desvanecieran un tanto sus esperanzas, pero ahora volvían a renacer con más fuerza.

Tuvo que detenerse en un semáforo, y el joven paró junto a ella.

—Hola —dijo él—. Lleva usted un vestido precioso.

—Gracias.

—¿No le gustaría que saliéramos juntos a dar un paseo? ¿Que fuéramos al cine esta noche?

—¡Cómo! ¡Si no le conozco! —dijo Arabella.

—Me llamo Harry Fourwheels. Ahora ya me conoce. Pero yo no la conozco a usted.

—Arabella, Arabella Grille... Pero, no le conozco lo suficiente.

—Esto tiene remedio. ¿Vendrá?

—Yo...

—¿Dónde vive?

—En el seiscientos once de Macadam Place —dijo sin darse cuenta.

—Pasaré a recogerla a las ocho.

—Yo...

En aquel preciso instante, cambió la luz del semáforo, y antes de que pudiera hacer alguna objeción, el joven ya se había ido. A las ocho. A las ocho en punto, pensó ella, soñadora.

Después de aquello, no le quedaba más remedio que quedarse el traje. Habiéndola visto con aquel espléndido traje, qué pensaría él si después se la encontraba con el viejo traje. Volvió a la tienda, firmó los papeles y se fue a casa.

Su padre la miró perplejo a través del parabrisas de su Cortez de tres toneladas, cuando ella entró en el garaje y aparcó junto a la mesa de super.

—Vaya —dijo—, ¡ya era hora de que te decidieras a comprarte un traje nuevo!

—¡Creo que sí! —dijo su madre, que prácticamente nunca llevaba el mismo traje—. Empezaba a pensar que jamás te ibas a dar cuenta de que vives en el siglo veintiuno y que tienes que ser vista.

—Sólo tengo veintisiete años —dijo Arabella—. Hay montones de chicas que están solteras a esa edad.

—No si visten como es debido —dijo su madre.

—Ninguno de vosotros ha dicho todavía si le gusta o no —dijo Arabella.

—A mí me gusta mucho —dijo el padre.

—Alguien se fijará en ti —dijo la madre.

—Ya se ha fijado alguien.

—¡Bien! —dijo la madre.

—¡Al fin! —dijo el padre.

—Vendrá a buscarme a las ocho.

—Por Dios, no le digas que leías libros —dijo su madre.

—No lo haré. De hecho, no leeré nunca más.

—Y no menciones todas esas nociones radicales que tenías acerca de la gente que vestía coches porque estaban avergonzados de los cuerpos que les había dado Dios —dijo el padre.

—Padre, ya sabes que hace años que no digo cosas semejantes. Al menos desde, desde...

Desde la fiesta de Navidad que se hizo en la oficina, en que cambió de parecer, cuando el señor Upswept le dijo:

—Embrutézcase con sus libros de historia. ¡Usted no pertenece a este siglo!

—Desde hace mucho tiempo —concluyó sin convicción.

Harry Fourwheels se presentó a las ocho y ella se apresuró a salir a su encuentro. Partieron uno junto al otro, giraron por el Bulevar Blackpot y dejaron la ciudad atrás.

Hacía una hermosa noche, con la justa dosis de invierno entremezclándose con la primavera, de modo que la luna tenía un vivo color plateado y las estrellas brillaban.

El auto-cine estaba casi totalmente lleno, pero encontraron dos plazas en la parte de atrás, no lejos del borde de un bosquecillo. Aparcaron muy juntos, tan juntos que sus parachoques casi se rozaban, y, de pronto, ella sintió que la mano de Harry le tocaba el chasis y trataba de acariciarle el talle justo por encima del busto. Iba a decir algo, pero recordó las palabras del Sr. Upswept, apretó los labios y concentró su atención en la película.

La película trataba de un fabricante de fideos retirado que vivía en un garaje de huéspedes. Tenía dos hijas ingratas, y él se esforzaba para que ellas tuvieran lo mejor, y hacía todo lo que podía para que pudieran seguir llevando una vida de lujo. Para ello, él tenía que sacrificarse y privarse de hasta las cosas más indispensables, y consecuentemente vivía en la sección más pobre del garaje y usaba trajes-coche usados tan decrepitos que no servían ni para chatarra. Sus dos hijas, por otro lado, vivían en los más lujosos garajes y vestían los trajes-coches más caros del mercado. Un joven estudiante de ingeniería llamado Rastignac también vivía en el mismo garaje, y concentraba todos sus esfuerzos en ascender hasta la cumbre de la sociedad moderna y en ir adquiriendo, a lo largo del proceso, una importante fortuna. Para empezar, había sonsacado a su hermana bastante dinero para proporcionarse un Washington convertible, y había obtenido, a través de un primo rico, una invitación para asistir a la puesta de largo de un comerciante. Allí conoció a una de las hijas del fabricante de fideos, y... A pesar de todos sus esfuerzos, la atención de Arabella flaqueaba. La mano de Harry Fourwheels había abandonado su talle y se había decidido por sus faros, y comenzó un turno de inspección. Ella intentaba permanecer relajada, pero, por el contrario, sentía su cuerpo contraído, y oyó cómo su propia voz tensa susurraba:

—¡No, por favor!

Harry apartó la mano y dijo:

—¿Después de la película?

Era una escapatoria y ella se agarró a ella.

—Sí, después de la película.

—Conozco un lugar en las colinas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —oyó que decía su propia voz temblorosa.

Ella volvió a ponerse sus faros en la posición correcta. Trató de mirar el resto de la película, pero todo fue inútil. Su mente estaba concentrada en lo que iba a suceder en las colinas y, al mismo tiempo, ella intentaba encontrar alguna excusa, cualquier excusa que la librara de su palabra dada. Pero no pudo hallar siquiera una, y, cuando hubo terminado la proyección, siguió a Harry por la salida y condujo junto a él a lo largo del Bulevar Blacktop. Luego, él torció por un sucio callejón y ella fue detrás

con resignación. Unas cuantas millas más allá, en las colinas, la carretera rodeaba la reserva local de nudistas. A través de las altas alambradas eléctricas se podían ver las luces de algunas fincas ocasionales, brillando por entre los árboles. No se veían nudistas por los alrededores, pero Arabella se estremeció como si los hubiese. En otro tiempo había sentido una tierna simpatía hacia ellos, pero, desde el incidente con el Sr. Upswept, había sido incapaz de pensar en ellos sin un sentimiento de revulsión. En su opinión, Big Jim les deparaba un destino mucho mejor del que se merecían; pero, entonces, ella supuso que era posible que, algún día, algunos de ellos se iban a arrepentir y pedirían perdón por sus pecados. Aunque resultaba extraño que ninguno de ellos lo hubiera hecho jamás.

Harry Fourwheels, no hizo comentarios, pero ella pudo percibir su disgusto, y, aunque sabía que el disgusto de él tenía un origen distinto del suyo, experimentó cierto breve sentimiento de camaradería hacia él. Tal vez no era tan predador como a ella le había parecido por sus primeras actitudes. Quizás, en el fondo, estaba tan atormentado como ella por los códigos de conducta que regulaban sus vidas, normas que significaban una cosa en unas determinadas circunstancias, y otra completamente opuesta en otras. Tal vez...

Una milla más lejos de la reserva, Harry torció hacia un pequeño camino que pasaba a través de robles y arces y conducía a una especie de aparcamiento. Tímidamente, ella le acompañó, y, entonces, él aparcó debajo de un roble, y ella quedó a su lado. Lo lamentó instantáneamente cuando sintió la mano de él tocando su chasis y dirigiéndose lentamente hacia sus faros de nuevo. En esta ocasión, su voz era de angustia:

—¡No!

—¿Qué quieres decir? —espetó Harry, y ella sintió la fuerte presión del chasis de él contra el suyo propio y sus dedos manoseando sus faros. De alguna manera, ella logró desasirse y salir corriendo por el camino que conducía fuera de aquel claro, pero, un momento más tarde él la había atrapado y la empujaba ya hacia la cuneta.

—¡Por favor! —gritó ella, pero él no prestó ninguna atención y se arrimó más. Sintió el parachoques de él tocando el suyo, e instintivamente retrocedió. Su rueda delantera derecha perdió pie y todo su chasis se desequilibró y quedó boca arriba. Su casco cayó al suelo, rebotó contra una roca y fue a parar a la espesura. Su parachoques derecho dio contra un árbol. Las ruedas de Harry giraron furiosamente y, al cabo de un momento, quedaron a oscuras las luces rojas de posición de Arabella.

Se oía el murmullo de las copas de los árboles y el crujir de las ramas, y, a lo lejos, el sonar del tranco por el Bulevar Blacktop. También había otro ruido: el sonido de sus sollozos que escapaban de su garganta. Gradualmente, los gemidos se fueron haciendo menos violentos, a medida que el dolor disminuía y el sufrimiento

menguaba. Aunque nunca se apagaría por completo. Arabella lo sabía. Aquella herida era infinitamente más profunda que la que le había producido el Sr. Upswept. Se cubrió con el casco y subió a la carretera. El casco estaba abollado, y su traje turquesa tenía un visible rasguño. Una lágrima recorrió su mejilla mientras se arreglaba el traje y trataba de recomponer su presencia.

Pero aquello sólo representaba la mitad de su problema. Tenía que tener en cuenta que el parachoques de la derecha estaba destrozado. ¿Qué podía hacer? No se atrevía a ir a la oficina, por la mañana, en semejante estado. Si lo hacía, alguien la llevaría en presencia de Big Jim y ella era consciente de cuánto lo había desafiado durante todos aquellos años llevando sólo un traje-coche, cuando él había dejado perfectamente claro que esperaba que todo el mundo gastara, como mínimo, dos. ¿Y si la licenciaba y la relegaba a la reserva de nudistas? No creía que él tomara una decisión semejante, pero aquélla era una posibilidad que era preciso tener en cuenta. La mera consideración de tal fatalidad la horripilaba.

Además de Big Jim, también había que tener en cuenta a sus propios padres. ¿Qué les iba a decir? Podía verlos ya a la hora del desayuno. Ya los estaba oyendo.

—¡Ya lo has estropeado! —diría su padre.

—He tenido cientos de trajes-coche en mi vida —diría la madre—, y nunca reventé ninguno, y tú tiras uno y, en un minuto, ¡ya has destrozado el siguiente!

Arabella hizo una mueca de dolor. No podía ir de aquel modo por el mundo. De una manera u otra tenía que reparar su vestido aquella misma noche. ¿Pero, dónde? De pronto, recordó un cartel que había visto la misma tarde en el escaparate, un cartel que casi había olvidado con su preocupación por el traje-coche: SERVICIO DE 24 HORAS.

Volvió a la ciudad tan de prisa como pudo y dio un rodeo al edificio de Big Jim. Sus ventanas eran cuadros oscuros, y la puerta principal estaba cerrada. Su desconcierto se convirtió en un vacío en su estómago. ¿Había leído mal el cartel? Podría jurar que decía SERVICIO DE 24 HORAS.

Se dirigió hacia el escaparate y volvió a leer. Estaba en lo cierto: ponía SERVICIO DE 24 HORAS; pero también ponía, en tipos más pequeños. *Después de las 6 p.m. llamen al cementerio de coches de la puerta contigua.*

El mismo joven que había sacado el traje del escaparate le salió al paso cuando ella entró. Ella recordó que se llamaba Howard. Seguía vistiendo el mismo traje azul, y en sus ojos reapareció aquella extraña mirada que ella había visto por la tarde. Había sospechado que era una mirada de piedad; ahora sabía que lo era.

—Mi traje —balbució ella, cuando estuvo junto a él—. ¡Está completamente destrozado! ¿Me lo podría arreglar? ¡Por favor!

Él asintió.

—Claro que podré —dijo señalando hacia un pequeño garaje que se encontraba

en la parte trasera del taller—. Puede quitárselo allí.

Corrió apresurada a través del hangar. Por todas partes yacían trajes-coches usados en la oscuridad. Se tropezó con su viejo modelo, y, al verlo, apenas pudo contener el llanto. ¡Si se hubiese limitado a conservarlo puesto! ¡Si no hubiese sido tan tonta de dejarse seducir por la idea de tener un casco!

El pequeño garaje estaba frío y húmedo. Se sacó el traje y el casco y los pasó, a través de la puerta, a Howard, tratando cuidadosamente de no ser vista. Pero no debía de haberse preocupado, porque él miraba en otra dirección cuando ella le entregó el vestido. Probablemente se las arreglaría con mujeres modestas.

Entonces notó mucho más el frío, y se acurrucó en un rincón tratando de encontrar un poco de calor. Luego oyó a alguien martilleando fuera y se asomó a una ventanilla y echó una mirada al hangar. Howard estaba trabajando en el arreglo del parachoques frontal derecho. Por el modo en que lo hacía, Arabella podía adivinar que había reparado cientos de ellos. Exceptuando el ruido del martillo, la noche estaba completamente silenciosa. La calle, detrás de la cerca de Cape Cod, estaba vacía y oscura, salvo por la luz de un par de ventanas de edificios de oficinas. Por encima de los remates de los edificios podía verse el enorme cartel anunciador de Big Jim en la plaza principal de la ciudad. Era un cartel alternante: LO QUE ES SUFICIENTEMENTE BUENO PARA BIG JIM ES BUENO PARA TODO EL MUNDO, decía en el primer circuito. Y, en el segundo, preguntaba: ¿SI NO FUESE POR BIG JIM, DÓNDE ESTARÍA TODO EL MUNDO?

Martilleo, martilleo, martilleo... De pronto, ella pensó en un musical de TV — uno de una serie que se titulaba *La ópera puede resultar divertida cuando se saca del tiempo*— que había oído en una ocasión, llamado *Las Rutas de Sigfrido*, y recordó el primer acto, en que Sigfrido había estado importunando a un experto mecánico —su supuesto padre— llamado Mime para que le construyese un vehículo superior al Fafner que tenía el ladrón, para poder derrotar a éste en la carrera que iba a tener lugar en Valhalla. El tema del martilleo sonaba insistentemente al bongo mientras el mecánico Mime trabajaba desesperadamente en la construcción del nuevo vehículo, y Sigfrido seguía intentando averiguar quién era realmente su padre... *Martilleo, martilleo, martilleo...*

Howard había terminado de enderezar su parachoques y ahora estaba reparando el casco. Alguien que vestía un Providence amarillo pasó por la calle produciendo un silbido con sus neumáticos, y la calidad del sonido la hizo pensar en la hora. Miró su reloj: eran las 11:25. Sus padres quedarían encantados cuando, a la hora del desayuno, le preguntaran a qué hora había llegado y ella respondiera:

—Oh, alrededor de medianoche.

Siempre se quejaban porque llegaba tan temprano.

Volvió a pensar en Howard. Él ya había terminado de golpear la abolladura del

casco y estaba tratando de arreglar la rasgadura del traje. Después retocó los rasguños del parachoques y luego se acercó al pequeño garaje con casco y traje reparados y los pasó por la puerta. Ella se vistió rápidamente y salió de la habitación.

Los ojos de Howard miraban a Arabella a través del parabrisas. De sus iris azules manaba una luz amable.

—¡Qué bien estaría con ruedas! —dijo él.

—¿Qué ha dicho usted?

—Nada importante. Estaba pensando en un cuento que leí antes.

—Oh. —Arabella estaba sorprendida. Normalmente, los mecánicos no solían leer... ni los mecánicos ni nadie. Tuvo la tentación de decirle que ella también había sido aficionada a leer. Pero se abstuvo de hacerlo.

—¿Cuánto le debo? —preguntó.

—El vendedor le enviará una factura. Yo sólo trabajo para él.

—¿Toda la noche?

—Hasta las doce. Acababa de llegar, cuando usted me vio esta tarde.

—Le agradezco que... que haya arreglado mi traje. Yo... no sé que habré hecho... —dejó la frase inacabada.

La mirada apacible del joven desapareció. En su lugar apareció un destello de ira.

—¿Quién fue? ¿Harry Fourwheels?

Ella hizo un esfuerzo por vencer su humillación y dijo:

—Sí. Le... ¿le conoce?

—Un poco —dijo Howard, y ella tuvo la impresión de que «un poco» quería decir bastante. El rostro del joven, bajo el resplandor del cartel de Big Jim, pareció repentinamente envejecido, y en los ángulos de sus ojos aparecieron unas diminutas arrugas que ella no había podido apreciar hasta entonces.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó él abruptamente. Ella se lo dijo.

Y él repitió:

—Arabella... Arabella Grille. —Y luego añadió—: Yo soy Howard Highways.

Se saludaron. Arabella miró su reloj.

—Ahora tengo que irme —dijo—. Muchas gracias, Howard.

—De nada —respondió Howard—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ella se dirigió a su casa a través de las oscuras calles de una noche de abril. La primavera surgía tras ella y le susurraba al oído: Qué hermosura con ruedas. ¡Qué hermosura con ruedas...!

—Bien —dijo su padre, frente a sus huevos fritos, a la mañana siguiente—, ¿qué tal fue la doble sesión?

—¿Doble sesión? —dijo Arabella untando con mantequilla una tostada.

—¡Ah! —dijo su padre—. ¿Entonces no fue una doble sesión?

—En cierto sentido quizá lo fue —dijo la madre—: Dos aparcamientos... uno con película y otro sin.

Arabella reprimió un sollozo. La mente de su madre funcionaba con el estilo directo de la televisión comercial. En cierto modo reflejaba la potencia de los vagones que vestía. Aquella mañana llevaba uno de color rojo, con una rejilla combada y unas aletas retorcidas hacia atrás. Nuevamente, Arabella tuvo que reprimir un sollozo.

—Yo... me lo pasé muy bien —dijo—, y no hice nada malo.

—¿Eso es una novedad? —dijo el padre.

—Nuestra pequeña hijita casta de veintisiete años, casi veintiocho —dijo su madre—. ¡Pura como la nieve! Supongo que estarás arrepentida por haber tardado tanto en salir de noche por culpa de esa maldita afición a quedarte leyendo libros hasta el amanecer.

—Ya os lo dije —replicó Arabella—, ya no leo libros.

—Seguramente seguirás leyéndolos —dijo el padre.

—Ya te veo diciéndole que no le querías ver más, sólo porque intentó besarte —dijo ásperamente la madre—. Igual que hiciste con los anteriores.

—¡No lo hice! —Arabella estaba temblando—. Además, ¡voy a volver a salir con él esta noche!

—¡Bien! —dijo el padre.

—¡Tres hurras! —dijo su madre—. Tal vez ahora comenzarás a estar bien con Big Jim, y te casarás y aumentará tu cuota de consumidor, y compartirás la carga de la economía con el resto de tu generación.

—¡Quizá!

Se apartó de la mesa. Nunca había yacido antes y estaba enfadada consigo misma. Sólo cuando se dirigía al trabajo, fue capaz de recordar que, una vez ya todo se había consumado, o se admitía o se olvidaba. Y puesto que admitir aquel acto concreto parecía impensable, no le quedaba más remedio que olvidarlo... o, al menos aparentar que lo había olvidado. Aquella noche, tenía que ir a algún sitio y permanecer en él como mínimo, hasta medianoche, o sus padres sospecharían la verdad.

El único lugar que se le ocurría era un auto-cine.

Escogió uno diferente de aquel al que la había llevado Harry Fourwheels. El sol se había puesto cuando ella llegó al lugar y la principal película estaba comenzando. Era un largometraje que contaba la historia de una linda muchacha llamada Carbonella, que vivía con su madrastra y sus dos horribles hermanastras. Pasaba la mayor parte del tiempo en un rincón del garaje lavando los trajes-coche de su madrastra y de sus hermanastras. Tenían vestidos de todas las clases —Washingtons,

Lansings y Flints— mientras que Carbonella no tenía nada más que ponerse que viejos restos de chatarra. Finalmente, un día, el hijo del vendedor de Big Jim anunció que iba a dar una gran fiesta en el suntuoso garaje de su padre. Inmediatamente, las dos hermanastras y la madrastra sacaron sus mejores atuendos y se los dieron a Carbonella para que los limpiara y los dejara a punto. Ella los limpió y los revisó, y lloró y lloró porque no tenía un vestido decente para ir a la fiesta, y, finalmente, llegó la noche del gran evento y sus dos hermanastras y su madrastra quedaron enfundadas dentro de sus flamantes y cromados vestidos-coche y se dirigieron alegremente al garaje del comerciante. Carbonella quedó arrodillada en el rincón lavacoches y rompió a llorar. Entonces, justo comenzaba a considerar que Big Jim la había abandonado, apareció el Hada Madrina de todos los Coches, resplandeciente, con un brillante Lansing. En un santiamén, agitó su mano, y, de pronto, Carbonella estaba radiante como el nuevo día vistiendo un Grandrapids granate, con los tapacubos tan brillantes que casi deslumbraban. Y Carbonella pudo ir a la fiesta, después de todo, y rodó todos los bailes con el hijo del comerciante, mientras sus feas hermanastras y su madrastra languidecían paseándose solitarias de acá para allá. Estaba Carbonella tan emocionada y era tan feliz, que olvidó que el Hada Madrina de todos los Coches le había dicho que el encantamiento sólo duraría hasta medianoche, y que, antes que el reloj del anunciador del comerciante Big Jim hubiera comenzado a señalar la hora mágica, ella volvería a ser la muchacha lavacoches y, de no encontrarse nuevamente en su puesto, quedaría en su estado habitual en medio de la sala de festejos.

Entonces salió zumbando por la puerta y descendió la rampa, pero su propia prisa por ponerse a salvo antes de que cesara el encantamiento hizo que perdiera una rueda. El hijo del comerciante la encontró. Y al día siguiente hizo la ronda por todos los garajes preguntando a todas las mujeres que habían asistido a la fiesta, tratando de averiguar a quién pertenecía aquella rueda. No obstante, era tan pequeña que no podía ser encajada en ninguno de los ejes de cualquiera de las mujeres a las que les fue probada, por más grasa que se les untara. Después de probar con las dos feas hermanastras, ya se disponía a partir cuando, de pronto, vio a Carbonella sentada en el rincón de lavacoches, sacándole brillo a un traje-coche. Pues bien, no tenía más remedio que decirle a Carbonella que saliera de aquel rincón para probarle la rueda, y ante la mirada de horror de las hermanastras y de la madrastra, la rueda encajó suavemente sin necesidad de una sola pizca de grasa. Y Carbonella se fue con el hijo del comerciante y fueron felices y comieron perdices.

Arabella echó un vistazo a su reloj: eran las 10:30. Demasiado temprano para volver a casa, a no ser que quisiera ser sometida de nuevo a un cínico examen exhaustivo por parte de sus padres. Con desgana volvió a acomodarse para ver otra vez la proyección de Carbonella. Entonces se arrepintió de no haber mirado que película se proyectaba antes de entrar en el auto-cine. Carbonella estaba clasificada

como solaz para adultos, pero, de todos modos, allí había más chiquillos que otra cosa, y ella no podía evitar sentirse autosuficiente; aparcada allí en su gran traje-coche, entre tantos coches-traje de niño.

Permaneció allí hasta las once, después se marchó. Tenía la intención de pasear hasta medianoche, y probablemente lo hubiera hecho si no hubiese decidido circular, por la ciudad y, en consecuencia, no se hubiese encontrado en la calle en que estaba el cementerio de coches usados. La visión de la cerca Cape Cod le evocaba asociaciones placenteras, e, instintivamente, disminuyó la velocidad al pasar cerca de ella. Cuando llegó a la entrada, estaba virtualmente yendo a paso de tortuga, y cuando vio la figura alargada del vigilante aparcó frente a él; era natural que se detuviera.

—Hola —dijo ella—. ¿Qué está haciendo?

Él salió hasta el bordillo, y, cuando ella pudo ver que sonreía, se sintió contenta por haberse detenido allí.

—Estoy bebiendo un vaso de abril —dijo.

—¿Qué tal sabe?

—Es delicioso. Siempre he sido partidario del abril. Mayo no está mal, pero es más tibio. Lo mismo que junio, julio y agosto, sólo sacian mi sed por el vino dorado de la caída.

—¿Usted siempre habla con metáforas?

—Sólo a gente muy especial —dijo. Entonces, permaneció en silencio por un momento, y luego añadió—: ¿Por qué no entra y aparca conmigo hasta las doce? Después iremos a tomar una hamburguesa y una cerveza.

—De acuerdo.

Los trajes-coche usados llenaban literalmente el recinto, pero su vieja indumentaria había desaparecido. Aquello la alegró, porque su simple visión la hubiese deprimido, y deseaba que la efervescencia que estaba naciendo en su pecho permaneciera intacta. Y así fue.

La noche era bastante calurosa para abril, e incluso era posible ver alguna estrella o dos entre los destellos de luz del cartel de Big Jim. Howard habló de sí mismo durante un rato, explicando cómo iba a la escuela por las mañanas y trabajaba por las noches, pero, cuando ella le preguntó a qué escuela iba, respondió que ya había hablado bastante de sí mismo y que le tocaba el turno a ella. Y ella le habló de su trabajo, y de las películas, y de los programas de TV que solía ver, y, finalmente, habló de los libros que había leído.

Entonces se pusieron a hablar los dos, primero uno y después el otro, y el tiempo pasó como un petirrojo volando hacia el sur, y, casi antes de que ella se diera cuenta de qué había sucedido, ya había llegado el relevo de vigilancia, y ella y Howard se dirigían al Gravel Grille.

—Quizá —dijo él después, cuando tras llegar a Macadam Place se detuvieron

frente al garaje de Arabella—, quizá podría usted pasar a verme mañana por la noche y podríamos beber otro vaso de abril. Eso, claro, si no tiene usted otros planes.

—No —dijo ella—, no tengo otros planes.

—Entonces la esperaré —dijo él, y se alejó.

Ella se quedó mirando cómo disminuían sus luces de posición hasta desaparecer. De alguna parte llegó a los oídos de la joven un canturreo, y ella miró alrededor, por entre las sombras de la calle, pero no logró descubrir de dónde provenía aquel sonido. La calle estaba totalmente vacía y al fin comprendió que aquel canturreo surgía de su corazón.

Al día siguiente, creyó que la jornada no iba a terminar nunca; llovía y el cielo no tenía un aspecto nada animador. Se preguntó qué tal sabría el abril con lluvia, y luego descubrió —tras otra estancia en el auto-cine— que la lluvia poco influía en su sabor si estaban presentes los demás ingredientes. Los otros ingredientes estaban presentes, y Arabella pasó otra noche deliciosa hablando con Howard en el cementerio de coches usados; mirando las estrellas por entre los destellos de luz del cartel de Big Jim, y, después, ambos volvieron a dirigirse al Grave Grille para tomar hamburguesas y cerveza. Finalmente se despidieron frente al garaje de la muchacha.

Los otros ingredientes volvieron a estar presentes a la noche siguiente, y a la siguiente, y a la otra. El domingo, ella preparó una comida y ambos fueron a las colinas a pasar el día. Howard escogió la más alta de las colinas, y subieron por una carretera serpenteante. Luego aparcaron en la cresta, bajo un álamo agitado por el viento y comieron la ensalada de patatas que ella había preparado, y los bocadillos, y bebieron el café. Después fumaron cigarrillos y charlaron perezosamente.

La cima de la colina proporcionaba una vista espléndida de un lago, rodeado de árboles, cuyas aguas estaban ligeramente agitadas. Al otro lado del lago, brillaba al sol la cerca de la reserva de nudistas, y, más allá de la cerca, podían verse las figuras de los nudistas yendo por las calles de uno de los pueblos de la reserva. Debido a la distancia, apenas eran como indistinguibles puntitos, y Arabella sólo se había percatado vagamente de su presencia. Gradualmente fueron penetrando en su conciencia hasta llegar a borrar todo lo demás.

—¡Debe ser horrible! —dijo de pronto.

—¿Qué es lo que debe ser horrible? —preguntó Howard.

—Vivir desnudo en bosques, de ese modo. Como... ¡como salvajes!

Howard la miró con sus ojos tan azules —y tan profundos— como el lago.

—Difícilmente puede usted llamarles salvajes —dijo él con firmeza—. Tienen máquinas como nosotros. Cuentan con escuelas y bibliotecas. Tienen comercios y profesiones. Cierto que sólo pueden practicarlas dentro de los confines de la reserva, pero eso no significa mayor limitación que practicarlas en una pequeña villa o,

incluso, en una ciudad. Y, además, eran civilizados.

—Pero están desnudos.

—¿Es tan horrible estar desnudo?

Él había abierto su parabrisas y se había acercado mucho a ella. Luego abrió también el parabrisas de Arabella, y ella sintió el viento frío contra su rostro. Vio el beso en sus ojos, pero no lo esquivó, y luego lo sintió en sus labios. Estaba contenta de no haber esquivado el beso, porque no había en él nada del Sr. Upswept, o de Harry Fourwheels; nada de las insinuaciones de su padre ni de las observaciones de su madre. Al cabo de un momento sintió abrirse una puerta de su coche-traje, y después otra, y finalmente se sintió toda ella inmersa en el sol y el viento de abril, y el viento y el sol eran frío y cálido, frío y cálido y limpios, y la vergüenza se negó a brotar en ella, incluso cuando sintió que el pecho desprovisto de traje-coche de Howard se apretaba contra el suyo. Fue un largo y dulce momento y ella hubiera deseado que no terminara nunca. Pero terminó, como sucede a todos los momentos.

—¿Qué fue eso? —dijo Howard levantando la cabeza.

Ella también había oído el sonido —el chirrido de unas ruedas— y su mirada siguió la de él hacia abajo de la colina y vieron la brillante carrocería de un convertible blanco justo antes de que desapareciese tras un recodo de la carretera.

—¿Cree que nos ha visto? —preguntó ella. Howard dudó visiblemente antes de responder.

—No, no creo. Probablemente es alguien que ha salido a pasar el domingo fuera. Si hubieran subido la colina habríamos oído el motor.

—No... no si llevara silenciador —dijo Arabella. Volvió a vestirse con el traje-coche—. Creo... creo que será mejor que nos vayamos.

—De acuerdo. —Él comenzó a vestirse, y de pronto se detuvo—. ¿Querrá volver aquí conmigo el domingo próximo? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. Vendré con usted.

Fue todavía más hermoso que el primer domingo... más cálido, más luminoso, con un cielo más azul. De nuevo Howard le quitó el traje y la abrazó y la besó, y de nuevo ella no sintió vergüenza.

—Vamos —dijo él—, quiero enseñarle algo.

Comenzó a bajar hacia el lago.

—Pero está *andando* —protestó ella.

—Nadie nos puede ver, y ¿cuál es la diferencia? Vamos.

Ella permaneció indecisa al viento. Un arroyuelo que podía verse allá a lo lejos decidió por ella.

—De acuerdo —dijo ella.

Al principio, el suelo le producía algunas molestias, pero al cabo de un rato ya se

había acostumbrado a él, y pronto estuvo medio correteando junto a Howard. Cuando llegaron al pie de la colina, encontraron una arboleda de manzanos silvestres. El arroyo pasaba por entre los árboles, murmurando por encima de los cantos rodados. Howard se tumbó sobre la hierba boca abajo y mojó sus labios en el agua. Ella le imitó. El agua estaba fría, y el frío le produjo repeluznos.

Allí yacieron, uno junto al otro. Encima de ellos, las hojas y las ramas dibujaban extraños arabescos contra la luz del sol. Su tercer beso fue aún más dulce que los precedentes.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó ella cuando se separaron.

—Muchas veces —dijo él.

—¿Solo?

—Siempre solo.

—¿Pero no temes que Big Jim te descubra?

Él rió.

—¿Big Jim? Big Jim es un ente artificial. Los fabricantes de autos se lo inventaron para atemorizar a las gentes y obligarlas así a consumir sus productos, y el gobierno cooperó porque si no se incrementaba la producción de coches, la economía se derrumbaba. No era muy difícil lograrlo, porque la gente ya usaba coche inconscientemente. El truco era hacer que los usaran conscientemente... hacer que se avergonzaran de aparecer en público sin ellos, de ser posible. Eso tampoco fue difícil... si bien había que reducir el tamaño de los coches y, a ser posible, diseñarlos aproximadamente con figura humana.

—No deberías decir estas cosas. Es... es una blasfemia. ¡Nadie hubiera creído que eras un nudista!

Él la miró tranquilamente.

—¿Tan despreciable es ser un nudista? —preguntó—. ¿Es menos despreciable, por ejemplo, ser un comerciante como Harry Fourwheels que se aprovecha de las clientes indecisas y les estropea los recién estrenados trajes de tal modo que sólo pueden recurrir a la cláusula del servicio de 24 horas de su contrato?... Lo siento, Arabella, pero es mejor que lo sepas.

Ella se había vuelto de espalda y él no podía ver sus lágrimas cayendo por sus mejillas. Entonces ella sintió cómo la mano de Howard le tocaba el brazo y luego la ceñía por la cintura. Ella se dejó estrechar y permitió que él le besara las lágrimas, y la herida que se había abierto de nuevo se cerró, y esta vez para siempre.

La rodeaba con sus brazos.

—¿Querrás volver aquí conmigo?

—Sí —dijo ella—. Si no te importa.

—Al contrario, me gustaría mucho. Nos sacaremos los coches y correremos por los bosques. Dejaremos con un palmo de narices a Big Jim...

De la orilla opuesta surgió una figura uniformada por entre los matorrales. Un rostro angelical les miró por entre los rizos de su cabellera. Una gran mano angulada se extendió y exhibió una grabadora audio-visual portátil.

—Vosotros dos, venid —dijo una gran voz—. Big Jim quiere veros.

El juez de Big Jim miraba a Arabella con un gesto de desaprobación a través del parabrisas de su Cortez negro, cuando fue llevada a su presencia.

—Bueno, eso no estuvo muy bien por tu parte, ¿verdad? —dijo él—. Quitándote tus vestidos y coqueteando con un nudista.

El rostro de Arabella palideció detrás de su parabrisas.

—¡Un nudista! —dijo ella sin poder creerlo—. Howard no es un nudista. ¡No puede serlo!

—Oh, sí, sí que puede serlo. De hecho, es algo peor que un nudista. Es un nudista voluntario. De todos modos, comprendemos —prosiguió el juez—, que tú no tenías manera de saberlo, pero por otro lado nosotros tenemos que sentirnos culpables por haberte dejado relacionarte con él, porque si no hubiese sido por nuestra inexcusable falta de vigilancia, él no hubiera podido llevar la doble vida que llevaba... yendo a dar clases al instituto nudista por las mañanas y colándose como una víbora fuera de la reserva para trabajar por las noches en un cementerio de coches e intentando convertir a gente sana como tú misma a ese modo de pensar. En consecuencia, seremos clementes contigo. En lugar de revocar tu licencia, te vamos a dar una nueva oportunidad. Vuelve a tu casa y pide perdón a tus padres y, en adelante, compórtate correctamente. Incidentalmente, debes saber que tienes que darle las gracias por ello a un joven llamado Harry Fourwheels.

—¿Que tengo que darle las gracias?

—Naturalmente. Si no hubiese sido porque estuvo alerta y por su lealtad a Big Jim, no hubiésemos descubierto tu desviación hasta cuando ya habría sido demasiado tarde.

—Harry Fourwheels —dijo Arabella—. Debe de odiarme mucho...

—¿Odiarte? Pero, muchacha, él...

—Y creo que sé por qué —prosiguió Arabella, sin preocuparse de la interrupción—. Me odia porque me mostró cómo es realmente, y, en el fondo, le pesa ser de ese modo. Por eso me odia también el Sr. Upswept.

—Oye, señorita Grille, si vas a seguir hablando así, tendré que reconsiderar mi decisión. Después de todo...

—Y mi padre y mi madre —continuó diciendo Arabella—. Me odian porque ellos también me han descubierto su verdadera forma de ser, y en el fondo de sus corazones también les pesa su propio comportamiento. Ni siquiera los coches pueden ocultar esa clase de desnudez. Y Howard. Él me ama. Él no odia lo que es realmente, lo mismo que yo no odio lo que soy. ¿Qué han hecho con él?

—Lo hemos llevado a la reserva, por supuesto. ¿Qué más podíamos hacer con él? Aunque te aseguro que nunca más llevará una doble vida. Y ahora, Arabella, puesto que ha quedado resuelto el caso, no hay ninguna razón para que te quedes ahí más tiempo. Soy un hombre ocupado y...

—¿Cómo puede una persona convertirse en nudista voluntario, señor Juez?

—Mediante un exhibicionismo descarado y pertinaz. Buenos días, señorita Grille.

—Buenos días... y gracias.

Primero fue a su casa y empaquetó sus cosas. Su padre y su madre la estaban esperando en la cocina.

—¡Desvergonzada! —dijo su madre.

—Pensar que una hija mía... —dijo el padre.

Ella cruzó la habitación sin decir ni una palabra y subió la rampa de su dormitorio. No tardó mucho en empaquetarlo todo: excepto sus libros, aunque no tenía muchos. De vuelta a la cocina, se detuvo justo el tiempo necesario para decir adiós. Sus padres quedaron boquiabiertos.

—Espera —dijo el padre.

—¡Espera! —gritó la madre.

Arabella salió a la calle sin volverse y sin siquiera mirar por su espejo retrovisor.

Después de abandonar Macadam Place, se dirigió a la plaza pública. A pesar de lo avanzado de la hora, había muy poca gente. Primero se sacó el casco. Después el traje-coche. Luego permaneció allí, en pie, bajo el centelleo luminoso del cartel de Big Jim, en el centro de una multitud perpleja, esperando que llegaran a arrestarla.

* * *

Era de día cuando la escoltaron hasta la reserva. Encima de la entrada había un letrero que decía: PROHIBIDO SALIR. Una línea de pintura negra, todavía fresca, había sido trazada tachando las palabras, y sobre ellas habían sido pintadas otras palabras: PROHIBIDO VESTIR HOJAS DE PARRA MECÁNICAS. El guardián que la escoltaba miró a través de su parabrisas, hacia arriba.

—¡Otra de sus gracias! —gruñó.

Howard la esperaba junto a la verja. Cuando ella vio sus ojos comprendió que estaba bien, y, en un momento, estaba en sus brazos, olvidada su desnudez, llorando sobre su solapa. Él la estrechó con fuerza, apretando su abrigo con sus manos. Ella oyó su voz entre las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Sabía que nos observaban, y les dejé que nos atraparan juntos esperando que te mandasen aquí. Y cuando comprendí que no lo hacían esperé —rogué— que vinieras voluntariamente. Cariño, ¡me alegra tanto que lo hicieras! Estarás bien aquí. Te

gustará. Tengo una casita con un gran jardín detrás. Hay una piscina comunitaria, un club de mujeres, un grupo de teatro aficionado, un...

—¿Hay un ministro? —preguntó ella a través de las lágrimas.

Él la besó.

—También hay un ministro. Si nos apresuramos, podemos verle antes de que comience sus rondas matutinas.

Caminaron juntos por la vereda.

APARATO CONTRA TENDENCIA

por Christopher Anvil

Usted no sería capaz de imaginar que cosas tan extrañas hace la gente cuando se le presenta la oportunidad.

Esta narración cuenta algo bastante divertido acerca de la sociología y de la capacidad humana para la autoexpresión.

Boston 2 de septiembre de 1976. El Dr. R. Milton Schummer, Catedrático de Sociología del Wellsford College, habló en contra del «conformismo pelotillero» ante una audiencia de mil doscientas personas, en el Swarnton Hall, anoche.

El Profesor Schummer dijo que América, que había sido la tierra de la libertad, es ahora «el domicilio del hombre masificado, configurado desde la infancia según las influencias de los módulos imbéciles de la televisión, de la circulación de revistas y periódicos de masas, y la perversa influencia de los anuncios en todos esos medios. El resultado es el americano gregario con partes intercambiables y con un programa grabado incorporado».

Lo que necesita este país, dijo el Dr. Schummer, es «libertad para ser diferente, libertad para ser excéntrico». Pero concluyó: «el impulso es demasiado grande. Su curso, como la marea, no puede ser reversible mediante esfuerzos humanos. En doscientos años, esta nación ha pasado del individualismo al conformismo, de la independencia a la interdependencia, del federalismo al fusionismo, y éste todavía no es el final. Uno puede asustarse pensando lo que puede sobrevenir en los próximos cien años».

Rutland, Vt., 16 de marzo de 1977. El Dr. J. Paul Hughes, nieto del inventor Everett Hughes, ha revelado hoy un aparato que su abuelo había mantenido oculto por sus «supuestos efectos secundarios». Los trabajos sobre el ingenio han sido calificados por el Dr. Hughes como un «campo privado», con la «exclusión de los cuasi-electrones». En palabras del Dr. Hughes:

«Mi abuelo era un experimentador excéntrico. No obstante, de un modo sorprendente, a menudo sus tentativas lograban un éxito comercial bien remunerado. En el caso presente, y según las teorías científicas en boga, nos encontramos ante un ingenio inexplicable, pero que resultará fácilmente comercializable. Montado de

manera adecuada, y conectado a una toma de corriente, el ingenio hace efectivamente pruebas de sonido sobre las superficies de los materiales, como muros, puertas, suelos y cosas por el estilo, y, además, puede ser una gran ayuda para las condiciones de vida de hoy día, con tanta aglomeración».

El Dr. Hughes explicó que el ingenio, según se suponía, funcionaba con la exclusión de «cuasi-electrones», los cuales, en opinión de mi abuelo, gobernaban la transmisión del sonido a través de los cuerpos sólidos, y producía otras diversas funciones esotéricas. Pero no tenemos ninguna necesidad de tomar todo esto en serio.

New York, 12 de mayo de 1977. Hoy se anunció la formación de la Hughes Muro-Silencioso S. A.

El Presidente de la nueva firma es J. Paul Hughes, nieto del inventor Everett Hughes.

New York, 18 de septiembre de 1977. En la actualidad, uno de los principales capitales del mercado es Hughes Muro-Silencioso. Con una demanda en alza y con el presidente original de la firma lanzado a la palestra, dejando su puesto a Myron L. Sams, el experto en cracks, la sociedad ha dado con una mina de oro.

Un portavoz de la compañía dijo: «La mayor necesidad de este país es la soledad. Vivimos en los bolsillos de los demás, y, si no podemos hacer otra cosa, al menos Muro-Silencioso puede aislar sonoramente los bolsillos».

Las unidades Muro-Silencioso, que tienen un precio de venta al contado de 289,95 dólares por unidad básica de vivienda, se dice, proporcionan al vendedor, al distribuidor y al fabricante, una generosa ganancia. Y nadie puede decir que 289,95 dólares no es un precio razonable por aislarse de los ruidos de los televisores de los vecinos, de sus tocadiscos, de sus riñas y de los llantos de sus niños.

* * *

Detroit, 23 de diciembre de 1977. Hoy Papá Noel dejó aquí un regalo anticipado para la industria del automóvil.

Cuando se estaba haciendo una prueba de conducción con un coche equipado con una unidad Muro-Silencioso de la casa Hughes, el vehículo patinó sobre una superficie helada y dio tres vueltas de campana, y el conductor salió magullado pero ileso. El propio coche, un liviano super-compacto, apenas sufrió daños.

Las pruebas realizadas con acotillo revelaron el hecho sorprendente de que, con la

unidad puesta adecuadamente, el coche no se abollaría, y sus cristales no se podrían romper. Ni el capó ni la chapa del portaequipajes podrían levantarse. Ni las puertas ni las ventanas podrían abrirse hasta que la unidad fuera desconectada. Con la unidad desconectada, el coche era perfectamente ordinario.

Ésta es la primera prueba realizada con un Muro-Silencioso en un vehículo automotor.

En las instalaciones en oficinas y apartamentos se utiliza un diseño especial de unidad básica de insonorización para paredes y suelo, y pequeñas unidades adicionales para insonorizar las puertas y las ventanas. La instalación que se ha probado hoy carece de semejantes refinamientos.

26 de diciembre de 1977. J. Paul Hughes, jefe de dirección de la Muro-Silencioso Corp., manifestó hoy a los periodistas que su firma no tiene intención de comercializar unidades Hughes Muro-Silencioso para uso de automóviles.

Desmintió el informe de Detroit acerca de una prueba de un coche equipado con Muro-Silencioso que resultó sin daños después de haber dado varias vueltas de campana. Calificó el hecho de «imposible».

Hartford, 8 de enero de 1978. A pesar de los mentís de la Muro-Silencioso Corp., en todo el país se están llevando a cabo experimentos acerca del uso de las unidades de insonorización de la compañía como aparato de seguridad en los coches. Se han recibido numerosas cartas, telegramas, y llamadas telefónicas en las oficinas centrales de una de las más importantes compañías de seguros del país.

Hartford, 9 de enero de 1978. Las pruebas llevadas a cabo por ejecutivos del New Standard Insurance Group indican que los informes originales de Detroit eran correctos.

Los coches equipados con unidades Muro-Silencioso no pueden ser abollados, destrozados, rayados, o estropeados con herramientas ordinarias.

Austin J. Ramm, secretario ejecutivo de New Standard Group, explicó a los periodistas:

—Es la cosa más condenada que jamás he visto.

»Recibimos tantos comunicados de gente de todos los rincones del país, diciendo que habían conectado unidades Muro-Silencioso a sus coches, que decidimos probarlo nosotros.

»Probamos con piedras, martillos, y cualquier cosa. Cuando todos los intentos hubieron fracasado, yo lo intenté con un taladro eléctrico de un cuarto de pulgada, y

Steve Willoughby —que es nuestro presidente— golpeó en el centro del parabrisas con un pico del ferrocarril. El pico rebotó. Mi taladro sólo se deslizó resbalando por la superficie del coche, sin ni siquiera rayarlo.

»Queríamos probar otras muchas cosas.

»Pero ya habíamos comprobado lo veraces que eran todos aquellos informes».

New York, 10 de enero de 1978. Myron L. Sams, presidente de la Hughes Muro-Silencioso Corp., anunció hoy que acababa de ponerse a la venta en todo el país un dispositivo especial para automóviles. El señor Sams advierte que una instalación inadecuada podría, entre otras cosas, estropear la totalidad o una parte de la maquinaria del coche. Insta a los representantes de la compañía para que se encarguen de la instalación del dispositivo.

Dallas, 12 de enero de 1978. Tras una persecución que ha durado una hora, una banda de atracadores huyó esta tarde con 869.000 dólares en metálico y papel negociable.

A pesar de la lluvia de balas, el coche, con que escaparon los autores del atraco, no sufrió ningún daño. Fracasó un intento de detenerlo con una barricada, porque el vehículo se estrelló contra ella y prosiguió su marcha intacto.

Aquí se especula con la posibilidad de que el coche estuviera equipado con una de las unidades Hughes Muro-Silencioso, que aparecieron a la venta hace pocos días.

Las Vegas, 19 de enero de 1978. Una banda de ocho o diez criminales asaltó ayer noche el Club Dólar de Plata, huyendo posteriormente con más de un cuarto de millón de dólares.

Fue uno de los robos más extraños de la historia de esta ciudad.

Los criminales entraron en el club en cochecitos de golf enmascarados con bolsas de plástico transparentes de color aluminio, y comenzaron a disparar contra los empleados del club, iniciando así una verdadera batalla. Al poco rato de lucha, resultó evidente que era imposible incluso romper los faros de los cochecitos de golf.

Tomando como rehenes al director y a los empleados del club, los francotiradores recibieron el dinero que pedían, corrieron por la acera y subieron la rampa de un camión que les estaba esperando y que les condujo fuera de la ciudad, después de derribar una gruesa barricada.

Durante todo el tiempo que le estuvo persiguiendo la policía, el camión demostró que no era posible causarle ningún daño. En un violento tiroteo, no resultó nadie herido porque la policía estaba equipada con las nuevas unidades Muro-Silencioso, y

era evidente que el camión también lo estaba.

Ya lejos de la ciudad, el camión se encontró con otra barricada. Los atracadores se dispusieron a abalanzarse sobre lo que parecía una endeble barrera, pero se encontraron bloqueados cuando la barricada, dotada de una unidad Muro-Silencioso, les impidió proseguir su marcha.

El camión, con los cochecitos de golf en su interior, resultó indemne. Los bandidos están bajo tratamiento por conmoción cerebral y graves heridas.

Los 250.000 dólares han vuelto al Club del Dólar de Plata, y Las Vegas vuelve a estar tan en calma como antes.

New York, 23 de enero de 1978. En una rueda de prensa convocada precipitadamente, J. Paul Hughes, presidente del consejo de administración de la Hughes Muro-Silencioso Corp., anunció que está haciendo gestiones cerca del Gobierno Federal para que intervenga y suspenda las actividades de la empresa.

Señaló que había intentado sin éxito suspender las operaciones de la compañía por medio de su propia autoridad, y, luego, el Dr. Hughes manifestó que, como científico, tenía que poner en conocimiento del público el peligro que suponía el desarrollo tecnológico, «la amenaza de las potencialidades que, sólo recientemente, he podido apreciar». Todavía no se había recibido respuesta de Washington.

New York, 24 de enero de 1978. El presidente Myron L. Sams supo hoy que eran ciertos los informes que hablaban de una dura lucha interna para obtener el control de la Hughes Muro-Silencioso Corp.

Spring Corners, Iowa, 26 de enero de 1978. Oscar B. Nedle, un granjero de las afueras de la ciudad, ha levantado una barricada que corta el tráfico de la Cross-State Highway a lo largo de veinte millas en las dos direcciones.

El señor Nedle perdió no hace mucho un pleito por daños adicionales, cuando la autopista dividió su granja en dos partes desiguales, la menor de las cuales contenía su casa y los edificios de la granja, y la mayor, los campos.

La barricada está hecha de barriles de aceite, caballetes, y alambre de espino. Los barriles de aceite y los caballetes no pueden ser apartados, y parece como si estuviesen soldados a lo más profundo de la tierra. El alambre espinoso está misteriosamente rígido e inamovible. La barricada consta de una doble fila de esos obstáculos inamovibles, espaciados para formar un paso de veinte pies de ancho que permite conectar las dos partes de la granja del señor Nedle.

Al señor Nedle se le vio, esta mañana temprano, cruzando la carretera, con el

atomizador manual.

La pesada maquinaria de construcción de carreteras ha fracasado en su intento de derribar los obstáculos. Los expertos están desconcertados. Por otra parte, el expendedor local de Muro-Silencioso recuerda haber vendido al señor Nedle, y no hace mucho, una cantidad de pequeñas unidades, y añade: «pero no mucho más de lo que han venido comprando otros granjeros últimamente».

Cabe mencionar que el pleito del señor Nedle es uno de los muchos que se han presentado en este territorio.

New York, 27 de enero de 1978. La Hughes Muro-Silencioso Corp, ha sido reorganizada hoy como Muro-Silencioso S. A., con Myron L. Sams ostentando los cargos de presidente del consejo de administración y jefe de dirección. J. Paul Hughes, nieto de Everett Hughes, continúa como director.

Spring Corners, Iowa, 28 de enero de 1978. Se ha restablecido la circulación por la Cross-State Highway.

Esta mañana, un camión con remolque, grúa y perforadora del ejército de los Estados Unidos se desplazó hasta la autopista y realizó un número determinado de agujeros de seis pies de diámetro, permitiendo así que pudieran ser izados los dos bloques de barricada como unidades. El alambre, los barriles de aceite, los caballetes y los grandes pedazos de tierra, que permanecían rígidos cuando fueron izados, se trasladaron a los Laboratorios de Investigación y Desarrollo del ejército de los Estados Unidos, para ser estudiados. No se han encontrado unidades de Muro-Silencioso, y es presumible que hayan embebido, con su poderosa fuerza, las masas de tierra.

El sheriff, el jefe superior de policía de Spring Corners, y agentes del orden, federales y del estado, están tratando de arrestar a Oscar B. Nedle, propietario de la granja adyacente a la autopista.

Esto parece imposible, porque la casa y los edificios del señor Nedle están equipados con un cierto número de unidades de Muro-Silencioso, controladas desde el interior.

Boston, 1 de febrero de 1978. El Dr. R. Milton Schummer, Catedrático de Sociología del Wellsford College, y crítico severo del «rastrero conformismo», dijo esta noche, cuando fue preguntado por los periodistas, que algunos de los efectos de la Muro-Silencioso constituyen una señal de esperanza en la larga lucha de lo individual contra las fuerzas de la conformidad. No obstante, el Dr. Schummer no

cree que «un simple artilugio tecnológico pueda afectar a los grandes movimientos de las tendencias sociológicas».

Spring Corners, Iowa, 2 de febrero de 1978. Una cerca de alambre espinoso de cuatro pies de altura, entrelazada con pedazos de rieles, bloquea ahora la Cross-State Highway cerca de la casa del granjero Leroy Weaver, cuya propiedad quedó dividida en dos por la autopista, y quien ha manifestado a menudo que recibió una compensación inadecuada.

Resultó imposible para el equipo de la autopista derribar los alambres y los raíles.

El señor Weaver no pudo ser detenido, porque su casa y los edificios colindantes están equipados con unidades de Muro-Silencioso, y, ni el sheriff, ni los oficiales federales han podido penetrar en sus posesiones.

Washington, DC, 3 de febrero de 1978. La Oficina de Standards informa que las pruebas hechas sobre unidades de Muro-Silencioso demuestran que se trata esencialmente de «ingenios de estasis». Lo que quiere decir que evitan que cambie cualquier superficie en que se aplique. Además, impide el paso del sonido, porque el material protector es prácticamente no comprimible, y no es susceptible a la influencia de las ondas alternantes de comprensión y refracción existentes en el medio adyacente.

La Oficina de Standards ha sugerido muchas posibles aplicaciones por medio de su portavoz, quien informó, por ejemplo, que se habían introducido finas rebanadas de manzana y pera en el aparato Muro-Silencioso, y que habían sido extraídas de allí intactas, después de desconectar el ingenio, al cabo de períodos de experimentación de más de tres semanas.

New York, 3 de febrero de 1978. Myron L. Sams, presidente de la Muro-Silencioso S. A., informa que las ventas de la empresa alcanzan cotas más altas cada día. Actualmente, Muro-Silencioso Inc. tiene factorías en siete estados, además de Gran Bretaña, los Países Bajos y Alemania Occidental.

Spring Corners, Iowa, 4 de febrero de 1978. Un camión con grúa y perforadora del ejército de los Estados Unidos se ha desplazado nuevamente a la Cross-State Highway, que se encuentra otra vez interceptada. Pero, esta vez, la gigantesca máquina ha quedado inmovilizada, debido, aparentemente, a uno o más ingenios estatificadores (Muro-Silencioso) ocultos.

Cuando la inmensa máquina, que pesa más de treinta toneladas, quedó con todas las ruedas del camión y del remolque bloqueadas, no resultó un problema sencillo moverla.

Los Ángeles, 5 de febrero de 1978. La policía local informa de la captura de una pandilla de drogadictos y toda clase de tipos desagradables en una guarida, después de cuarenta horas de lucha.

El escondrijo, conocido como el «Club del humo y de la aguja», estaba equipado con dieciséis aparatos de estasis fabricados por la Muro-Silencioso, Inc., y contaba con una línea eléctrica auxiliar que se extendía a lo largo de una cañería seca desde la casa contigua. Sólo, cuando el suministro de electricidad fue cortado en toda la zona, la policía pudo penetrar en el interior del refugio de los delincuentes.

New York, 5 de febrero de 1978. Myron L. Sams, presidente de la Muro-Silencioso, Inc., anunció hoy una reducción general de precios, para lograr una mejora del diseño y del volumen de producción en todos los productos de la compañía.

En el futuro, la unidad básica de vivienda de Muro-Silencioso se venderá a 229,95 dólares en lugar de a 289,95. Las unidades especialmente pequeñas, adquiribles para asegurar cercas, reforzar muros, y proveer de mecanismos de seguridad verjas y puertas de locales comerciales, saldrán por tan sólo 19,95 dólares. Se rumorea que este precio, con métodos perfeccionados de producción, seguirá proporcionando pingües beneficios a todos los involucrados en la economía de la empresa, y, por tanto, los precios pueden ser reducidos en ciertas áreas en algunas ocasiones especiales.

Spring Corners, Iowa, 6 de febrero de 1978. Una grúa se encargó hoy de sacar el aparato del ejército, inmovilizado en la zona oriental de la Cross-State Highway.

Se extrajeron catorce pequeñas unidades de estasis de la máquina, de su tractor y de su remolque, y finalmente, dichas unidades fueron transportadas por aire. Hubo dificultades por el hecho de que cada unidad de estasis «congelaba», aparentemente, las unidades precedentes de su hilera. Los expertos en desestatzación no sólo debían localizar las unidades, sino que tenían que ponerlas en su orden correcto, y algunas estaban colocadas con mucha astucia, para despistar.

Seaton Bridge, Iowa, 9 de febrero de 1978. La Cross-State Highway fue

bloqueada de nuevo; esta vez por una barrera de piel de vaca curtida de ochenta y tres pies de longitud, de cuatro pies de ancho en su base, y dos pies y medio de alto, aparentemente estabilizada con unidades de estasis, y tan dura como el cemento. La Guardia Nacional está patrullando alrededor de Seaton Bridge, a cada lado del bloque.

New York, 10 de febrero de 1978. Representantes de la Muro-Silencioso, Inc., informan que un estudio de los ingenios de estasis, extraídos de la máquina del ejército, en Spring Corners, Iowa, revelan que «no son aparatos de fabricación MS, sino burdas imitaciones hechas por aficionados. No obstante, funcionan».

Spring Centre, Iowa, 12 de febrero de 1978. La Cross-State Highway, que ya está cortada a la altura de Seaton Bridge, ahora se encuentra bloqueada en tres lugares distintos por muros de nieve, levantados con excavadoras, durante la última noche de tormenta, por los granjeros y después estabilizados con ingenios de estasis. Hombres de la prensa, que visitaron la zona, informan que los grandes montículos parecen de hormigón. No es posible acabar con ellos ni con picos, palas, o llamas.

New York, 15 de febrero de 1978. El Dr. J. Paul Hughes, uno de los directores de la Muro-Silencioso, Inc., reiteró esta noche su súplica al Gobierno para que prohíba el uso de aparatos de estasis. Recordó la advertencia de su inventor, su abuelo Everett Hughes, y manifestó que trataba de dedicar el resto de su vida «intentando deshacer el mal que había causado el ingenio».

New York, 16 de febrero de 1978. Myron L. Sams, presidente de la Muro-Silencioso, Inc., anunció hoy que una larva de mosca había permanecido en estasis durante veintiún días sin sufrir daños visibles. Los científicos de la MS, dijo, están trabajando ahora en el problema de mantener en estasis a pequeños animales. Si resulta un éxito, dijo Sams, los experimentos abrirán una puerta al «viaje en el tiempo, de ida solamente», y permitirá que las personas que sufren serias enfermedades esperen, sin dolor, hasta que se encuentre el remedio para que se produzca su curación.

Bonn, 17 de febrero de 1978. Las salvajes acusaciones hechas hoy por los alemanes del Este contra los occidentales refuerzan los rumores de que los «enclaves

de unidades de estasis» están floreciendo y se están extendiendo como setas por Alemania del Este.

Informes similares provienen de Hungría, mientras que Polonia informa acerca de cierto número de tanques soviéticos en «estasis».

La Habana, 18 de febrero de 1978. En una frenética alocución, esta noche, «Che» García, Secretario General del Partido Comunista Cubano, anunció que el Gobierno está levantando «muros de estasis» alrededor de toda la isla, y todos esos «bloques de edificios con estasis» que ahora se están construyendo, resistirán «incluso a los yanquis y sus peores bombas de hidrógeno».

No obstante, en un abuso del torrente de vitriolo, el señor García amenazó diciendo que «cualquier foco de individualismo degenerado que surja, será erradicado de la faz de la tierra por la sangre, el sudor y las lágrimas, y por las fuerzas del monolítico socialismo».

Durante algún tiempo, hubo insatisfacción por el actual régimen.

El señor García acusó a la CIA de haber invadido flagrantemente el espacio aéreo cubano lanzando, por toda la isla, «millones de pequeñas y perniciosas unidades de estasis, alimentadas por pilas de potencia extraordinaria», mediante aviones que no podían ser derribados porque estaban protegidos por «otros de esos aparatos inmundos, diabólicos y saboteadores».

Des Moines, 21 de febrero de 1978. El Gobierno del estado de Iowa, después del frustrado asedio de las cuatro granjas colindantes con la Cross-State Highway, ha anunciado hoy que vuelve a abrirse un período para que los propietarios, que consideren que la compensación recibida por la expropiación de parte de sus tierras, para la construcción de la autopista, es incorrecta, puedan presentar sus reclamaciones.

El gobernador recomendó paciencia a los propietarios de tierras colindantes con la autovía y, al mismo tiempo, sugería que enviaran sus quejas a la capital, y también solicitaba que abrieran la autopista al tráfico.

Staunton, Vt., 23 de febrero de 1978. Hiram Smith, un profesor universitario retirado, cuya familia había vivido en la misma granja desde los tiempos de la Revolución, recibe un ultimátum, intimándole a abandonar su hogar.

Se va a construir una presa cerca y la casa del señor Smith va a quedar dentro de la zona inundada.

Al recibir la orden, el señor Smith, que vive en la granja con su nieto de catorce años, manifestó que «no abandonaría su casa si no era muerto o apresado».

Esta mañana, el sheriff trató de ejecutar la orden de evacuación, y fue detenido por un disparo procedente de la casa de los Smith. Al tiro de aviso siguió el vuelo de un pequeño modelo reducido de aeroplano impulsado por pilas, aparentemente controlado por radio, que aterrizó a unos dos mil metros de la casa de los Smith, cerca de un viejo manzanar.

El señor Smith advirtió al sheriff que se apartara de su automóvil y se tumbara en el suelo, si el coche no estaba equipado con un ingenio de estasis, y, en cualquier caso, que no mirara el manzanar.

Se produjo un destello brillante, un estallido, y un estruendo que al sheriff le pareció una explosión de cien toneladas de TNT. Cuando volvió a mirar el manzanar, éste estaba oscurecido con un resplandor grana y nubes de vapor, como si se tratara de un chorro de nieve vaporizada.

El señor Smith sugirió al sheriff que abandonara la propiedad, o el siguiente «bombazo» iría dirigido hacia él.

Nadie se ha acercado a la casa de Smith desde la marcha del sheriff.

New York, 25 de febrero de 1978. El señor Myron L. Sams, presidente de la Muro-Silencioso, Inc., anunció hoy que «definitivamente no hay ninguna conexión entre la explosión de Staunton y la MS Corp., o con sus unidades de estasis. La unidad de estasis es un genio estrictamente defensivo y no puede ser utilizado con propósitos ofensivos».

New York, 25 de febrero de 1978. El Dr. J. Paul Hughes afirmó esta noche que la «bomba retardada» que ayer estalló en Staunton, y de la que ahora se sabe que dejó un cráter radiactivo, llevaba incorporada probablemente una «unidad de estasis». La unidad «estaba conectada, quizás, a un ligero recipiente que contenía material radiactivo. No es preciso que se tratara del material del que estamos acostumbrados a pensar como apto para las bombas de fisión. Tampoco es necesario que haya la cantidad usual de dicho material. Mientras la unidad de estasis estaba activada por una señal de radio o por un mecanismo de relojería, las partículas de alta capacidad energética emitidas por el material radiactivo no podían escapar de su propia cápsula, que estaba entonces en estasis, y resultaba equivalente a una superficie muy dura, densa e impenetrable, parecida a una pared de frontón ideal. Las partículas de alta energía rebotaban al interior, bombardeando el material radiactivo. A medida que la cantidad de partículas con elevada energía fue aumentando dentro del espacio cerrado estático, el material radiactivo, a pesar de su escasa cantidad, alcanzó su punto crítico.

Lo que ocurra en semejantes circunstancias depende del material radiactivo que se utilice, del tamaño de la muestra, y de la duración del «guiño»... que es el tiempo que tarda el campo estático en retirarse».

El Dr. Hughes añadió que «éste es un nuevo y muy definido uso destructivo del campo estático, que, según nos asegura el señor Myron Sams, es totalmente inocuo».

Montpelier, Vt., 26 de febrero de 1978. El gobernador anunció hoy la suspensión temporal del proyecto para construir una presa en Staunton, mientras se investigan las numerosas reclamaciones de los propietarios.

Moscú, 28 de febrero de 1978. «Cierta número» de «células aisladas» del «tipo estático-controlado» se han infiltrado en la Unión Soviética. Aquellos que se desvían de la línea establecida son expulsados; es preciso asumir la teoría de que siempre hay alguien que debe rebelarse. Éstos, en localidades importantes, son reducidos por el Ejército Rojo, con gases lacrimógenos, gases tóxicos y reflectores, tácticas de «guerra de nervios», y, en algunos casos, sacando la «célula» y sacándola a pasear. Está generalmente aceptado que aquí no hay tantos problemas como en los países satélites, donde las dificultades alcanzan proporciones astronómicas.

Spring Corners, Iowa, 16 de mayo de 1978. Tras haber sido atendidas todas las reclamaciones de los pobladores de las zonas circundantes de la Cross-State Highway, se ha reanudado el tráfico por la autopista. El panorama presenta un aspecto nuevo y sorprendente al producirse el hecho de que las máquinas de los granjeros desaparecen, metiéndose dentro de túneles, por debajo de la carretera, para pasar de un lado a otro.

Staunton, Vt., 4 de julio de 1978. Hoy tuvo lugar una gran celebración, porque el gobernador y un comité de legisladores anunciaron que el gran proyecto para construir una presa en Staunton había sido abandonado, e iban a ser construidas unas cuantas presas pequeñas, como alternativa al plan previsto.

Bonn, 16 de agosto de 1978. Según informes oficiales, parece que el gobierno de Alemania del Este, el de Hungría, y asimismo una buena parte del gobierno polaco, se encuentran con dificultades cada vez mayores a medida que se incrementan los «enclaves de unidades de estasis», que dejan a los gobiernos a in expectativa. Es

difícil pronosticar cuándo va a terminar esto.

Washington, 30 de septiembre de 1978. Esta mañana, el Departamento del Tesoro ha destinado a cerca de ciento ochenta hombres para un «asunto urgente». Su tarea es mantener la creciente Liga Anti-Impuestos, cuyos miembros se calculan actualmente en un número superior al millón de entusiastas hombres de negocios. Los miembros de la Liga, a menudo dificultan la labor de los agentes del Tesoro, utilizando libros de contabilidad y archivos cerrados con unidades estáticas, edificios de oficinas cerrados estáticamente contra los empleados, coches equipados con ingenios de estasis capaces de salir de garajes equipados con unidades estáticas conectadas a los edificios de oficinas estáticas, para que los conduzcan a sus casas estáticas, donde es físicamente imposible que penetren los sirvientes de la ley.

Princeton, NJ, 5 de octubre de 1978. Una conferencia de los científicos más destacados, que se reunieron hoy aquí para intercambiar pareceres acerca de la naturaleza de las unidades de estasis, ha terminado en una violenta discusión. Una de las causas de desacuerdo es la «acción selectiva» de las unidades de estasis, que permite que la luz ordinaria atraviese los cuerpos transparentes, pero bloqueando, al mismo tiempo, el paso de otras radiaciones electromagnéticas.

Esta tarde se produjeron graves desórdenes durante una disertación del Dr. J. Paul Hughes acerca de la «Propagación por ondas de los cuasi electrones». La disertación estaba acompañada de una demostración del ingenio original de Everett Hughes, alimentado por un antiguo generador que estaba pensado para el aparato primitivo. Cuando el ingenio fue adquiriendo velocidad, el Dr. Hughes pudo demostrar la presencia de una esfera de nueve pulgadas de material reflectante en el foco supuestamente vacío del aparato. Esa esfera, aseguró el Dr. Hughes, era la superficie de un espacio evacuado por completo de cuasi electrones, al cual identificaba como «unidades de tiempo».

En ese punto estalló el desorden.

A pesar del barullo, el Dr. Hughes pasó a explicar el valor límite de la velocidad de la luz en términos de la teoría de cuasi electrones, pero fue interrumpido cuando la vibración del ingenio de vapor comenzó a sacudir el techo.

Corre el rumor de que, en principio, la conferencia podría quedar suspendida, y sin publicar.

Washington, DC, 16 de agosto de 1979. Fuentes normalmente bien informadas afirman que los Estados Unidos han desarrollado una «pantalla misil» capaz de

destruir los misiles enemigos en vuelo, y teóricamente capaz de crear un muro alrededor de la nación, a través del que ningún tipo de proyectil enemigo podría pasar. Este ingenio, según se dice, está basado en la original unidad de estasis de Everett Hughes, que crea una barrera perfectamente rígida, de tamaño y forma variables, y que puede ser proyectada muy rápidamente con sólo conectar el aparato a una red eléctrica.

Entre otros de los muchos usos militares del aparato de estasis hay que destacar la protección de las bases de misiles, de almacenes de alimento y municiones, la invulnerabilidad de los carros blindados, y, además, hay que tener en cuenta las unidades de conversión rápida, que son capaces de convertir una casa normal en un fuerte refugio a prueba de bombas.

Veteranos observadores de la escena militar dicen que la unidad de estasis varía completamente, invirtiéndola, la ventaja que hasta ahora tenían, en oposición a las defensivas, las armas ofensivas. Esta ventaja tradicionalmente alternante, supuesta finiquitada con el desarrollo de los explosivos nucleares, ha vuelto a dar otra oscilación pendular. Ahora, en lugar de «arma absoluta», tenemos «defensa absoluta». En realidad, ni las bombas de hidrógeno pueden con ella.

Pero, si bien la nación quedaría desprotegida sin la aplicación de esas unidades, los medios oficiales dicen que es preciso encontrar alguna vía efectiva para combatir el uso de unidades de estasis por los gánsters, por los entusiastas de evadir el pago de impuestos, por los sectores rurales separatistas, por los secuestradores aéreos y por los propietarios de tugurios. El último problema que se ha presentado es el de las barricadas, levantadas por timadores en una carretera con mucho tráfico. Los timadores detienen a los viajeros y les cobran un «peaje», y luego desaparecen, antes de que llegue la policía, y se instalan en otro punto para repetir la operación. Debe existir una réplica a todas estas cosas, pero aún no se ha encontrado.

Boston, 2 de septiembre de 1979. Anoche, en Swarton Hall, el Dr. Milton Schummer, Catedrático de Sociología del Wellsford College, habló contra el «individualismo galopante» ante una audiencia de seiscientas personas.

El profesor Schummer dijo que América, que en un principio había sido una tierra de objetivos comunes, se ha convertido en una asquerosa cuna de pedantes individualistas, contestatarios, artistas «nuevos ricos» y «hombres minuto» de todas clases, cada uno de los cuales reacciona contra una condición de vida que pudo parecer excesivamente conformista en su día, pero que hoy, en la perspectiva de los acontecimientos, aparece como la dirección más coherente. El resultado de lo que ocurre hoy es el fraccionamiento de América por divisiones bruscas y sintéticas, y por sectarismos belicosos.

Lo que necesita este país, dijo el Dr. Schummer, es «coordinación de esfuerzos,

unidad de objetivos, y supresión de diferencias». Pero, concluyó, «la reacción es demasiado violenta. La tendencia, lo mismo que las mareas, no puede ser cambiada por los esfuerzos humanos. En tres años, esta nación ha ido de la cohesión a la fragmentación, de la independencia al caos, del federalismo al astillamiento, y eso todavía no es todo.

Uno se estremece al pensar en lo que puede suceder en los próximos cien años».

EL GRAN GRAMATIZADOR AUTOMÁTICO

por Roald Dahl

¿Escribe usted? ¿Ficción? ¿Poesía? ¡Cuidado!

—Bien, Knipe, muchacho. Ya está terminado, sólo te llamé para decirte que habías hecho un buen trabajo.

Adolph Knipe permaneció en pie frente al escritorio del señor Bohlen. No parecía sentir ningún entusiasmo.

—¿No estás satisfecho?

—Oh sí, señor Bohlen.

—¿Has visto qué dicen esta mañana los periódicos?

—No, señor.

El hombre que estaba detrás del escritorio cogió un periódico doblado y comenzó a leer: «La construcción de la gran computadora automática, encargada por el gobierno hace algún tiempo, ha sido terminada. Probablemente sea la máquina calculadora más rápida conocida hasta hoy en el mundo. Su funcionamiento servirá para satisfacer el constante incremento de las necesidades de la ciencia, de la industria y de la administración, para el rápido cálculo matemático que, en el pasado, con los métodos tradicionales, hubiera sido materialmente imposible realizar, o hubiera exigido mayor tiempo del que justifican los problemas. La rapidez con la que trabaja ese aparato, dice el señor John Bohlen, director de la firma de ingeniería electrónica principal responsable de su construcción, podría ser destacada por el hecho de que en cinco segundos, es capaz de dar la respuesta correcta a un problema que ocuparía a un matemático durante un mes. En tres minutos, puede realizar un cálculo que, a mano (si fuera posible), llenaría un millón de folios. La computadora automática funciona a base de pulsaciones eléctricas, generadas a razón de un millón por segundo, para resolver todos los cálculos que constan de sumas, restas, multiplicaciones y divisiones. Para fines prácticos no hay límite de...»

El señor Bohlen dirigió una mirada al rostro alargado y melancólico del joven.

—¿No se siente orgulloso, Knipe? ¿No está satisfecho?

—Desde luego, señor Bohlen.

—Creo que no es preciso que le recuerde que su propia contribución,

especialmente en los planos originales, fue muy importante. De hecho, hasta me atrevería a decir que, sin usted y algunas de sus ideas, este proyecto estaría hoy en pañales.

Adolph Knipe movió su pie sobre la moqueta, y miró las dos manos pequeñas y blancas de su jefe, sus dedos nerviosos que jugaban con un clip, retorciéndolo, estirando sus curvas metálicas. No le gustaban las manos de aquel hombre. Ni tampoco su rostro, con una boca pequeña y unos labios rosados y estrechos. Era desagradable el modo de moverse su labio inferior cuando hablaba.

—¿Le preocupa algo, Knipe? ¿Tiene algún problema?

—Oh, no, señor Bohlen, no.

—¿Qué le parecería tomarse una semana de vacaciones? ¿Le gustaría? Se lo merece.

—Oh, no sé, señor.

El anciano esperó, mirando a aquel muchacho alto y delgado que estaba en pie frente a él. Era un chico difícil. ¿Por qué no podía contestar directamente? Siempre distraído, con manchas en su chaqueta y el cabello sobre el rostro.

—Me gustaría que se tomara unas vacaciones, Knipe. Las necesita.

—Muy bien, señor. Si usted lo quiere.

—Tome una semana. Dos semanas, si quiere. Vaya a algún lugar cálido. Tome el sol. Báñese. Relájese. Duerma. Y después vuelva, y hablaremos del futuro.

Adolph Knipe fue en autobús a su apartamento de dos habitaciones. Dejó el abrigo sobre el sofá, se sirvió un vaso de whisky y se sentó ante la máquina de escribir, que estaba sobre la mesa. El señor Bohlen tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Excepto que no sabía de la misa la media. Probablemente había pensado que se trataba de una mujer. Cuando un hombre joven está deprimido, todo el mundo acostumbra a creer que es por una mujer.

Se inclinó y comenzó a leer la hoja a medio terminar que estaba puesta en la máquina de escribir. Estaba encabezada por el título *Una estrecha salida*, y comenzaba así: «*La noche era oscura y tormentosa, el viento silbaba entre los árboles, y caía una lluvia de perros...*»

Adolph Knipe bebió un sorbo de whisky, saboreando el gusto amargo de malta, sintiendo el fluir del líquido frío por su esófago hasta posarse en la parte superior de su estómago, frío, al principio, y luego expandiéndose y volviéndose cálido, creando una pequeña área de calor en su tripa. Al diablo el señor Bohlen. Y al diablo la gran computadora eléctrica. Al diablo... En aquel preciso instante, sus ojos y su boca comenzaron a abrirse lentamente, y poco a poco levantó la cabeza y quedó inmóvil, absolutamente quieto, mirando perplejo a la pared de enfrente, con una mirada que era más de sorpresa que de maravilla, pero con la vista muy fija, sin desviarla durante cuarenta, cincuenta o sesenta segundos. Entonces, cuando la sorpresa se convirtió en

placer, se fue produciendo (su cabeza permanecía inmóvil) un cambio sutil en su rostro, muy leve, al principio sólo alrededor de las comisuras de los labios, y luego, incrementándose gradualmente, se extendió hasta que, al final, todo el rostro estaba resplandeciente, con una expresión de delicia extrema. Era la primera vez que Adolph Knipe sonreía en muchos meses.

—Desde luego —dijo, hablando ligeramente—, es completamente ridículo. —Y sonrió, levantando el labio superior y mostrando sus dientes de un modo muy sensual—. Es una idea deliciosa, pero tan difícil de poner en práctica que ni siquiera tiene sentido pensar en ella.

A partir de entonces, Adolph Knipe comenzó a no pensar en otra cosa. La idea le fascinaba enormemente, en principio porque le ofrecía la promesa —aunque remota— de vengarse, de la manera más diabólica, de sus peores enemigos. Sólo desde este punto de vista acarició la idea, gozando durante diez o quince minutos; entonces se encontró a sí mismo examinándola seriamente como posibilidad práctica. Cogió un papel y escribió algunas notas preliminares. Pero no avanzó mucho. Casi inmediatamente, se percató de la vieja verdad que dice que una máquina, por más perfecta que sea, no es capaz de tener pensamiento original. No puede comprender más problemas que los que pueden resolverse en términos matemáticos, problemas que tengan una, y sólo una, solución.

Aquello era desconcertante. No parecía que hubiese ninguna salida. Una máquina no puede tener cerebro. Por otro lado, *puede* tener memoria, ¿no? Su propio calculador electrónico tiene una memoria maravillosa. Simplemente variando los impulsos eléctricos, mediante una columna de mercurio, y convirtiéndolos en ondas, podría, almacenar un millar de números a la vez, y extraer cualquiera de ellos en el preciso momento en que fuera necesario. Entonces, sobre este principio, ¿no sería posible construir una sección de memoria de una capacidad casi ilimitada? ¿Qué tal eso?

Entonces, de repente, se encontró con una simple pero poderosa verdad: *¡La gramática inglesa está regida, por reglas que son de un rigor casi matemático!* Dando las palabras, dando el sentido de lo que se quiere decir, entonces sólo hay un orden correcto en el que dichas palabras pueden ser dispuestas y combinadas.

No, pensó, esto no es lo suficientemente exacto, en muchas frases hay varias posiciones posibles para cada palabra, y todas serían desde el punto de vista gramatical correctas. Pero, qué diablos. La teoría es básicamente verdadera. Además, parece razonable que una máquina, que ha sido construida sobre el modelo de la computadora eléctrica, pudiera ser ajustada para combinar palabras (en lugar de números) en su ordenación correcta, de acuerdo con las reglas de la gramática. Se le darían, los verbos, los nombres, los adjetivos, los pronombres, se le almacenarían en la sección de memoria, y se le dispondrían de modo que pudieran ser extraídos

cuando fuera preciso. Después se le proporcionarían las ideas y los significados y se la podría dejar escribiendo las frases. Ya nada podía detener a Knipe. Inmediatamente se puso manos a la obra, y durante los días siguientes estuvo trabajando a pleno rendimiento. La sala de estar quedó literalmente cubierta de hojas de papel: fórmulas y cálculos; lista de palabras, millares y millares de palabras; los argumentos de las historias, curiosamente fragmentadas y subdivididas; amplios extractos de Roget Taurus; páginas llenas de nombres de hombre y de mujer; cientos de apellidos extraídos de la guía telefónica; intrincados dibujos de hilos y circuitos, válvulas termotrópicas e interruptores; dibujos de máquinas que podrían perforar de distintas maneras las tarjetas, y de una extraña máquina de escribir eléctrica capaz de escribir diez mil palabras por minuto. También había dibujado un panel de control con una serie de pequeños botones, cada uno con una pequeña etiqueta con el nombre de una famosa revista americana.

Estaba trabajando a un ritmo exultante, paseándose por la habitación, arriba y abajo, por encima de toda aquella mesa de papel, retorciéndose las manos, hablando en voz alta; y, a veces, con un breve resoplido, soltaba una serie de imprecaciones obscenas en las que siempre aparecía la palabra «editor». Al cabo de quince días de continuo trabajo, recogió los papeles, los guardó en dos grandes portafolios y los llevó —casi corriendo— a las oficinas de ingeniería electrónica de John Bohlen Inc.

El señor Bohlen se alegró de volverlo a ver.

—Bien, Knipe, le felicito, tiene usted un aspecto cien veces mejor. ¿Cómo han ido sus vacaciones? ¿Adónde fue?

Tenía el aspecto horrible y desaseado de siempre, pensó el señor Bohlen. ¿Por qué no se ponía derecho? Parecía un bastón retorcido. «Tiene usted un aspecto cien veces mejor, muchacho» Me pregunto qué estará pensando. Cada vez que lo veo, parece que sus orejas se han agrandado.

Adolph Knipe puso los portafolios sobre la mesa.

—¡Mire, señor Bohlen! —exclamó—. ¡Mire esto!

Luego contó la historia. Abrió los portafolios y acercó los planos al sorprendido hombrecillo. Habló durante más de una hora, explicándolo todo, y, cuando hubo terminado, se echó hacia atrás, irguiéndose, sin aliento, emocionado, esperando el veredicto.

—¿Sabe qué pienso, Knipe? Pienso que está usted majareta. —Luego, el señor Bohlen se dijo a sí mismo: «Cuidado, trátalo con cuidado. Es valioso. Si no tuviera ese aspecto horrible, con esa cara de caballo alargada y esos enormes dientes. El chico tiene las orejas tan grandes como hojas de ruibarbo».

—¡Pero, señor Bohlen! ¡Funcionará! ¡Le demostraré que va a funcionar! ¡No puede negarlo!

—Cálmese, Knipe. Cálmese, y escúcheme.

Adolph Knipe miró a su hombre, cada vez más disgustado con él.

—Esta idea —decía el señor Bohlen moviendo el labio inferior— es muy ingeniosa (debería decir que es brillante) y no hace sino confirmar mi opinión acerca de sus habilidades, Knipe. Pero no se lo tome demasiado en serio. Después de todo, muchacho, ¿de qué puede servirnos? ¿Quién, sobre la tierra, quiere una máquina para escribir cuentos? ¿Y dónde su rentabilidad? Sólo dígame esto.

—¿Puedo sentarme, señor?

—Claro, siéntese.

Adolph Knipe se sentó al borde de la butaca. El viejo lo miraba con ojos alertados, preguntándose qué iba a escuchar.

—Me gustaría explicarle algo, señor Bohlen, si me lo permite, acerca de cómo llegué a esto.

—Vaya al grano, Knipe. —Tenía que ser halagado un poco, se dijo el señor Bohlen. El muchacho era realmente valioso, casi una especie de genio; para la firma valía su propio peso en oro. Sólo había que echar una ojeada a aquellos papeles. La cosa más peregrina que pueda imaginarse. Un trabajo sorprendente. Inútil, por supuesto. Sin ningún valor comercial. Pero era una prueba más de la habilidad del muchacho.

—Supongo que se trata de una especie de confesión, señor Bohlen. Creo que explica por qué siempre he sido tan... por qué siempre he estado tan... como preocupado.

—Cuénteme lo que quiera, Knipe. Estoy aquí para ayudarle... ya lo sabe usted.

El joven juntó las manos sobre sus rodillas, apretando los codos contra los costados. Parecía como si, de repente, sintiera frío.

—Verá usted, señor Bohlen, a decir verdad, no me interesa mucho el trabajo que hago aquí. Ya sé que soy bueno y todo eso, pero no pongo el alma en ello. No es lo que yo quiero hacer.

El señor Bohlen alzó las cejas electrizado. Todo su cuerpo se puso en tensión.

—Sabe usted, señor, toda mi vida he querido ser escritor.

—¿Escritor?

—Sí, señor Bohlen. Tal vez no lo crea, pero cualquier momento libre que tengo lo dedico a escribir cuentos. En los últimos diez años he escrito cientos de narraciones; para concretar, quinientas sesenta. Aproximadamente, una por semana.

—¡Pero, por Dios, hombre! ¿Para quién demonios hizo usted semejante cosa?

—Todo lo que sé, señor, es que me siento impulsado a ello.

—¿Impulsado por qué?

—Por la necesidad de crear, señor Bohlen. —Cada vez que levantaba la mirada, veía los labios del señor, Bohlen. Poco a poco, se iban enrojeciendo y afinando.

—¿Y puedo preguntarle qué hace usted con esos cuentos, Knipe?

—Bueno, señor, ahí está el problema. Nadie me los compra. Cada vez que termino uno, lo envío a todas partes. Pasa de una revista a otra. Eso es todo, señor Bohlen, y todos se limitan a devolvérmelo. Es muy deprimente:

El señor Bohlen se relajó.

—Comprendo muy bien cómo se siente usted, muchacho. —Su voz tenía un tono de simpatía—. Todos hemos pasado por ello una u otra vez a lo largo de nuestra vida. Pero ahora... ahora, usted ya ha comprobado de un modo evidente... según la apreciación de los expertos, de los propios editores, que sus cuentos son... cómo diré... bastante fracasados, y ya es hora de dejar correr ese asunto. Olvídelo, muchacho. Límitese a olvidarlo.

—¡No, señor Bohlen! ¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Yo sé que mis cuentos son buenos! Por Dios, si usted los compara con esa birria que publican las revistas... ¡por todos los diablos, señor Bohlen!... las cosas desgachadas y aburridas que usted lee una semana tras otra en las revistas..., ¡es para volverse loco!

—Espere un momento, muchacho...

—¿Ha leído alguna vez las revistas, señor Bohlen?

—Perdóneme usted, Knipe, pero ¿qué tiene eso que ver con su máquina?

—¡Todo, señor Bohlen, absolutamente todo! Lo que estoy tratando de decirle es que he hecho un estudio de las revistas, y, según parece, cada una tiende a tener su propio tipo de cuentos. Los escritores —los que tienen éxito— lo saben, y escriben ciñéndose a ello.

—Un momento, muchacho. Cálmese, ¿quiere? No creo que esto nos lleve a ninguna parte.

—*Por favor*, señor Bohlen, escúcheme. Es terriblemente importante. —Hizo una pausa para tomar aliento. Estaba verdaderamente excitado, gesticulando con violencia mientras hablaba. Su rostro alargado, con sus enormes dientes y sus grandes orejas, brillaba de entusiasmo, y había un exceso de saliva en su boca que le hacía casi babear—. Oiga, con mi máquina, gracias a un coordinador ajustable entre la «memoria argumental» y la «memoria léxica» puedo producir el tipo de cuento que desee, simplemente pulsando el botón adecuado.

—Sí, ya entiendo, Knipe, ya entiendo. Todo esto es muy interesante, pero ¿y qué?

—Pues eso, señor Bohlen. El mercado es limitado, tenemos que ser capaces de producir lo adecuado, en el momento adecuado, cuando nos venga en gana. Es una cuestión de negocios, eso es todo. Me lo miro desde su óptica... como una proposición comercial.

—Pero, muchacho, probablemente ni siquiera sea una proposición comercial. Usted sabe tan bien como yo lo que cuesta construir una máquina de éstas.

—Sí, señor, lo sé. Pero, con el debido respeto, no creo que usted sepa lo que las revistas pagan a los escritores por cada cuento.

—¿Cuánto pagan?

—Probablemente sale a un promedio de alrededor de los mil.

El señor Bohlen dio un salto.

—Sí, *señor*, es verdad.

—¡Es absolutamente imposible, Knipe! ¡Es ridículo!

—No, señor, es verdad.

—Usted quiere decirme que esas revistas pagan a un hombre esas cantidades de dinero por... ¡sólo por escribir un cuento! ¡Dios mío, Knipe! ¿Y qué más? ¡Los escritores deben ser millonarios!

—¡Exactamente, señor Bohlen! Ahí es donde entra la máquina. Escuche un minuto, señor: voy a contarle algo más. Lo tengo todo pensado. Las grandes revistas publican una media de tres cuentos de ficción cada vez. Ahora considere las quince revistas más importantes... las que pagan mejor. Hay algunas que son mensuales, pero la mayor parte son semanales. Bien. Esto nos permite decir que se compran alrededor de cuarenta narraciones cada semana. Ello significa cuarenta mil dólares. Pues bien; con nuestra máquina —cuando esté en pleno funcionamiento— ¡podremos copar casi la totalidad de ese mercado!

—Pero, muchacho, ¡usted está loco!

—No, señor; honestamente, es verdad lo que le digo. ¿No comprende que, sólo por la cantidad, los arrollaremos? Esta máquina es capaz de escribir una narración de cinco mil palabras lista para ser impresa, en sólo treinta segundos. ¿Cómo podrán los escritores competir con esto? Se lo pregunto, señor Bohlen, ¿cómo?

En este punto, Adolph Knipe notó un leve cambio en la expresión del hombre, un brillo especial en los ojos, una distensión en las ventanas de la nariz, y toda la cara impávida, casi rígida. Rápidamente, prosiguió:

—Hoy día, señor Bohlen, los artículos hechos a mano no tienen ninguna esperanza. No pueden competir con la producción en masa, especialmente en este país... y usted lo sabe. Moquetas... sillas... zapatos... vajillas... ladrillos... todo lo que se le ocurra, todo está hecho a máquina. La calidad tal vez es inferior, pero eso no importa. Lo que cuenta es el coste de la producción. Y los cuentos son un producto más, como las moquetas y las sillas, y a nadie le importa cómo se producen siempre y cuando sean entregados a tiempo. ¡Les venderemos al por mayor, señor Bohlen! ¡Haremos la competencia a todos los escritores del país! ¡Coparemos el mercado!

El señor Bohlen se incorporó en su silla. Se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa de escritorio, y, con gran atención, miró fijamente a su interlocutor.

—Sigo pensando que es inviable, Knipe.

—¡Cuarenta mil por semana! —exclamó Adolph Knipe—. Y si nos partimos las ganancias, nos quedarán veinte mil por semana, ¡lo que da un millón al año para cada uno! —y añadió suavemente—. Usted no ganó un millón al año por construir la vieja

calculadora electrónica, ¿verdad que no, señor Bohlen?

—Pero, en serio, Knipe, ¿cree usted que los comprarán?

—Escuche, señor Bohlen. ¿Quién va a querer comprar cuentos hechos a medida, si puede comprar los otros a mitad de precio? Parece claro, ¿no?

—¿Y cómo se los va a vender? ¿Quién les dirá que los ha escrito?

—Montaremos nuestra propia agencia literaria, y los distribuiremos a través de ella. E inventaremos todos los nombres que queramos para los escritores.

—No me gusta, Knipe. Me suena a fraude, ¿a usted no?

—Y otra cosa, señor Bohlen. Hay mil maneras de explotar el producto, una vez lanzado. Considere la publicidad, por ejemplo. Hoy día, los fabricantes de cervezas y gente así están pagando grandes cantidades a escritores famosos si permiten que pongan sus nombres en sus productos. ¡Por Dios, señor Bohlen! No estamos hablando de niñerías. Se trata de grandes negocios.

—No sea demasiado ambicioso, muchacho.

—Y otra cosa. No hay ninguna razón por la que no pudiéramos poner su nombre en alguna de las mejores narraciones, si lo deseara.

—Dios mío, Knipe. ¿Para que querría yo semejante cosa?

—No lo sé, señor, excepto que algunos escritores llegan a ser muy respetados... como el Sr. Erle Gardner o Kathleen Norris, por ejemplo. Necesitamos nombres, y, naturalmente, yo había pensado en utilizar mi propio nombre en una o dos narraciones, sólo para mayor comodidad.

—Un escritor, ¿eh? —dijo el señor Bohlen, pensativo—. Bueno, en el club, seguro que se sorprenderían al ver mi nombre en las revistas... las mejores revistas.

—Eso es, señor Bohlen.

Por un instante, el señor Bohlen quedó mirando al vacío con expresión soñadora, y sonrió. Luego se movió con animación y comenzó a ojear los planos.

—Hay una cosa que no acabo de comprender, Knipe. ¿De dónde saldrán los argumentos? ¿Seguramente, la máquina no podrá inventar argumentos?

—Nosotros se los daremos, señor. No hay ningún problema. Cualquiera puede aportar un argumento. Hay escritos trescientos o cuatrocientos en ese portafolios de ahí, a su izquierda. Sólo hay que dárselos a la «sección de memoria de argumentos» de la máquina.

—Adelante.

—También hay otros muchos pequeños refinamientos, señor Bohlen. Ya los verá cuando estudie detenidamente los planos. Por ejemplo, hay un truco que casi todos los escritores emplean, que consiste en colar, al menos una vez a lo largo de la narración, una palabra «difícil». Esto hace pensar al lector que el hombre que ha escrito aquello es muy sabio e inteligente. Y he planeado la máquina para que haga lo mismo. Habrá una larga lista de palabras almacenadas exclusivamente para tal fin.

—¿Dónde?

—En la sección «memoria de palabras» —dijo él; sin dudarle un instante.

Durante la mayor parte del día, los dos hombres estuvieron discutiendo las posibilidades del nuevo ingenio.

Al final el señor Bohlen dijo que debería reflexionar un poco más acerca de todo ello. A la mañana siguiente estaba realmente entusiasmado. En una semana estaba ya del todo absorbido por la idea.

—Lo que tendremos que hacer, Knipe, es decir que sólo estamos construyendo otra calculadora, pero de un nuevo tipo. Eso nos permitirá mantener el secreto.

—Exacto, señor Bohlen.

Y, al cabo de seis meses, la máquina estaba terminada. La alojaron en un edificio de ladrillo separado, en la parte trasera del bloque principal, y, cuando ya estuvo lista para funcionar, nadie podía acercarse allí, salvo el señor Bohlen y Adolph Knipe.

Fue un momento emocionante cuando los dos hombres, uno bajito y rechoncho, y el otro, alto, delgado y con enormes dientes se encontraron en el pasillo, delante del panel de control y se dispusieron a producir la primera narración. Alrededor de ellos había tabiques que formaban muchos pequeños corredores, y los tabiques estaban cubiertos de circuitos eléctricos, clavijas y enormes válvulas de vidrio. Ambos estaban nerviosos, y el señor Bohlen se apoyaba alternativamente sobre cada uno de sus pies, incapaz de mantenerse quieto.

—¿Qué botón? —preguntó Adolph Knipe, contemplando una hilera de pequeños discos blancos que parecían tercias de una máquina de escribir—. Elija usted, señor Bohlen. Puede escoger entre muchas revistas... *Saturday evening Post*, *Collier's*, *Ladies*, *Home Journal*... la que le guste más.

—¡Caramba, chico! ¿Cómo voy a saberlo? —Estaba dando saltitos como si le hubiera picado una avispa.

—Señor Bohlen —dijo Adolph Knipe con gravedad—, ¿se da cuenta de que, en este momento, con sólo su meñique, puede ser usted el escritor más versátil de este continente?

—Oiga, Knipe, comience usted, por favor... y déjese de preliminares.

—De acuerdo, señor Bohlen. Vamos allá... veamos... éste. ¿Qué tal? —Extendió un dedo y apretó un botón con el nombre de TODAY'S WOMAN impreso en diminuta letra negra. Se produjo un chasquido agudo, y cuando retiró su dedo, el botón permaneció hundido, por debajo del nivel de los otros.

—Esto basta para la selección —dijo—. Ahora... ¡ahí va!

Alcanzó una clavija y la conectó al panel. Inmediatamente, la habitación quedó sumergida en un intenso murmullo, producido por el crepitar de las conexiones eléctricas y el tintineo de muchas y diminutas palanquitas que se movían a toda velocidad; y, casi al mismo instante, comenzaron a salir folios, por una ranura que

había a la derecha del panel de control, y fueron cayendo dentro de un cesto. Salían de prisa, una hoja por segundo, y, en menos de medio minuto, todo había terminado. Ya no salieron más hojas.

—¡Ahí está! —exclamó Adolph Knipe—. ¡Ahí tiene su cuento!

Cogieron las hojas y empezaron a leer. La primera comenzaba así: «Agrtfauijhtfdrs, mnhnht, fhuytplKj hgredsabvt ytredyrt, mbht greswafhm, llñ, tan, Kjuyhtgrfedsw...» Miraron las demás. El estilo era idéntico en todas ellas. El señor Bohlen se puso a gritar. Knipe trató de calmarlo.

—Está bien, señor. No ocurre nada. Sólo necesita un ajuste. Habremos hecho una conexión equivocada en alguna parte, eso es todo. Recuerde usted, señor Bohlen, que, en esta habitación, hay un millón de pies de circuito eléctrico. No puede esperarse que todo salga bien a la primera.

—Nunca funcionará —dijo el señor Bohlen.

—Tenga paciencia, señor. Sea paciente.

Adolph Knipe se dedicó a averiguar dónde estaba el fallo y, al cabo de cuatro días, anunció que todo estaba listo para hacer un nuevo intento.

—Nunca funcionará —dijo el señor Bohlen—, yo sé que nunca funcionará.

Knipe sonrió y apretó el botón selector que estaba marcado con el nombre de READER'S DIGEST. Luego colocó la clavija en su lugar correspondiente, y nuevamente se produjo el extraño y emocionante murmullo. Salió una página escrita por la ranura y fue a caer dentro del cesto.

—¿Dónde está el resto? —exclamó el señor Bohlen—. ¡Se ha parado! ¡No va bien!

—No, señor. Va perfectamente bien. ¿No ve que es para la Digest?

Esta vez, comenzaba:

«Pocoeslagentetodavíaqueconoceelnuevodescubrimientorevolucionarioquehacepo:
Y seguía.

—¡Esto es ininteligible! —gritó el señor Bohlen.

—No, señor, es correcto. ¿No se da cuenta? Lo único que ocurre es que no separa las palabras. Eso es fácil de ajustar. Pero el cuento está ahí. Mire, señor Bohlen, ¡mire! Todo está aquí. Aunque sea con las palabras unidas.

Y, efectivamente, así era.

En un posterior intento, unos días más tarde, todo estaba correcto, incluso la puntuación. La primera narración que lanzaron, para una conocida y famosa revista femenina, era una sustanciosa historia, basada en las aventuras de un muchacho que quería mejorar sus relaciones con un rico empresario. El chico, en el transcurso de la historia, se puso de acuerdo con un amigo para que secuestrara a la hija del hombre rico, cuando ésta regresara a su casa al anochecer. Entonces el muchacho apareció, desarmó a su amigo y rescató a la chica. La muchacha estaba agradecida. Pero el

padre sospechaba algo. Interrogó al muchacho con astucia. El chico no pudo resistir y confesó. Entonces, el padre, en lugar de echarlo de su casa, dijo que admiraba la inventiva del joven. La muchacha admiraba su honradez... y, después de todo, no estaba mal. Era bastante bien parecido. El padre le prometió ascenderlo a jefe del Departamento de Contabilidad. Y se casó con la hija.

—¡Es tremendo, señor Bohlen! ¡Está perfecto!

—Me parece un poco sensiblero, muchacho.

—¡No, señor, será un éxito, un verdadero éxito!

Embargado por la emoción, Adolph Knipe extrajo seis cuentos más en otros tantos minutos. Todos ellos, excepto uno, que, por alguna razón, contenía un terceto obsceno, parecían enteramente satisfactorios.

El señor Bohlen se había apaciguado. Accedió a establecer una agencia literaria en una oficina de la ciudad, y dejar al cargo de la misma a Knipe. En un par de semanas el proyecto estaba realizado. Entonces Knipe envió por correo la primera docena de cuentos. Puso su propio nombre en cuatro de ellos, el del señor Bohlen en uno, e inventó nombres para los demás.

Cinco de aquellas narraciones fueron aceptadas enseguida. La que iba con el nombre de Bohlen fue devuelta con una carta del editor, que decía: «El trabajo demuestra gran habilidad, pero, en nuestra opinión, no está totalmente logrado. Nos gustaría ver más obras de este autor...» Adolph Knipe tomó un taxi, se dirigió a la fábrica, y sacó otra narración para la misma revista. Volvió a poner al señor Bohlen como autor, y la envió inmediatamente. Ésa fue comprada.

El dinero comenzó a afluir. Knipe fue aumentando la producción lenta y cuidadosamente y, al cabo de seis meses, ya enviaba treinta cuentos semanales, y vendía casi la mitad.

Comenzó a hacerse un nombre en los círculos literarios, como escritor prolífico y con éxito. Lo mismo le ocurrió al señor Bohlen, aunque no alcanzó tanto renombre. Por entonces, Knipe estaba creando una docena de prometedores jóvenes autores. Todo iba bien.

Entonces, decidieron adaptar la máquina para que pudiera escribir novelas, además de cuentos. El señor Bohlen, ávido de obtener honores más importantes en el mundo literario, insistió a Knipe para que se pusiera manos a la obra inmediatamente.

—Quiero hacer una novela —repetía—. Quiero hacer una novela.

—Y la hará, señor. Y la hará. Pero, por favor, tenga paciencia. El ajuste que he de hacer es muy complicado.

—Todo el mundo me dice que he de escribir una novela —exclamó el señor Bohlen—. Todo tipo de editores me anda detrás día y noche, pidiéndome que deje de perder el tiempo con cuentos y que me dedique a hacer algo realmente importante. Una novela es lo único que cuenta... eso es lo que dicen.

—Haremos novelas —le dijo Knipe—. Tantas como queramos. Pero, por favor, tenga paciencia.

—Óigame, Knipe. Yo quiero hacer una novela seria, algo que les haga caer de espaldas, algo de lo que tomen nota. Empiezo a estar cansado de la clase de cuentos que está usted últimamente sacando con mi nombre. De hecho, no sé si no ha tratado usted de ponerme en ridículo.

—¿Tratando de ponerle en ridículo, señor Bohlen?

—Sí, quedándose para usted todas las mejores, que es lo que ha hecho.

—¡Oh no, señor Bohlen! ¡No!

—Pero esta vez voy a escribir un libro inteligente, un libro de altura. ¿Comprende?

—Oiga, señor Bohlen, con las modificaciones que estoy introduciendo en la máquina, usted podrá escribir el tipo de libro que quiera.

Y resultó ser verdad, porque, después de un par de meses, el genio de Adolph Knipe había logrado no sólo adaptar la máquina para escribir novelas, sino que también había construido un nuevo y maravilloso sistema de control que capacitaba al autor para preseleccionar cualquier tipo de argumento y estilo de escritura que deseara. Había tantos diales y tantas clavijas que parecía el cuadro de mandos de un inmenso aeroplano.

Primero, apretando uno de los botones principales de la serie, el escritor tomaba su decisión previa: el tipo de libro que deseaba escribir: histórico, satírico, filosófico, político, romántico, humorístico, erótico o realista. Luego, de la segunda hilera (los botones básicos), escogía su tema: vida en el ejército, tiempos de los pioneros del oeste americano, guerra civil, guerra mundial, problema racial, salvaje oeste, vida campestre, recuerdos de la infancia, aventuras en el mar, el fondo del mar, y muchos, muchos más. La tercera hilera de botones daba el estilo literario: clásico, fantástico, picante, Hemingway, Faulkner, Joyce, femenino, etc. La cuarta hilera de botones era para seleccionar los caracteres, la quinta para el léxico, y así hasta diez filas de botones de preselección.

Pero eso no era todo. Durante este nuevo proceso de escritura era preciso ir ejerciendo cierto control (que llevaba unos quince minutos por novela), y, para ello, el autor tenía que sentarse en un asiento de automovilista, y tirar (o empujar) de una serie de mandos dispuestos en batería, como si estuviese tocando el órgano. Al hacerlo, podía modular cincuenta diferentes y variables cualidades, como tensión, sorpresa, humor, pathos y misterio. Numerosos indicadores le señalaban exactamente cómo andaba su trabajo.

Finalmente, había una cuestión de «pasión». Tras un cuidadoso estudio de los libros más vendidos del año anterior, Adolph Knipe decidió que aquél era el ingrediente más importante de todos —un catalizador mágico que, de una manera u

otra, era capaz de transformar la más pesada de las novelas en un brillante éxito—. Pero Knipe también sabía que la pasión es poderosa, caprichosa, y debe ser administrada con prudencia... en las correctas proporciones y en los momentos adecuados; para que ello fuera así, él había fabricado un control independiente que consistía en dos mecanismos de ajuste que habían de ser manipulados mediante pedales, algo parecido al embrague y el freno de los automóviles. Uno de los pedales gobernaba el porcentaje de pasión a inyectar, y, el otro, regulaba su intensidad. No había ninguna duda, por supuesto —y ése era el único inconveniente— de que quien escribiera una novela con los métodos de Knipe iba a resultar más bien un piloto de avión o un conductor de automóvil, pero ello no preocupaba al inventor. Cuando todo estuvo listo, Knipe fue en busca del señor Bohlen y le acompañó al edificio en que se hallaba la máquina y empezó a explicarle el proceso de funcionamiento de la nueva maravilla.

—¡Dios mío, Knipe! ¡Nunca seré capaz de hacer todo eso! ¡Condenado muchacho, resultaría más fácil escribir una novela a mano!

—En seguida se acostumbrará a manejarla, señor Bohlen, se lo prometo. En una o dos semanas, la manipulará sin ninguna dificultad. Como si nada. Es como aprender a conducir.

Bueno, no era tan fácil como eso, pero, tras muchas horas de práctica, el señor Bohlen comenzó a tenerla por la mano y, finalmente, una noche, le dijo a Knipe que la preparara para hacer la primera novela. Fue un momento tenso. El hombrecillo se agitaba nervioso en su asiento de conductor, y el alto y dentón Knipe andaba para acá y para allá, alrededor suyo.

—Intento escribir una novela importante, Knipe.

—Estoy seguro de que lo conseguirá, señor. Estoy seguro.

Con un dedo, el señor Bohlen pulsó cuidadosamente los botones de preselección necesarios:

Botón maestro: *satírico*.

Tema: *problema racial*.

Estilo: *clásico*.

Personajes: *seis hombres, cuatro mujeres, un niño*.

Longitud: *quince capítulos*.

Al mismo tiempo, fijaba su atención particularmente sobre tres mandos marcados con rótulos: *fuerza, misterio, profundidad*.

—¿Está preparado, señor?

—Sí, sí, estoy listo.

Knipe conectó el interruptor y la enorme máquina se puso en marcha. Se produjo un zumbido creado por más de cincuenta mil engranajes, varillas y palancas engrasados; entonces, sobrevino el tecleo rápido y casi insoportable de la máquina de

escribir. En seguida, las hojas escritas fueron cayendo al cesto, cada dos segundos. Pero, con el ruido y la emoción, y teniendo, además, que manejar los controles de mando, vigilar el contador de capítulo, y los indicadores de pasión y paz de espíritu, el señor Bohlen fue presa del pánico. Reaccionó exactamente igual que un aprendiz de conductor: pisando fuerte con ambos pies los pedales hasta que la máquina estuvo parada.

—Felicidades por su primera novela —dijo Knipe, cogiendo el gran pliego de hojas que habían caído al cesto.

El rostro del señor Bohlen estaba cubierto de pequeñas, perlas de sudor.

—Ha sido un trabajo duro, muchacho.

—Pero lo conseguí, señor. Lo conseguí.

—Déjemela ver, Knipe. ¿Qué tal ha salido?

Comenzó a leerla por el primer capítulo, devolviendo cada una de las páginas al joven.

—¡Dios mío, Knipe! ¿Qué es esto? —el labio de pez del señor Bohlen se movía imperceptiblemente mientras; hablaba, y sus mejillas empezaron a inflarse.

—¡Pero mire aquí, Knipe! ¡Es insultante!

—Debo admitir que es un poco sabroso, señor.

—¡Sabroso! ¡Es perfectamente repugnante! ¡Yo no puedo firmar esto!

—De acuerdo, señor, de acuerdo.

—Knipe, ¿me ha tomado usted el pelo?

—¡Oh no, señor! ¡No!

—Pues lo parece.

—¿No cree, señor Bohlen, que ha pisado demasiado los pedales de control de pasión?

—Pero, muchacho, ¿cómo podría yo saberlo?

—¿Por qué no intenta otra vez?

El señor Bohlen hizo una segunda novela, y, en esa ocasión, salió según estaba planeada.

Al cabo de una semana, el manuscrito había sido leído y aceptado por un editor entusiasmado. Siguió Knipe con una a su nombre. Luego hicieron una docena más. De la noche al día, la Agencia Literaria Knipe se había hecho famosa por su amplio surtido de jóvenes escritores prometedores. Y una vez más comenzaron a ganar mucho dinero.

Fue entonces cuando Knipe comenzó a demostrar gran capacidad para los grandes negocios.

El señor Bohlen, que ahora vestía deportivamente una chaqueta de color verde botella y se había dejado crecer el cabello hasta que le cubrió dos tercios de sus orejas, estaba muy contento del modo que iban las cosas.

—Oiga, señor Bohlen —dijo Knipe—. Todavía tenemos demasiada competencia. ¿Por qué no absorbemos a todos los escritores del país?

—No le entiendo, muchacho. No se puede absorber a los escritores.

—Claro que se puede. Exactamente igual que hizo Rockefeller con sus compañías de petróleo. Sólo hay que comprarlos, y si no quieren venderse, se les aplasta. ¡Así de sencillo!

—Cuidado, Knipe. Cuidado.

—Aquí tengo una lista, señor, de cincuenta de los más famosos escritores del país. Y lo que pretendo es ofrecerle a cada uno de ellos un contrato vitalicio con una buena paga. Todo lo que tienen que hacer es comprometerse a no volver a escribir ni una sola palabra; y, por supuesto, dejarnos usar sus nombres. ¿Qué le parece?

—Nunca lo aceptarán.

—Usted no conoce a los escritores, señor Bohlen. ¿Los ha observado alguna vez?

—¿Y qué hay de la necesidad creativa?

—¡Es una pura invención! Lo único que les interesa a todos ellos es el dinero... igual que a todo el mundo.

Finalmente, aunque con ciertas reservas, el señor Bohlen aceptó que se llevara a cabo el intento, y Knipe, con su lista de escritores en el bolsillo, se fue a hacer sus contactos, saliendo con un Cadillac con chofer.

Primero viajó a casa del hombre que encabezaba la lista; un maravilloso y muy importante escritor. Y no tuvo ningún problema en entrar en su casa. Le explicó su historia, y le mostró un contrato que iba a garantizarle una renta vitalicia. El hombre escuchó atentamente, creyendo que estaba tratando con un lunático, le ofreció una bebida a Knipe, y lo acompañó con firmeza hasta la puerta.

El segundo escritor de la lista, cuando se dio cuenta de que Knipe hablaba en serio, le atacó con un gran cortaplumas de metal, y el inventor tuvo que salir corriendo al jardín seguido por una especie de torrente de obscenidades e insultos como no había oído jamás.

Pero aquello no fue suficiente para descorazonar a Adolph Knipe. Estaba contrariado, pero no desanimado. Y fue con su coche a ver su próximo cliente. Era una mujer, famosa y popular, que escribía libros románticos que se vendían a millares por todo el país. Recibió a Knipe amablemente, le ofreció un té, y escuchó atentamente su historia.

—Todo esto resulta muy fascinante —dijo—. Pero, naturalmente, me resulta un poco difícil de creer.

—Señora —respondió Knipe—. Venga conmigo y la verá con sus propios ojos. Mi coche la espera.

Y fueron conducidos al edificio en que se encontraba la máquina. Brevemente, Knipe explicó el funcionamiento del aparato y, después, incluso permitió que ella se

sentara a dirigir y practicar con los botones.

—Bien —dijo él, de pronto—, ¿quiere escribir un libro ahora?

—¡Oh, sí! —exclamó ella—. ¡Por favor!

Ella era muy competente, y parecía saber exactamente lo que quería. Hizo sus propias preselecciones, y produjo una larga y romántica novela pasional. Leyó el primer capítulo y se entusiasmó tanto que firmó el contrato.

—Ya tenemos a uno —dijo Knipe al señor Bohlen, más tarde—. Uno de los gordos.

—Buen trabajo, muchacho.

—¿Sabe por qué firmó?

—¿Por qué?

—No fue por dinero. Le sobra dinero.

—¿Entonces?

Knipe se sonrió torciendo los labios y mostrando un canino superior.

—Simplemente porque comprobó que la máquina escribía mejor que ella.

A partir de entonces, Knipe decidió concentrarse sólo en las mediocridades. Cualquier cosa que fuera mejor que aquello —y al parecer eran pocos los que se apartaban de aquella media— no parecía fácil de seducir. Al fin, después de varios meses de trabajo, había logrado convencer a alrededor del setenta por ciento de los escritores de su lista para que firmaran el contrato. Encontró que los viejos, los que ya se habían dado a la bebida, resultaban ser los más fáciles de convencer. La gente joven resultaba mucho más problemática. Eran capaces, a veces, de reaccionar violentamente, y para entonces, Knipe ya estaba bastante lesionado por entrevistarse con ellos.

Pero, en conjunto, el resultado era satisfactorio. Después de cumplirse el primer año de total rendimiento de la máquina, se estimaba que la mitad de las novelas escritas en inglés, eran producidas por el Gran Gramatizador Automático de Adolph Knipe.

¿Les sorprende?

Lo dudo.

Y todavía no ha llegado lo peor. Hoy, muchos se relacionan con Knipe en secreto. Y el trabajo se vuelve cada vez más difícil para aquellos que se niegan a firmar el contrato.

Ahora, mientras estoy oyendo el griterío de nueve niños famélicos en la habitación contigua, siento mi mano acercarse más y más a ese contrato dorado que tengo en el otro lado del escritorio.

Señor, danos fuerza para dejar que nuestros hijos mueran de hambre.

ÍNDICE

EL BULDOZER ASESINO (*Killdozer!*, 1944)

Por Theodore Sturgeon

LA SONRISA INTERNACIONAL (*The International Smile*, 1963)

Por Brian W. Aldiss

INFORME SOBRE EL PLANETA TRES (*Report On Planet Three*, 1972)

Por Arthur C. Clarke

EL OJO DEL OBSERVADOR (*Eye of the Beholder*, 1976)

Por Lucy Rees

ROMANCE EN EL CEMENTERIO DE COCHES DEL SIGLO VEINTIUNO (*Romance in a Twenty-first Century Used-Car Lot*, 1960)

Por Robert F. Young

APARATO CONTRA TENDENCIA (*Gadget vs. Trend*, 1962)

Por Christopher Anvil

EL GRAN GRAMATIZADOR AUTOMÁTICO (*The Great Automatic Grammatissator*, 1953)

Por Roald Dahl